OLIVIA DARCY

ODIO SALVAJE

SERIE SUNSET VALLEY



ODIO SALVAJE

SUNSET VALLEY
LIBRO 4

OLIVIA DARCY

Copyright © 2026 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

HENRY

Por más que lo intento, no puedo sacármela de la cabeza.

La primera vez que vi a Ellie Cameron tuve el estúpido pensamiento de que era un ángel.

Jamás había conocido a alguien tan hermosa como ella, a alguien que emanase esa energía cálida y dulce que hace que el aire se vuelva más denso solo con su presencia. A alguien que tuviera una sonrisa capaz de hacer que el aliento se me atascase en la garganta con solo esbozarla cerca de mí.

Ahora, tras varios meses teniendo que soportar su belleza tortuosa, tras sentir cómo me hace pedazos con solo existir cerca de mi órbita, sé que es un demonio subido directamente del infierno para destrozarme la vida.

Tenerla cerca ha hecho que no me reconozca a mí mismo.

Me he vuelto un acosador patético —he visto cada una de las películas en las que ha actuado, he visto cada anuncio, he leído cada artículo de la prensa rosa que habla de ella—, y nada ha calmado esta sed que se ha apoderado de todo mi ser como un cáncer.

Me he vuelto un hombre todavía más gruñón y amargado de lo que ya era.

Porque si hay algo que sé con absoluta certeza, aparte de que el sol sale cada jodida mañana, es que no merezco a una mujer tan maravillosa y preciosa como Ellie Cameron.

Lo nuestro fue solo un encuentro de una vez. Algo aislado en el tiempo que la vida decidió regalarme para que sepa todo lo que me estoy perdiendo y siga agonizando durante el resto de mi existencia miserable. Por todos mis pecados. Por el daño que he causado. Por Dylan.

Un suceso que no habría permitido que pasase de haber sabido que estaba decidida a quedarse aquí.

El hacha se clava en la madera con un sonido seco que resuena entre los pinos que rodean mi cabaña. El sudor me gotea por la frente a pesar de que el frío me muerde la piel expuesta, pero sigo partiendo leña con movimientos mecánicos que no requieren pensar. Solo quiero sentir el impacto, el dolor sordo que se extiende desde mi prótesis hasta la cadera, el cansancio que me mantiene demasiado ocupado para pensar en pelo rubio y ojos que brillan como estrellas.

Suena el timbre de casa, pero no me molesto en dejar de cortar la leña. Sea quien sea puede irse a la mierda. No quiero visitas. Es algo que siempre dejo claro. Si me acerco a abrir la puerta pensarán que son bienvenidos, que mi aislamiento autoimpuesto tiene grietas por las que pueden filtrarse.

No las tiene.

El timbre vuelve a sonar, insistente, seguido del golpeteo de nudillos contra la madera. Después, silencio.

Perfecto. Se han ido. Quienquiera que fuese ha captado el mensaje.

Levanto el hacha otra vez, preparándome para el siguiente golpe, cuando una voz me detiene en seco.

—Sé que estás ahí, Henry Wellington.

Mi corazón se para. Literalmente se para durante un segundo entero antes de empezar a latir como si acabase de correr un maratón.

Esa voz. Esa maldita voz que se ha apoderado de mis sueños y los ha convertido en una tortura nocturna. Suave como miel caliente, con ese ligero matiz ronco que hace que algo primitivo en mi estómago gruña de reconocimiento.

Ellie Cameron está en mi jardín.

Me giro lentamente, y ahí está. De pie junto a la valla de madera que separa mi propiedad del sendero, con un vestido azul que se pega a su cuerpo de una forma que me vuelve loco y ese cabello rubio platino cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros.

Es tan hermosa que me duele el pecho solo con mirarla.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto, mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

—Necesito hablar contigo —dice, y hay un temblor en su voz que no había oído antes.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Oh, créeme. Tenemos mucho de qué hablar —replica, acercándose un paso hacia mí.

Puedo oler su perfume desde aquí: algo caro y sofisticado que huele a la vida que debería estar viviendo en lugar de estar perdida en este pueblo olvidado de Montana. A su mundo real. Al mundo donde pertenece.

Lejos de mí.

—He sido muy claro sobre lo que pienso de tu presencia en este pueblo —digo, clavando el hacha en el tronco con más fuerza de la necesaria—. No ha cambiado nada.

—¿En serio? —se acerca otro paso, y puedo ver esa determinación que reconozco porque me vuelve completamente loco —. Porque tengo la sensación de que has estado evitándome de forma muy deliberada este último mes.

Evitándola. Esa es una forma muy suave de describir la tortura autoinfligida a la que me he sometido. Cambiar mis rutas para no cruzármela en el pueblo, rechazar todas las invitaciones familiares donde pudiera estar presente, encerrarme en esta cabaña como un ermitaño para no hacer algo estúpido como buscar excusas para verla otra vez.

—No te evito —miento—. Simplemente no tengo tiempo para el drama de Hollywood en mi vida.

Veo el momento exacto en que mis palabras la golpean. Sus ojos se endurecen ligeramente, esa vulnerabilidad que he visto durante un segundo desaparece detrás de la máscara de actriz profesional que lleva como armadura.

—Perfecto —dice con voz controlada—. Porque lo que tengo que decirte no va a requerir mucho tiempo.

Se coloca bien el vestido, endereza los hombros que parecen demasiado delicados para cargar con todo el peso que veo en sus ojos, y me mira directamente.

—Estoy embarazada —me dice, y durante un segundo puedo ver que está completamente aterrorizada.

El mundo se detiene.

El hacha se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe sordo que resuena entre los árboles como un disparo. Mi corazón, que hace un segundo latía como un tambor de guerra, simplemente se para. De hecho, si algún médico me revisase en este instante se daría cuenta de que ni siquiera está latiendo.

Embarazada.

Ellie Cameron está embarazada.

—De ti —añade, como si pensase que soy más gilipollas de lo que ya cree y no hubiese llegado yo solo a esa conclusión.

—Joder. —Es lo único que consigo que salga de mi boca, porque aparentemente el shock ha reducido mi vocabulario a monosílabos.

—Qué elocuente —comenta, y puedo ver cómo la tensión se acumula en sus hombros como cristal a punto de romperse.

—Esto no debería estar pasando —digo, porque parece que mi coeficiente intelectual ha disminuido hasta casi rozar el suelo por el pánico que me está destrozando desde dentro.

Pero no es pánico porque la odie o porque no la quiera. Es pánico porque alguien como yo no debería de tener este regalo del cielo. Mi jodido corazón, en contra del sentido común, en contra de toda lógica, se despierta y decide que es el momento perfecto para regresar a la vida.

Pero yo sé mejor que ese estúpido órgano lo que merezco.

Y no es esto. Definitivamente no es esto.

—Desde luego que no —responde, cruzándose de brazos y colocándose en esa actitud defensiva que reconozco porque la he visto dirigida hacia periodistas agresivos en las entrevistas que he visto obsesivamente—. No debería de haber sido tan estúpida como para quedarme embarazada del hombre más idiota de Sunset Valley, pero aquí estamos. Súmalo a la lista invisible esa que tienes de agravios que he cometido desde que me conoces.

Sus palabras me atraviesan como puñaladas, pero hay algo debajo de la rabia que me desarma completamente: dolor. Dolor

real, profundo, del tipo que reconozco porque vivo con él cada segundo de cada día.

—No es una buena idea —digo, y las palabras salen como si me las arrancasen con tenazas.

Veo cómo se le abren mucho los ojos, cómo se lleva la mano al abdomen de forma protectora mientras me mira como si acabase de golpearla físicamente.

Es en ese instante cuando comprendo lo que acaba de pensar.

—No quiero decir que abortes —me apresuro a aclarar, sintiendo cómo el pánico me sube por la garganta como bilis—. Joder, Ellie. Esto se me está yendo de las manos.

Piensa que soy todavía más cabrón de lo que en realidad soy. Y considerando lo cabrón que ya soy, eso es decir mucho.

Puede que no merezca este regalo. El privilegio de haber estado con esta mujer, de haber dejado algún rastro mío en su cuerpo perfecto. Pero no soy tan tonto como para rechazarlo ahora que esta oportunidad imposible se ha presentado en mi vida.

—Tampoco iba a hacerlo —dice, y ahora su voz es más baja. Más vulnerable.

Puedo ver el miedo en sus ojos, esa fragilidad que intenta ocultar detrás de toda esa belleza. Y no por primera vez desde que la conozco siento el deseo desesperado de ser el hombre que pudiese acercarse a ella y consolarla.

Pero no soy ese hombre. Ese hombre murió el mismo día en que Dylan perdió la vida y yo perdí la mitad de mi pierna derecha.

—¿Y qué quieres de mí? —pregunto, porque soy un cobarde que no sabe cómo manejar algo tan monumental como esto.

Veo el momento exacto en que mis palabras la destrozan. Como si hubiera estado esperando, quizás incluso rogando, que dijese algo diferente. Algo mejor.

—No debería haber venido a contártelo —dice, y puedo ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer—. Está claro que soy más tonta de lo que ya pensaba.

Mi corazón se acelera, se me instala una piedra de terror puro en el estómago cuando la veo darse media vuelta y alejarse de mí con

esos pasos decididos que reconozco de las alfombras rojas que he visto en internet.

—Espera, Ellie.

Pero ella no me hace caso. En su lugar me enseña el dedo corazón sin molestarse en darse la vuelta mientras me dice con una voz que podría cortar cristal:

—Vete a la mierda, Henry Wellington.

Y entonces se aleja, caminando hacia el sendero con la cabeza alta y los hombros cuadrados que me dicen que está usando cada gramo de fuerza que tiene para no derrumbarse.

Me quedo ahí de pie, rodeado del olor a madera recién cortada y resina de pino, viendo cómo la mujer de la que estoy enamorado sin remedio se lleva a nuestro hijo lejos de mí.

Porque eso es lo que es, aunque sea demasiado cobarde para admitirlo: mi hijo. Nuestro hijo.

Y acabo de joder la única oportunidad que voy a tener de ser parte de algo bueno, algo puro, algo que podría hacer que valiese la pena seguir despertándome cada mañana.

Pero quizás sea mejor así. Quizás sea exactamente lo que me merezco.

Al fin y al cabo, los hombres como yo no consiguen finales felices.

Los hombres como yo solo conseguimos vivir con las consecuencias de nuestras decisiones de mierda.

CAPÍTULO 1

Dos meses antes

ELLIE

Hay algo profundamente incómodo en observar a dos personas enamoradas cuando tu mejor amiga está muerta y tú estás viviendo de prestado en la casa de su hermano.

Todo parece mucho peor cuando estás sentada en el porche con una taza de té que se ha enfriado hace veinte minutos, fingiendo leer un libro mientras en realidad observas cómo Dominic Kane —el cirujano plástico más intimidante de Beverly Hills— le quita una mota de polvo imaginaria del hombro a su prometida como si fuese la cosa más importante del mundo.

Isabelle se estaría riendo de mí ahora mismo.

«Ellie», me diría con esa sonrisa suya que iluminaba habitaciones enteras, «deja de ser una espectadora del amor ajeno y consíguete tu propia vida.»

Excepto que Isabelle lleva tres años muerta, yo llevo un mes escondida en Montana huyendo de un escándalo que ha trastocado mi carrera, y mi vida amorosa consiste en mirar cómo Dominic le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja a Sage con tanta ternura que me dan ganas de irme corriendo.

No es que no me alegre por ellos. Me alegro. De verdad.

Es solo que ver al hombre más frío que he conocido en mi vida —y eso incluye a varios directores de cine y a mi propia madre— derretirse como mantequilla al sol cada vez que Sage respira en su dirección es… desconcertante.

Y deprimente.

Mayormente deprimente.

—¡Tío Dom! —la voz aguda de Emma rompe el momento de cursilería—. ¡Ethan dice que las niñas no pueden ser astronautas!

—Yo no he dicho eso —protesta Ethan desde el columpio, con esa indignación de niño de siete años que sabe que está a punto de meterse en un lío—. He dicho que ella no puede ser astronauta porque le dan miedo las alturas.

—¡Mentira!

—¡Verdad! Te dio pánico subir en la noria del parque de atracciones.

Dominic se levanta de donde estaba sentado junto a Sage con un suspiro que suena a «esto es lo que me pasa por tener sobrinos mellizos» y se dirige hacia el jardín con esa autoridad tranquila que hace que hasta los niños de siete años se callen.

—Emma puede ser lo que le dé la gana —dice con esa voz de doctor que no admite réplica—. Incluso astronauta con miedo a las alturas. La NASA tendrá que adaptarse.

Sage se ríe, y el sonido es tan genuino, tan lleno de felicidad pura, que algo dentro de mí se retuerce incómodo.

Aparto la vista hacia mi libro —una novela romántica que debería haberme terminado hace días pero que no consigo concentrarme en leer— e intento recordar la última vez que yo me reí así.

No me viene nada a la mente.

Lo cual es patético, considerando que mi trabajo durante los últimos diez años ha sido literalmente hacer que otra gente se ría. O llore. O sienta cualquier cosa mientras yo finjo sentir cosas en una pantalla.

Resulta que soy muy buena fingiendo.

—¿Quieres más té? —la voz de Sage me sobresalta.

Levanto la vista y ahí está, de pie junto a mi silla con esa expresión amable que siempre lleva puesta, como si el mundo entero fuese un lugar maravilloso lleno de posibilidades y no un vertedero en llamas donde la gente te apuñala por la espalda mientras sonríe para las cámaras.

Isabelle habría adorado a Sage.

Ese pensamiento me atraviesa con tanta fuerza que tengo que tragar saliva antes de responder.

—No, gracias —consigo decir, levantando la taza fría como evidencia—. Todavía tengo.

Sage mira el té con una expresión que dice «sé perfectamente que está frío pero no voy a decir nada porque eres mi invitada» y se sienta en la silla de al lado.

Mierda.

Se viene una conversación. Puedo notarlo en su expresión.

—Sabes que puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que necesites, ¿verdad? —dice, y su voz es tan sincera que me dan ganas de tirarme por la barandilla del porche.

—Lo sé —respondo, porque es la verdad.

Dominic me lo dejó muy claro hace un mes: «Isabelle te habría abierto su casa sin pensarlo dos veces», me dijo. «Así que esta es tu casa también. Durante el tiempo que necesites.»

Lo cual fue increíblemente generoso y me hizo llorar todavía más, porque resultó que Dominic Kane tiene un corazón enorme escondido bajo todo ese hielo clínico. Quién lo habría dicho.

Isabelle, probablemente. Isabelle siempre supo ver lo mejor en la gente.

—Dominic y yo hemos estado hablando —continúa Sage, y puedo sentir cómo se me tensa el estómago—. Creemos que deberías quedarte más tiempo. Al menos hasta que las cosas se calmen con tu agencia.

Las cosas no se van a calmar con mi agencia.

Mi agencia —*ex* agencia, técnicamente— ha estado estafándome durante años. A mí y a otras cinco actrices. Cobrando comisiones infladas, facturando gastos falsos, básicamente robándonos a plena luz del día mientras nos sonreían en la cara y nos prometían que estaban «cuidando de nuestros intereses.»

Salió en todos los medios hace unas semanas. TMZ, Variety, Hollywood Reporter. Incluso el maldito New York Times escribió un artículo.

«Ellie Cameron, entre las víctimas del escándalo de la Agencia Morrison.»

Víctima.

Odio esa palabra casi tanto como odio que sea técnicamente correcta.

—Es muy generoso por vuestra parte —digo, y la sonrisa me sale tan automática que ni siquiera tengo que pensar en ella—. Pero no quiero abusar de…

—No es abusar —me interrumpe Sage con esa determinación dulce que tiene—. Eres de la familia, Ellie.

Familia.

La palabra me golpea en el pecho como un puño.

Porque no soy familia. Soy la mejor amiga de la hermana muerta de su prometido. Soy una actriz que se esconde en Montana porque no tiene ningún otro sitio a donde ir. Una actriz que debería volver a trabajar pero que no sabe lo que quiere. Una actriz que ni es ni era feliz hace un mes. Ahora soy una intrusa en su relación perfecta, una sombra triste que vaga por su casa como el fantasma de Isabelle.

No soy familia.

Pero Sage me mira con esos ojos verdes llenos de sinceridad, y sé que lo dice en serio. Que de verdad cree que puedo ser parte de esto, de ellos, de esta vida que están construyendo juntos.

Y quiero creerla.

Dios, cómo quiero creerla.

Amaría tener una familia como ellos.

—Gracias —consigo decir, y esta vez la sonrisa me sale un poco más real—. De verdad.

El teléfono vibra en mi bolsillo como una bomba a punto de explotar.

No necesito mirarlo para saber quién es.

Mi madre.

Es la tercera vez esta semana que me llama, y las dos veces anteriores he ignorado sus llamadas porque sé exactamente lo que va a decirme. Pero si la ignoro una tercera vez, es capaz de aparecer aquí en persona con un equipo de relaciones públicas y un plan de cinco puntos para «rehabilitar mi imagen.»

—Perdona —le digo a Sage, levantándome—. Tengo que coger esto.

Me alejo hacia el extremo del jardín, donde los pinos crean una barrera natural entre la casa y el resto del mundo, y respiro hondo antes de deslizar el dedo por la pantalla.

—Hola, mamá.

—¡Por fin! —su voz atraviesa el teléfono como una sierra eléctrica —. Llevo tres días intentando localizarte, Elizabeth. ¿Tienes idea de lo preocupada que he estado?

No ha estado preocupada.

Margaret Cameron no se preocupa por mí. Se preocupa por lo que mi ausencia significa para su estatus social en Beverly Hills.

—Lo siento —digo, porque es más fácil que discutir—. He estado ocupada.

—¿Ocupada? —repite, y puedo imaginarla perfectamente en su salón minimalista de diseñador, con una copa de Chardonnay en la mano y esa expresión de desdén que reserva especialmente para mí —. ¿Ocupada haciendo qué? ¿Mirando vacas?

—No hay muchas vacas aquí, mamá. Esto es Montana, no Iowa.

—Es lo mismo.

—Geográficamente no lo es, pero…

—No me vengas con sarcasmo, Elizabeth —me corta, y su voz baja hasta ese tono peligroso que reconozco de mi infancia—. El escándalo de la agencia ya está resuelto. Tus abogados han hecho su trabajo. Es hora de que regreses a Los Ángeles y retomes tu carrera.

—No estoy segura de querer retomar mi carrera.

El silencio al otro lado de la línea es tan gélido que casi puedo ver cómo se forma escarcha en la pantalla del teléfono.

—¿Perdona? —dice finalmente, con esa voz que usaba cuando yo tenía siete años y sugería cosas ridículas como «querer jugar en el parque como los otros niños.»

—He dicho que no estoy segura de…

—Te he oído perfectamente —me interrumpe—. Lo que no entiendo es por qué estás diciendo semejante estupidez.

Me froto la frente, sintiendo cómo la tensión se acumula detrás de mis ojos.

—No es una estupidez, mamá. Es solo que necesito tiempo para pensar si esto es realmente lo que quiero hacer con mi vida.

—¿Lo que quieres hacer con tu vida? —repite, y suelta una risa tan seca que podría encender fuego—. Elizabeth, tienes treinta y dos años. No es momento para crisis existenciales adolescentes.

—Técnicamente una crisis existencial puede ocurrir a cualquier edad.

—¡Basta! —explota, y su voz sube tanto que me tengo que apartar el teléfono de la oreja para que no me perfore el tímpano—. ¿Sabes lo que pasó el otro día? Sandra Mitchell no me invitó a su gala benéfica. A mí, Elizabeth. ¿Tienes idea de lo humillante que fue?

Y ahí está.

El verdadero problema.

No le importa que yo esté teniendo una crisis. No le importa que mi agencia me haya estado robando durante años. No le importa que me sienta perdida, vacía, completamente agotada de fingir ser alguien que no soy.

Le importa que Sandra Mitchell no la haya invitado a una fiesta.

—Lo siento mucho por tu trauma social, mamá —digo, y el sarcasmo se me escapa antes de que pueda detenerlo—. Debe ser muy difícil para ti que tu hija tenga una crisis mientras tú intentas mantener tu estatus en las fiestas de Beverly Hills.

—No te atrevas a usar ese tono conmigo —sisea—. Después de todo lo que he sacrificado por ti. De todas las audiciones a las que te llevé cuando eras niña. De todos los contactos que movilicé para que llegaras donde estás.

Donde estoy.

Escondida en Montana, sin carrera, sin agencia, sin idea de qué hacer con mi vida.

Sí, definitivamente ha valido la pena todos esos «sacrificios.»

—Mamá.

—Siempre has sido igual —continúa, como si yo no hubiera hablado—. Una egoísta. Una diva. Todo tiene que girar alrededor de ti y tus sentimientos. ¿Y qué hay de mí? ¿Qué hay de todo lo que yo invertí en tu carrera?

Invertí.

Como si yo fuese un fondo de inversión y no su hija.

—Seguro que todo esto es solo para llamar la atención —dice, y cada palabra es como un puñetazo—. Como aquella vez que dijiste que querías estudiar biología marina en lugar de actuar. Puro teatro.

El recuerdo me golpea con la fuerza de un tren.

Tenía diecisiete años. Vi un documental de National Geographic y tuve la estúpida idea de que quizás podría estudiar algo que me importase de verdad.

Mi madre se rio en mi cara durante cinco minutos seguidos.

Dos semanas después estaba firmando con mi primera agencia.

—Mamá, tengo que colgar —digo, porque si sigo en esta llamada un segundo más voy a decir algo de lo que me arrepentiré.

O peor, voy a empezar a llorar.

—Elizabeth Cameron, ni se te ocurra…

Le cuelgo.

El teléfono me tiembla entre las manos, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no lanzarlo contra el pino más cercano.

En su lugar, lo meto en mi bolsillo y me quedo ahí de pie, respirando el aire frío de Montana e intentando recordar por qué no he bloqueado el número de mi madre.

Ah, sí.

Porque soy patética y una parte diminuta y masoquista de mí sigue esperando que algún día me llame y me diga que me quiere.

Que esté orgullosa de mí.

Que le importe.

Pero eso nunca va a pasar, ¿verdad?

Porque Margaret Cameron no me ve como su hija. Me ve como una extensión de su ego. Como una forma de conseguir el estatus social que nunca logró por sí misma.

Y yo fui lo suficientemente estúpida como para hacerme actriz pensando que, si suficientes extraños me adoraban, llenaría ese vacío que llevo dentro desde que tengo memoria.

Spoiler: no funcionó.

Me giro para volver al porche, pero mis piernas no cooperan. Se han convertido en algo pesado e inútil, y lo único que puedo hacer

es quedarme aquí de pie, mirando hacia donde Dominic está empujando a Emma en el columpio mientras Ethan intenta hacer el pino en el césped y Sage los observa desde el porche con una expresión de felicidad absoluta que nunca había visto en nadie hasta que la conocí.

Y algo dentro de mí se rompe.

Porque daría cualquier cosa —mi dinero, mi fama, mi carrera, un brazo, mi colección completa de zapatos de Christian Louboutin— por que alguien me mirase con la mitad del amor con el que Dominic mira a Sage.

Por que alguien me necesitase.

Por que alguien me viese de verdad, sin el maquillaje y las luces y la actuación constante que he llevado puesta como una segunda piel desde que tengo memoria.

Pero ese no es mi destino.

Si hay algo que he aprendido en treinta y dos años es que el amor —el amor real, el que hace que Dominic mire a Sage como si fuese su razón para respirar— no es para mí.

Yo nunca he tenido eso.

Y probablemente nunca lo tendré.

Porque hay algo dentro de mí fundamentalmente roto que hace que sea imposible de amar.

No puedo quedarme aquí. No puedo dejar que me vean así, con la compostura resquebrajándose y las lágrimas amenazando con arruinar el maquillaje que me he puesto esta mañana por puro hábito.

Me dirijo hacia la casa por la puerta lateral —la que da directamente a las escaleras— y subo los peldaños de dos en dos.

Solo cuando estoy dentro de mi habitación —*su* habitación de invitados— con la puerta cerrada a mi espalda, me permito derrumbarme.

Me apoyo con la espalda contra la puerta, y dejo que salga todo lo que he estado conteniendo durante la llamada.

Las lágrimas caen calientes y furiosas, llevándose el rímel y el eyeliner y toda la máscara de perfección que uso incluso aquí, incluso en medio de la nada.

Me llevo las manos a la cara e intento ahogar los sollozos, pero es inútil.

Todo sale: la llamada con mi madre, el escándalo de la agencia, los años de fingir ser perfecta mientras me moría por dentro, la certeza absoluta de que nunca seré más que un objeto bonito para que la gente admire desde lejos.

Nunca seré amada.

No de verdad.

Y eso es lo que más duele.

Ni el dinero robado. Ni las mentiras de mi agencia. Ni siquiera las palabras de mi madre.

Lo que me destroza es saber que hay algo dentro de mí tan fundamentalmente defectuoso que hace que sea imposible de querer.

¿Qué hay en mí tan roto que nadie puede amarme?

La pregunta resuena en mi cabeza sin respuesta.

Afuera puedo oír las risas de Emma y Ethan. La voz grave de Dominic. La risa de Sage.

Y yo estoy aquí dentro, llorando como una adolescente dramática.

Isabelle me daría una colleja ahora mismo.

«Ellie», me diría, «deja de sentir pena por ti misma y haz algo al respecto.»

Pero Isabelle está muerta.

Y yo estoy sola.

Como siempre lo he estado.

Como probablemente siempre estaré.

CAPÍTULO 2

HENRY

Me despierto con el sabor a sangre en la boca.

No es sangre real. Eso lo sé. Pero mi cerebro no parece captar la diferencia entre la pesadilla y la realidad hasta que han pasado varios segundos de pánico puro, con el corazón martilleándome contra las costillas y el sudor empapándome la camiseta.

La misma pesadilla de siempre.

Dylan gritando mi nombre. El rugido del oso. El crujido de las ramas cuando pierdo el equilibrio. La caída. El dolor explosivo en la pierna que ya no está ahí pero que mi cerebro insiste en recordar con una claridad brutal.

Y luego el silencio.

Ese silencio horrible, definitivo, que significa que Dylan ya no está gritando.

Que Dylan ya no está respirando.

Que Dylan está muerto y yo sigo vivo.

Me incorporo en la cama con un movimiento brusco que hace que la prótesis —me quedé dormido sin quitármela otra vez, mala idea— se clave contra el muñón con un dolor agudo que me sube hasta la cadera.

Perfecto.

Justo lo que necesitaba.

Me froto la cara con ambas manos, intentando borrar las imágenes que todavía flotan detrás de mis párpados, y miro el reloj de la mesita de noche.

5:47 AM.

Genial. Ni siquiera he conseguido llegar a las seis.

Me levanto de la cama y cojeo hasta el baño. La cojera es más pronunciada cuando acabo de despertarme, cuando los músculos están rígidos y el muñón inflamado de haber dormido con la maldita prótesis puesta.

Debería quitármela por las noches. Lo sé. Todos los médicos me lo han dicho.

Pero quitármela significa aceptar que no está ahí. Que la pierna se fue. Que Dylan se fue. Que todo se fue.

Y no estoy preparado para eso.

Probablemente nunca lo esté.

Me apoyo contra el lavabo y me obligo a mirar el espejo. El hombre que me devuelve la mirada tiene ojeras tan profundas que parecen moratones, barba de varios días que roza lo descuidado, y ojos que han visto demasiada mierda para tener solo veintiséis años.

Perfecto. Justo la imagen que quiero proyectar.

Abro el grifo y me echo agua fría en la cara, intentando despertarme lo suficiente como para funcionar. El agua está helada —porque vivir en una cabaña a ocho millas del pueblo significa que el calentador de agua es una mierda— pero es mejor que el café que voy a tener que prepararme en cinco minutos si quiero sobrevivir al día.

Me quito la camiseta empapada de sudor. Luego me siento en el borde de la bañera y, con movimientos que se han vuelto automáticos después de tres años, me quito la prótesis.

El alivio es inmediato.

Y también el odio.

Porque cada vez que me la quito tengo que ver lo que queda. El muñón que termina justo debajo de la rodilla. La piel enrojecida e irritada donde la prótesis ha estado rozando todo el día. La cicatriz que recorre el extremo como un recordatorio permanente de que sobreviví.

De que Dylan no.

Me obligo a revisar el muñón con dedos que ya saben lo que están buscando: puntos de presión, ampollas, cualquier cosa que pueda convertirse en un problema. Y ahí está. Justo donde la hebilla

interior de la prótesis lleva días rozando: una herida abierta del tamaño de una moneda que se ve infectada.

Mierda.

Esto significa que tengo que ir a ver a un médico.

Y en Sunset Valley solo hay uno.

Dominic Kane.

El prometido de mi hermana.

Me ducho rápido —bueno, tan rápido como puedo con una sola pierna y agarrándome a la barra que instalé después del accidente— y me pongo ropa limpia. Jeans oscuros que ocultan la prótesis cuando me la vuelvo a poner, una camiseta térmica negra, y una camisa de franela encima porque hace un frío del carajo incluso cuando el sol está saliendo.

El café está tan fuerte que podría despertar a un muerto, pero me lo bebo igual mientras miro por la ventana de la cocina hacia los pinos que rodean mi cabaña. La luz de la mañana se filtra entre las ramas creando sombras largas sobre el suelo cubierto de agujas de pino, y por un momento —solo un momento— consigo olvidar.

Olvidar la pesadilla. Olvidar el dolor. Olvidar que hoy tengo que ir a ver a Dominic porque esta herida no se va a curar sola.

Olvidar que cada día que me despierto es un día más que Dylan no tiene.

Pero solo dura un momento.

Luego la realidad vuelve a asentarse sobre mis hombros como una losa de cemento, y tengo que obligarme a moverme antes de que el peso me aplaste contra el suelo.

Cojo las llaves de la camioneta y salgo de la cabaña.

El trayecto hasta la casa de Dominic y mi hermana dura una hora que paso intentando no pensar en nada. La radio está puesta en una emisora de música country que no me gusta pero que llena el silencio, y mis manos agarran el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

No quiero hacer esto.

No quiero que Dominic me examine. No quiero tener que responder preguntas sobre cómo estoy cuidando la prótesis.

Pero la herida me está matando, y soy muchas cosas —amargado, gruñón, un cabrón insoportable— pero no soy lo suficientemente estúpido como para dejar que una infección se convierta en algo peor.

Ya perdí media pierna. No pienso perder más.

Cuando llego, la casa está en ese estado de caos controlado que siempre tiene cuando los niños están despiertos. Puedo oír a Emma y Ethan discutiendo sobre algo desde el jardín trasero, y voces de adultos intentando mediar.

Aparco la camioneta en el camino de entrada y me quedo sentado un momento, preparándome mentalmente para lo que viene.

Dominic abre la puerta cuando llamo. Lleva puestos unos pantalones de vestir grises y una camisa blanca con las mangas remangadas, y me observa con esos ojos azul hielo que probablemente intimidan a sus pacientes de Beverly Hills pero que a mí solo me irritan.

—Wellington —dice a modo de saludo, y hay algo en su tono profesional que me pone los pelos de punta—. ¿Está todo bien?

—Tengo una herida que necesito que revises —digo sin rodeos, porque no veo el punto de andar con gilipolleces. Si le parece raro que venga a su casa en vez de ir a la consulta médica, desde luego no lo dice.

Dominic asiente y se hace a un lado para dejarme pasar.

—Mi despacho está por aquí.

Lo sigo por el pasillo, consciente de que mi cojera es más evidente de lo normal.

El despacho de Dominic es exactamente lo que esperarías de un cirujano plástico obsesionado con el control: minimalista, ordenado, con cada cosa en su sitio. Hay un escritorio de madera oscura, estanterías llenas de libros médicos, y en un rincón, un sofá.

—Siéntate —dice, señalando el sofá—. Voy a lavarme las manos. Ahora vuelvo.

Me siento, y el cuero frío me atraviesa los vaqueros. Dominic regresa bastante rápido. Se seca las manos, se pone guantes de látex con movimientos eficientes, y se gira hacia mí.

—¿Dónde tienes la herida? —pregunta.

—En el muñón de la pierna. Donde la prótesis roza.

Algo cruza su rostro —¿sorpresa?, ¿preocupación?— pero desaparece muy rápido.

No sabía si mi hermana le había hablado de mi accidente, pero, a juzgar por la sorpresa que ha intentado ocultar, Dominic no sabía nada.

—¿Puedo verla?

Asiento y empiezo a desabrocharme el pantalón. Dominic espera en silencio, dándome espacio, lo cual aprecio más de lo que querría admitir.

Cuando finalmente consigo quitarme la prótesis —un proceso que siempre es complicado— y Dominic ve el muñón, su expresión se endurece.

—¿Cuánto tiempo llevas con esto? —pregunta, y su voz es fría. Clínica.

—Una semana.

—¿Y cuánto tiempo lleva infectada?

—Tres días. Quizás cuatro.

—Joder —murmura, y es la primera vez que le oigo soltar una palabrota.

Se arrodilla frente a mí y examina la herida con una concentración absoluta que me recuerda por qué Sage dice que es el mejor en lo que hace. Sus dedos enguantados rozan el muñón con una delicadeza que contrasta con su expresión seria.

—Esta herida necesita una limpieza profunda y antibióticos —dice finalmente, levantando la vista hacia mí—. ¿Has tenido fiebre?

—No.

—¿Escalofríos? ¿Náuseas?

—No.

—¿Algún otro síntoma que debería saber?

—Solo que me duele como un demonio.

Dominic asiente, como si esa respuesta fuese exactamente lo que esperaba escuchar.

—Voy a tener que desbridar el tejido infectado. Puedo aplicar anestesia local para minimizar el dolor, pero va a ser incómodo de todos modos.

—Haz lo que tengas que hacer.

No dice nada más. Solo se levanta y va hacia un armario donde debe de guardar material médico. Vuelve con una bandeja llena de instrumentos que prefiero no mirar demasiado de cerca.

—Esto va a llevar un rato —advierte mientras prepara una jeringa con anestesia local—. Si necesitas un descanso en cualquier momento, dímelo.

—Estaré bien. Soy un tipo duro.

—Me estoy decantando más por la posibilidad de que seas un inconsciente.

—Puede que sea cierto.

Dominic me mira directamente a los ojos, evaluándome, y luego asiente.

Los siguientes veinte minutos son una tortura. Dominic trabaja con una precisión quirúrgica que es impresionante y frustrante a la vez. Primero aplica la anestesia local, esperando a que haga efecto antes de empezar a limpiar la herida. Luego usa un bisturí para cortar el tejido necrótico, trabajando con movimientos seguros y deliberados.

No me quejo. No hago ningún sonido. Solo aprieto los puños contra el cuero de la camilla y me obligo a respirar.

Me obligo a aguantar el dolor porque sufrir es lo que merezco.

—Ya casi está —dice Dominic después de lo que parece una eternidad.

Finalmente termina y aplica una capa gruesa de pomada antibiótica antes de vendarme el muñón con gasa limpia.

—No puedes ponerte la prótesis durante al menos tres días —dice mientras se quita los guantes—. El muñón necesita tiempo para sanar sin presión adicional.

—¿Tres días?

—Mínimo —repite, y su tono no admite discusión—. Y vas a tomar antibióticos orales. Dos veces al día durante una semana.

Se acerca a su escritorio y empieza a escribir una receta en un bloc.

—¿Tienes muletas? —pregunta sin levantar la vista.

—En la camioneta.

—Úsalas. Y quiero verte en tres días para revisar cómo está sanando. Si empeora antes de eso, si tienes fiebre, el enrojecimiento que se extiende, o el dolor aumenta, vienes inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido.

Me pasa la receta y me observa mientras vuelvo a ponerme la prótesis. Puedo ver que quiere decir algo más, que hay preguntas formándose detrás de esos ojos azules, pero para su crédito, no las hace.

—Sage está en el jardín con los niños —dice finalmente—. Probablemente querrá verte antes de que te vayas.

Es su forma educada de decirme que debería saludar a mi hermana en vez de largarme como un fantasma. Y tiene razón.

—Gracias —digo, poniéndome de pie y probando la prótesis. El dolor sigue ahí, pero es más manejable ahora que la herida está limpia y vendada—. Por esto.

—Es mi trabajo —responde Dominic con un encogimiento de hombros.

Pero hay algo en su expresión que me dice que para él es más que eso. Que ve esto como parte de su papel en la familia ahora que va a casarse con Sage.

Lo cual es… raro. Y ligeramente incómodo.

Pero también lo aprecio, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

Salgo del despacho y me dirijo hacia el pasillo. Puedo oír a Dominic guardando el material médico detrás de mí, y luego sus pasos alejándose en dirección opuesta.

Me quedo un momento en el pasillo, mirando hacia la puerta trasera que da al jardín.

Debería irme. Volver a mi camioneta, recoger las muletas, conducir de vuelta a mi cabaña y esconderme ahí durante los próximos tres días como un ermitaño.

Pero Sage está ahí fuera. Y los niños.

Y a pesar de todo —de mi mal humor, de mi deseo de estar solo, de mi determinación de mantener a todo el mundo a distancia— algo dentro de mí se ablanda cuando pienso en Emma y Ethan.

Son buenos niños. No merecen tener un tío que los evita constantemente.

Quizás debería al menos despedirme de ellos.

Sería lo correcto.

Me dirijo hacia la puerta trasera, preparándome mentalmente para cinco minutos de interacción humana antes de poder largarme.

Pero antes de que me mueva, Sage aparece en el pasillo.

—Henry —dice, y su sonrisa es tan genuina, tan llena de cariño, que me dan ganas de salir corriendo—. Dominic me ha dicho que estabas aquí. ¿Cómo estás?

—Bien —miento—. Solo necesitaba que me hiciese una revisión rutinaria.

Sage me mira con esos ojos verdes que siempre parecen ver demasiado, y sé que no me cree. Pero no me presiona.

—Me alegro de verte —dice simplemente—. Hace semanas que no pasas por casa de mamá y papá.

—He estado ocupado.

—Lo sé —responde, y hay algo en su tono que me dice que sabe exactamente con qué he estado ocupado: escondiéndome en mi cabaña y evitando a todo el mundo—. Pero nos encantaría verte más a menudo.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada.

Sage suspira y se acerca para darme un abrazo rápido que no puedo evitar. Huele a vainilla y a hogar, y me recuerda a cuando éramos niños y ella venía corriendo a abrazarme cada vez que me veía.

—La fiesta de la cosecha es dentro de dos semanas —dice cuando se aparta—. Me encantaría que vinieras.

Y ahí está. Lo que sabía que vendría.

—Sage…

—Sé lo que vas a decir —me interrumpe, levantando una mano—. Que no te gustan las multitudes. Que prefieres estar solo. Que las fiestas del pueblo son una pérdida de tiempo. Ya conozco todos tus argumentos, hermano.

—Entonces sabes por qué no voy a ir.

—Pero me encantaría que hicieras el esfuerzo —continúa, ignorando mi respuesta—. Solo por una tarde. No tienes que quedarte toda la noche. Solo… aparecer. Ver a la familia. Demostrar que sigues vivo.

Las últimas palabras me golpean con más fuerza de lo que probablemente pretendía.

Porque ese es el problema, ¿verdad? Que estoy vivo. Que sigo aquí mientras Dylan no.

—Lo pensaré —digo finalmente, porque es más fácil que decir que no directamente.

—¿De verdad? A mamá le haría muy feliz —comenta Sage, y hay esperanza en su voz que me parte el corazón.

—Lo pensaré —repito.

No voy a ir. Los dos lo sabemos en el fondo. Pero decir que lo pensaré hace que Sage deje de presionar, y eso es todo lo que necesito ahora mismo.

Mi hermana me da otro abrazo rápido y luego se aleja por el pasillo, internándose en la casa.

Me quedo ahí de pie, solo en el pasillo silencioso, con el muñón palpitando bajo la venda y un peso en el pecho que no tiene nada que ver con heridas físicas.

Debería irme ya.

Pero en lugar de dirigirme hacia la puerta principal, me encuentro caminando hacia la puerta trasera. Hacia el jardín donde puedo oír las risas de Emma y Ethan, la voz grave de Dominic, el sonido de una vida normal y feliz que yo dejé de tener hace unos años.

Solo cinco minutos, me digo.

Solo para despedirme.

Y luego volveré a mi cabaña, a mi soledad, al único lugar donde puedo respirar sin sentir que le estoy robando el aire a alguien que lo merecía más que yo.

Solo cinco minutos.

¿Qué puede salir mal en cinco minutos?

CAPÍTULO 3

HENRY

Me dirijo hacia la puerta trasera con la determinación de alguien que va al patíbulo.

Solo cinco minutos. Despedirme de los niños. Quizás un gesto de cabeza a Dominic. Y largarme antes de que alguien intente convencerme de quedarme a comer o alguna otra tortura social.

Estoy casi llegando a mi destino cuando la puerta se abre de golpe y casi me choco con… algo.

Alguien.

Una mujer.

Una mujer empapada.

Mi cerebro tarda un segundo en procesar lo que estoy viendo, y cuando lo hace, se me olvida cómo respirar.

Frente a mí hay una mujer con el pelo rubio recogido en un moño alto y despeinado del que escapan mechones húmedos que se le pegan al cuello. Tiene las mejillas sonrojadas por el sol y el ejercicio. Lleva una camiseta blanca completamente empapada que se le adhiere al cuerpo como una segunda piel, dejando absolutamente nada a la imaginación. El sujetador —joder, puedo ver el encaje— se transparenta a través de la tela mojada.

Y la luz.

La maldita luz del sol entra por la puerta detrás de ella, creándole un halo dorado alrededor de la cabeza que hace que parezca…

Un ángel.

Un puto ángel que acaba de aparecer en el pasillo de mi cuñado con la ropa mojada y una sonrisa en los labios que hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente.

Es preciosa.

No. Es más que eso. Es devastadora.

—¡Ay, perdona! —exclama, riendo mientras frena justo antes de chocar conmigo—. No te había visto. Casi nos golpeamos.

Su voz es como miel caliente. Suave, con un ligero matiz ronco que hace que se me tense todo el cuerpo de una forma que no tiene nada que ver con el dolor de la pierna.

Y eso me cabrea.

Me cabrea que esta mujer —esta desconocida empapada que irrumpe en el pasillo como si fuese su casa— me haga sentir algo. Cualquier cosa que no sea el entumecimiento al que me he acostumbrado durante los últimos años.

—Ten más cuidado —suelto, y mi voz sale más áspera de lo que pretendía—. El espacio personal existe por una razón.

La sonrisa se le congela en la cara.

Veo el momento exacto en que mi tono la golpea, cómo esos ojos azules —joder, son increíblemente azules— se endurecen ligeramente y la diversión desaparece detrás de algo más frío.

—¿Perdona? —dice, y ahora su voz ha perdido toda esa calidez—. ¿Tienes algún problema? Porque me he disculpado. No hace falta que seas tan borde.

—No sería borde si no te chocases con la gente.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, cargadas de una hostilidad que ni siquiera entiendo. Pero es más fácil esto. Es más fácil comportarme como un cabrón que admitir que esta mujer me ha desestabilizado completamente con solo aparecer en un pasillo.

Ella abre la boca —probablemente para mandarme a la mierda, y no la culparía— cuando Sage aparece detrás de ella con una bandeja llena de vasos de limonada.

—¡Oh, Henry! —dice mi hermana con esa alegría forzada que usa cuando sabe que algo va mal. Es especialista en palpar la tensión en el ambiente—. Qué bien que os hayáis encontrado. Así puedo presentaros. Ellie, te presento a mi hermano Henry. Es guardabosques. Henry, ella es Ellie Cameron. Era la mejor amiga de Isabelle, la hermana de Dominic.

Ellie. El nombre le queda bien.

Lo cual no debería importarme lo más mínimo.

Mucho menos cuando está empapada y preciosa y mirándome como si fuese el imbécil más grande que ha conocido en su vida.

Lo cual, considerando mi comportamiento de los últimos tres minutos, es probablemente acertado.

ELLIE

Por el amor de Dios.

Este hombre es enorme.

No solo alto —aunque debe medir casi metro noventa— sino *grande*. Tiene unos hombros anchos que tensan la camisa de franela, brazos que se ven sólidos incluso bajo las mangas y una presencia que ocupa todo el pasillo de una forma que hace que se me acelere el pulso por razones que me niego a analizar.

Y guapo.

Dios mío, es guapo de una forma que duele mirarlo.

Tiene la mandíbula cuadrada cubierta de barba de varios días. Pómulos marcados. Ojos verdes que me observan con una intensidad que hace que se me erice la piel. Pelo castaño oscuro despeinado como si se pasase las manos por él constantemente.

Tiene pinta de modelo de revista masculina. De esos que anuncian relojes caros o colonia mientras miran a la cámara con expresión de «podría pasar de ti o follarte, todavía no lo he decidido.»

Excepto que este no está mirando a una cámara.

Me está mirando a mí.

Y no parece que le guste lo que ve.

De hecho, me está mirando como si fuese algo desagradable que se le ha pegado a la bota.

—Es un placer conocerte —digo, porque soy una adulta civilizada que sabe comportarse en sociedad.

Alargo la mano hacia él con mi sonrisa profesional perfectamente ensayada. La que uso en las alfombras rojas y entrevistas. La que siempre funciona.

Excepto que Henry Wellington no me coge la mano.

Se queda ahí de pie, mirando mi mano extendida como si fuese una serpiente venenosa a punto de morderle. Luego levanta la vista hacia mi cara, y hay algo en su expresión —frialdad pura, desdén apenas disimulado— que hace que el aire se me atasque en la garganta.

Deja caer la mirada de nuevo a mi mano.

Y no hace nada.

Simplemente… no hace nada.

El silencio se extiende durante tres segundos eternos en los que puedo sentir cómo se me calienta la cara. Cómo la humillación trepa por mi cuello como hiedra venenosa. Cómo algo dentro de mí —algo que pensaba que ya estaba demasiado roto para romperse más— se hace añicos.

Bajo la mano lentamente, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para mantener la sonrisa en su sitio.

Menudo imbécil.

—¿Sabes que Ellie es una actriz muy famosa de Hollywood? —comenta Sage con voz demasiado aguda, intentando llenar el silencio incómodo.

Y ahí está. El comentario que se supone que debería impresionarlo. El que normalmente hace que la gente se anime, que empiece a hacer preguntas, que quiera saber sobre películas y alfombras rojas y toda esa falsedad que forma parte de mi vida pública.

Pero a él no le impresiona para nada.

Henry me mira directamente a los ojos.

—Hmmm —murmura.

Eso es todo.

Un sonido. Ni siquiera una palabra completa. Solo un «hmmm» cargado de… nada. De absoluta indiferencia.

Como si le acabasen de contar el dato más aburrido del mundo y ni siquiera mereciese la cortesía de una respuesta verbal completa.

Y algo dentro de mí se enciende.

No es solo humillación ahora. Es furia. Pura y simple y ardiente.

Porque he aguantado muchas cosas en mi vida. He aguantado a directores que me gritaban. A productores que me trataban como un

trozo de carne. A mi madre que me veía como una inversión. A una industria entera que solo me quería por mi cara y mi cuerpo.

Pero esto.

Este hombre que ni siquiera tiene la decencia de estrecharme la mano. Que me mira como si fuese molesta. Que no puede ni molestarse en fingir educación básica.

No.

No voy a aguantar esto.

—Bueno, qué conversación más *encantadora* —digo, y mi voz sale cargada de ese sarcasmo helado que he perfeccionado después de años en Hollywood—. Pero tengo cosas más interesantes que hacer que quedarme mirando tu cara, *simpático*.

Le dedico mi mejor sonrisa falsa —la que dice «vete a la mierda» en lenguaje de alfombra roja— y paso por su lado hacia las escaleras.

Puedo sentir su mirada clavada en mi espalda mientras subo, pero no me doy la vuelta.

No le voy a dar la satisfacción.

—Henry, eso ha sido extremadamente desagradable incluso para ti —oigo que dice Sage detrás de mí, con voz tensa—. Ellie no se merece que la trates así.

No oigo la respuesta de Henry.

Probablemente porque no se digna a dar una.

Subo las escaleras de dos en dos, con el agua de la camiseta dejando un rastro a mi paso y el corazón latiéndome en los oídos como un tambor de guerra.

Solo cuando estoy dentro de mi habitación con la puerta cerrada, me permito dejar caer la máscara.

Me apoyo contra la puerta y me llevo las manos a la cara, respirando hondo para controlar la furia que me está quemando por dentro.

No voy a llorar.

No voy a llorar por un gilipollas gruñón que claramente tiene serios problemas de personalidad.

No voy a llorar porque me haya tratado como si fuese invisible. Como si no valiese ni la cortesía básica de un apretón de manos.

Pero se me están calentando los ojos de todos modos.

Porque esto es lo que siempre pasa, ¿verdad?

La gente me ignora. O se acerca a mí para conseguir algo. Conexiones. Fama. Dinero. Fotos para vender a la prensa.

Nadie me ve realmente. A mí. A Ellie.

Solo ven a la actriz. A la cara bonita. Al trozo de carne con piernas que pueden usar para sus propios fines.

Y Henry Wellington ni siquiera me ha visto como eso.

Ni siquiera como algo que merecía su desprecio. Solo su indiferencia absoluta.

Me obligo a respirar. Una vez. Dos veces. Tres.

No importa.

No importa lo que piense ese hombre. No importa que sea guapo como el pecado y que por un segundo —un estúpido segundo cuando lo vi en el pasillo— pensase que quizás…

No.

No voy a terminar ese pensamiento.

Henry Wellington es un idiota. Un hombre con serios problemas para relacionarse con otros seres humanos. Y no es como si fuese a ser importante para mí.

No es como si fuese a ser el hombre de mi vida o alguna tontería romántica de esas.

Es solo otro idiota más en una larga lista de idiotas que he conocido.

Nada más.

Me quito la camiseta mojada y la pongo a secar con rabia.

Y si se me escapa una lágrima que baja por mi mejilla, es solo porque tengo agua en los ojos de haberme mojado tanto en el jardín.

No tiene nada que ver con ojos verdes y una indiferencia más hiriente que cualquier insulto.

Nada en absoluto.

CAPÍTULO 4

HENRY

No puedo dejar de pensar en ella.

Han pasado tres días desde que la conocí en el pasillo de la casa de Dominic, tres días desde que me comporté como el cabrón más grande de Montana, y la imagen de Ellie Cameron empapada con el sol creándole un halo dorado alrededor de la cabeza se ha instalado en mi cerebro como un parásito que se niega a morir.

Es patético.

Soy patético.

Estoy sentado en mi cabaña a las dos de la mañana, incapaz de dormir porque cada vez que cierro los ojos veo sus iris azules mirándome con una mezcla de furia y dolor que me atraviesa el pecho como una bala.

Así que hago lo que cualquier hombre irracional haría en esta situación.

Busco sus películas en internet.

La primera que encuentro es una comedia romántica que se estrenó hace tres años. *«Cuando el Destino Llama»*. Ellie interpreta a una organizadora de bodas que se enamora del mejor amigo del novio. Es predecible, azucarada, exactamente el tipo de película que normalmente me haría arrancarme los ojos.

Pero no puedo apartar la mirada de la pantalla.

Porque ahí está ella. Riendo con una libertad que no vi en persona. Llorando con una vulnerabilidad que me parte algo por dentro. Besando a su coprotagonista con una pasión que hace que se me tense la mandíbula de una forma que me niego a analizar.

Y hay algo en sus ojos. Algo que la cámara captura en los momentos entre líneas de diálogo. Un destello de anhelo. De

soledad. De alguien que está actuando no solo para la película, sino para su propia vida.

Es esa mirada la que me engancha.

La que hace que vea la segunda película. Y la tercera. Y luego busque entrevistas en YouTube como un acosador obsesivo.

En una entrevista con Jimmy Fallon, lleva un vestido azul que hace que sus ojos brillen como zafiros. Se ríe de los chistes del presentador con una sonrisa perfecta que probablemente ha practicado mil veces. Responde preguntas sobre su última película con respuestas ensayadas que suenan espontáneas.

Pero hay momentos. Pequeños momentos donde la máscara se le resbala.

Cuando Fallon le pregunta sobre su familia, y algo oscuro cruza su rostro antes de que suelte una respuesta evasiva. Cuando habla de por qué se hizo actriz, y ese anhelo vuelve a aparecer en sus ojos como un fantasma que no puede exorcizar. Cuando el público aplaude, y ella sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

Es como mirar un espejo roto.

A alguien que está fingiendo estar bien. Que está interpretando el papel de su vida cada segundo de cada día. Que está tan jodidamente sola que duele verla.

Y eso me aterroriza.

Porque significa que hay algo en Ellie Cameron que reconozco. Algo que canta directamente a las partes más rotas de mi alma.

Apago el ordenador cuando el cielo empieza a clarear y me obligo a dormir dos horas antes de que empiece otro día de mierda.

Pero cuando me despierto, lo primero que pienso es en ella.

Y eso es un problema.

Una semana después de conocerla, tengo que bajar al pueblo a hacer la compra semanal.

Normalmente pospongo esta tortura tanto como me es humanamente posible, sobreviviendo con latas de judías y lo que puedo cazar o pescar. Pero incluso yo tengo límites, y llevar dos días

desayunando café solo y nada más significa que necesito comida real antes de que mi cuerpo decida rendirse.

El supermercado de Sunset Valley es exactamente lo que esperarías de un pueblo de dos mil habitantes: pequeño, anticuado, con esa señora de la caja que conoce a todo el mundo y quiere saber todos tus asuntos.

Por eso vengo entre semana, a las diez de la mañana, cuando la mayoría de la gente está trabajando.

Cojo un carrito que chirría como si estuviese a punto de morir y me dirijo hacia el pasillo de los productos básicos. Pan. Leche. Huevos. Café. Lo imprescindible para sobrevivir otra semana sin tener que interactuar con la civilización.

Estoy comparando dos marcas de café cuando la veo.

Ellie está al final del pasillo, examinando una caja de cereales con el ceño fruncido de concentración. Lleva unos vaqueros ajustados, una sudadera enorme que probablemente es de Dominic, y el pelo recogido en una coleta alta. Sin maquillaje. Sin el glamour de Hollywood. Solo ella.

Y sigue siendo la mujer más preciosa que he visto en mi vida.

Mierda.

Podría darme la vuelta. Irme al otro lado de la tienda. Evitarla como un cobarde y terminar mi compra sin tener que enfrentarme al hecho de que me comporté como un gilipollas integral la primera vez que nos vimos.

Debería hacer eso.

Pero mis pies no cooperan. En lugar de alejarme, me encuentro caminando hacia ella como un idiota.

Debe oír mis pasos, porque se gira. Y cuando me ve, su expresión pasa de la sorpresa a algo helado en cuestión de segundos.

—Wellington —dice, y mi apellido suena como una palabrota en su boca.

—Cameron —respondo, porque aparentemente hoy voy a seguir siendo un idiota.

¿Por qué he tenido que acercarme?

Devuelve su atención a los cereales, ignorándome de forma muy deliberada. Coge una caja, la mira, la devuelve a la estantería. Coge

otra. Lee la parte de atrás con una concentración que me dice que está haciendo todo lo posible por fingir que no estoy aquí.

Debería irme.

—Esos tienen demasiado azúcar —digo en cambio, señalando la caja que tiene en las manos—. Si es para los niños, a Dominic no le va a gustar.

Ellie me mira con una expresión que podría congelar el infierno.

—Qué detalle por tu parte preocuparte —replica con un sarcasmo afilado que reconozco de nuestro primer encuentro—. Pero resulta que los cereales son para mí, no para los niños. Y me da exactamente igual cuánto azúcar tengan.

—Solo intentaba ayudar.

—No necesito tu ayuda.

Deja la caja de cereales en el carrito con más fuerza de la necesaria y pasa por mi lado hacia el siguiente pasillo, dejando una estela de perfume caro que se me queda grabado en la memoria.

Y yo me quedo ahí como un imbécil, viéndola alejarse y preguntándome qué coño me pasa.

Dos días después, mi buzón es víctima de un atropello por parte del cartero.

El idiota no estaba mirando, se salió del camino, y ahora mi buzón está destrozado en el suelo como un soldado caído en batalla.

Lo cual significa que tengo que ir al pueblo a comprar madera nueva para construir uno.

La ferretería de Sunset Valley huele a serrín y metal, y el dueño me saluda con un gesto de cabeza cuando entro.

—Henry. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito madera. El cartero ha matado mi buzón.

El dueño de la ferretería suelta una carcajada.

—Es el tercero este mes. Ese hombre no debería tener licencia para conducir. La madera está al fondo.

Me dirijo hacia la parte trasera de la tienda, mentalmente calculando qué necesito. Listones de pino, tornillos, quizás un poco

de barniz si me siento ambicioso.

Doblo la esquina hacia el pasillo de la madera y me detengo en seco.

Porque ahí está Ellie otra vez. Mirando un expositor de pinturas con esa misma expresión de concentración que tenía con los cereales, mordiéndose el labio inferior de una forma que hace que se me tense algo bajo en el estómago.

¿Qué coño hace en la ferretería?

Como si sintiera mi mirada, levanta la vista. Y cuando me ve, pone los ojos en blanco de una forma tan exagerada que sería cómica si no fuese tan frustrante.

—¿Me estás siguiendo? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Eso debería preguntarte yo a ti.

—Qué maduro.

—Tú has empezado.

—No quiero discutir, ¿vale? —replica, y hay un destello de humor en sus ojos que desaparece tan rápido que casi pienso que me lo he imaginado—. ¿Qué haces aquí de todas formas? ¿Los guardabosques gruñones también hacen manualidades?

—Mi buzón ha tenido un accidente.

—Suena interesante.

Coge un bote de pintura rosa pastel y lo examina con interés. Luego coge otro, este en tono lavanda, y los compara.

—¿Vas a pintar algo? —pregunto, porque aparentemente mi cerebro ha dejado de funcionar y mi boca opera de forma independiente.

—Sage y yo vamos a redecorar la habitación de Emma —explica sin mirarme—. Quiere que sea más «de princesa». Lo cual es adorable, por cierto, antes de que se te ocurra decir algo molesto al respecto.

—No iba a decir nada.

—Seguro.

Hay un silencio incómodo donde ambos fingimos estar muy interesados en los productos de nuestros respectivos pasillos. Yo cojo un listón de madera al azar. Ella estudia las pinturas como si fuesen a revelarle los secretos del universo.

—El rosa —digo finalmente, porque soy un masoquista que no sabe cuándo mantener la boca cerrada—. Emma prefiere el rosa.

Ellie me mira con sorpresa genuina.

—¿Cómo sabes eso?

Porque presto atención. Porque aunque evito a mi familia como si fuesen la peste, sigo notando los detalles de los niños. Porque Emma me recordó su color favorito tres veces la última vez que la vi.

Pero no voy a admitir nada de eso.

—Observación básica —murmuro, encogiéndome de hombros.

Algo cambia en la expresión de Ellie. Se suaviza de una forma que hace que se me cierre la garganta. Me mira como si acabase de ver algo en mí que no esperaba encontrar.

—Gracias —dice en voz baja—. Por lo del rosa. Emma se va a poner contentísima.

Y entonces sonríe.

Es una sonrisa pequeña, casi tímida, completamente diferente de las sonrisas perfectas que he visto en sus películas. Es real. Genuina. Y me golpea con la fuerza de un puñetazo en el pecho.

Tengo que salir de aquí.

—Bien —consigo decir—. Me alegro de haber ayudado.

Me largo antes de que pueda hacer algo todavía más estúpido. Como seguir hablando con ella. O admitir que he visto todas sus películas. O decirle que la sonrisa que acaba de regalarme va a perseguirme durante semanas.

Compro la madera, salgo de la ferretería, y conduzco de vuelta a mi cabaña con los nudillos blancos de tanto apretar el volante.

Y cuando llego a casa, lo primero que hago es buscar más entrevistas de Ellie en YouTube como el acosador patético en el que me he convertido.

Una semana después de conocer a Ellie, mi madre me llama por quinta vez en dos semanas.

He ignorado las cuatro anteriores. Pero mi madre es persistente de una forma que haría que un teleoperador se rindiese

avergonzado, así que finalmente respondo antes de que aparezca en mi puerta con un ejército de tuppers llenos de comida y preocupación maternal.

—Henry James Wellington —dice a modo de saludo, usando mi nombre completo porque quiere dejar claro que está enfadada—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo hace que no vienes a casa?

—Dos semanas.

—¡Exacto! Dos semanas. Tu padre pregunta por ti. Tus hermanos preguntan por ti. Yo pregunto por ti. Y tú estás ahí en tu cueva de ermitaño haciendo Dios sabe qué.

—Estoy trabajando, mamá.

—Estás escondiéndote —corrige con ese tono que no admite mentiras—. Y se acabó. Este domingo vienes a comer. No es una invitación. Es una orden.

—Mamá…

—Ni «mamá» ni nada. A las dos en punto. Y no se te ocurra llegar tarde o aparecer con esa actitud de ogro que has adoptado últimamente.

Cuelga antes de que pueda protestar, lo cual es probablemente una táctica deliberada.

Así que el domingo a las dos menos cinco me encuentro aparcando en la casa de mis padres, preparándome mentalmente para un par de horas de interrogatorio disfrazado de comida familiar.

La casa está llena de gente cuando entro. Mis padres, Iris y Liam con su expresión perpetua de alcalde preocupado, Cole con su uniforme de sheriff y abrazado a Lauren y Luna, Sage radiante de felicidad, Dominic con esa cara de «cómo he acabado aquí», los mellizos corriendo por todas partes…

Y Ellie.

Joder.

Por supuesto que Ellie está aquí.

A mi madre le gusta invitar a todo el mundo a nuestra casa y ella no podía ser una excepción. Supongo que como está quedándose en casa de Sage y Dominic ya la considera un miembro más de la familia.

Maravilloso.

En este punto de mi vida tengo claro que el universo me odia y le encanta torturarme.

Está sentada en el sofá al lado de Sage, riéndose por algo que mi hermana acaba de decir. Lleva un vestido verde claro que hace que parezca sacada de una puta película, y cuando me ve entrar, la risa muere en sus labios.

—Henry —dice mi madre, apareciendo de la nada para darme un abrazo que casi me rompe las costillas—. Has venido. Estaba empezando a pensar que tendría que ir a buscarte con un lazo.

—Aquí estoy.

—Eso veo. Ve a saludar a todo el mundo. La comida estará lista en veinte minutos.

Me obligo a hacer la ronda. Abrazo a mi padre. Estrecho la mano de Liam y Cole. Acepto los abrazos de Sage, Iris y Lauren. Hago cosquillas a Emma y Ethan cuando me atacan las piernas. Y estrujo a mi sobrina Luna en un abrazo. Por último, saludo a Dominic con un gesto de cabeza que él me devuelve.

Y finalmente, inevitablemente, tengo que mirar a Ellie.

—Cameron —digo, porque soy incapaz de ser educado como una persona normal.

—Wellington —responde, levantando su vaso de limonada en un brindis burlón—. Qué alegría verte de nuevo.

El sarcasmo gotea de cada palabra, pero hay algo en sus ojos —un destello de humor genuino— que hace que algo en mi pecho se afloje.

—Ellie nos estaba hablando sobre su última película —dice Sage alegremente, completamente ajena a la tensión—. ¡Resulta que rodó tres escenas con Brad Pitt!

—Brad es un profesional encantador —dice Ellie con esa voz de actriz que usa cuando habla de Hollywood—. Muy generoso en el set.

—¿Brad? —repito antes de poder detenerme.

Sus ojos brillan con malicia.

—Así es. Brad. También trabajé con Ryan Gosling el año pasado. Ryan y yo nos llevamos muy bien.

Me está provocando.

Lo sé. Ella lo sabe. Probablemente todos en esta sala lo saben.

Y funciona, porque tengo que apretar la mandíbula para no decir algo que no debería.

—Qué interesante —consigo decir con voz tensa.

—¿Verdad? —Sonríe con dulzura venenosa—. Hollywood está lleno de gente interesante. A diferencia de… otros lugares.

Cole nos mira a ambos con confusión creciente.

—¿Vosotros dos os conocéis ya?

—Nos conocimos hace unos días —explica Ellie, sin apartar esos ojos azules de mí—. Tu hermano se presentó de forma… memorable.

—Fue un placer —digo entre dientes.

—El placer fue todo mío.

La comida es una tortura.

Me sientan justo enfrente de Ellie, porque mi madre tiene un sexto sentido para estas cosas y probablemente lo ha hecho a propósito. Cada vez que levanto la vista de mi plato, ahí está ella. Riendo con Sage. Contándole historias a Emma. Siendo encantadora y perfecta y completamente inalcanzable.

Y yo no puedo dejar de mirarla.

No puedo dejar de notar cómo se le arruga la nariz cuando se ríe de verdad. Cómo juguetea con su collar cuando está nerviosa. Cómo sus ojos buscan los míos a través de la mesa y luego se apartan rápidamente cuando me pillan mirándola.

Y lo peor de todo es que cuando finalmente consigo escapar después del postre, cuando conduzco de vuelta a mi cabaña con el silencio zumbando en mis oídos, lo primero que hago es buscar más entrevistas suyas.

Porque soy un masoquista.

Porque no puedo sacármela de la cabeza.

Porque hay algo en Ellie Cameron —algo roto y solitario y desesperadamente hermoso— que canta directamente a las partes de mí que creía muertas.

Y eso me aterroriza más que nada que haya enfrentado en mi vida.

Incluso más que aquel oso hace años.

Porque esto —esta obsesión, esta necesidad, esta peligrosa atracción— es algo contra lo que no puedo luchar.

Y tarde o temprano, va a destruirme.

CAPÍTULO 5

ELLIE

—Mi hermano Henry es un manitas —dice Sage con un tono de orgullo fraternal mientras preparamos limonada en la cocina—. Por eso le he pedido que venga a arreglar la valla del jardín. El viento de la semana pasada la dejó hecha un desastre.

«Ya te digo que es un manitas.»

El pensamiento se me escapa antes de que pueda detenerlo, y tengo que morderme el interior de la mejilla para no soltar una carcajada inapropiada.

Porque Henry Wellington es muchas cosas —gruñón, borde, el hombre más insoportable que he conocido en mi vida— pero también es, objetivamente hablando, el tío más bueno que he visto nunca.

Lo cual es profundamente injusto.

Si hubiera algún tipo de justicia cósmica en el universo, los hombres con esa cara y ese cuerpo deberían tener personalidades encantadoras. Deberían ser divertidos, amables, el tipo de persona con la que quieres pasar tiempo.

No deberían ser idiotas gruñones que te miran como si fueses un insecto molesto que se ha colado en su espacio personal.

—¿Ellie? —la voz de Sage me saca de mis pensamientos—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —miento, esbozando mi sonrisa profesional mientras corto otro limón—. Solo estaba pensando en… nada. Nada importante.

Sage me mira con curiosidad, pero no sigue indagando. Solo vuelve a concentrarse en exprimir limones mientras tararea una canción que no reconozco.

Llevamos así diez minutos cuando Emma irrumpe en la cocina con la energía frenética de una niña de siete años en domingo por la mañana.

—¡Tía Ellie! —grita, y el apodo que ha decidido ponerme hace que algo en mi pecho se apriete de una forma muy agradable—. ¡Tienes que venir a ver al tío Henry! ¡Está cortando madera sin camiseta y Ethan dice que parece un superhéroe!

Me atraganto con mi propia saliva.

Sage suelta una risa que intenta disimular como tos, pero no me engaña.

—Emma, cariño —dice con voz temblorosa—. No creo que a tu tío Henry le guste que lo llamen superhéroe.

—Pero ¡es verdad! —insiste Emma, cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia la puerta trasera—. ¡Ven a verlo!

No quiero ir.

De verdad que no quiero ir.

Porque ver a Henry Wellington sin camiseta suena como una forma excelente de torturarme a mí misma.

Pero Emma me mira con esos ojos enormes llenos de entusiasmo, y no tengo corazón para decirle que no.

—Vale, vale —cedo, dejando que me arrastre hacia el jardín—. Vamos a ver a tu superhéroe.

Salimos por la puerta trasera, y el sol de finales de octubre me golpea en la cara con esa calidez engañosa que tiene el otoño en Montana. Hace un día sorprendentemente bueno para esta época del año, y puedo oír a Ethan corriendo por el jardín persiguiendo algo —probablemente una mariposa o un insecto raro.

Y entonces lo veo.

Henry está al fondo del jardín, junto a la valla rota, con un hacha en las manos y absolutamente nada cubriéndole el torso.

Se me olvida cómo respirar.

Porque, vale, sabía que estaba en buena forma. Es imposible no notarlo incluso bajo las camisas de franela que lleva siempre. Pero esto…

Esto es demasiado.

Tiene el cuerpo de alguien que trabaja físicamente cada día. Hombros anchos y definidos que brillan con una fina capa de sudor bajo el sol. Pecho marcado con una línea de vello oscuro que desciende hasta… no. No voy a mirar ahí. Brazos enormes que se flexionan con cada movimiento del hacha, mostrando músculos que no sabía que un ser humano podía tener.

Y cicatrices.

Tiene cicatrices por todas partes. Pequeñas, casi imperceptibles algunas. Otras más grandes, más evidentes. Marcas de una vida vivida al aire libre, de alguien que no se esconde del mundo físico.

Levanta el hacha por encima de su cabeza y la deja caer sobre un trozo de madera con un golpe seco que resuena por todo el jardín. Los músculos de su espalda se contraen y se relajan con el movimiento, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para cerrar la boca.

Ya te digo que es un manitas, repite mi cerebro traicionero, y esta vez tengo que reprimir el impulso de darme una colleja a mí misma.

—¿Ves? —dice Emma a mi lado, completamente ajena a la crisis existencial que estoy teniendo—. ¡Te dije que parecía un superhéroe!

—Tienes toda la razón —consigo decir, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

Como si sintiera que lo están observando, Henry levanta la vista.

Y nuestros ojos se encuentran a través del jardín.

Por un segundo —un estúpido, interminable segundo— algo pasa entre nosotros. Algo eléctrico que hace que se me erice la piel y que el corazón se me acelere.

Luego su expresión se endurece. Se convierte en ese ceño fruncido perpetuo que parece reservar especialmente para mí, y el momento se rompe como cristal.

Se mueve para coger su camiseta —que estaba tirada sobre la valla— y se la pone con movimientos bruscos que gritan «no quiero que me miren.»

Genial.

Yo tampoco quiero mirarte, idiota.

—¡Tío Henry! —grita Emma, corriendo hacia él antes de que pueda detenerla—. ¡Le estaba enseñando a tía Ellie cómo cortas

madera como un superhéroe!

Henry mira a su sobrina, y algo en su expresión se suaviza. Solo un poco. Es apenas perceptible. Pero está ahí.

—No soy un superhéroe, pequeña —dice con voz más suave de lo que le he oído nunca—. Solo soy un tipo cortando maderas.

—¡Pero lo haces muy bien! —insiste Emma con esa lógica infantil que no admite réplica.

Henry le revuelve el pelo con una ternura que me sorprende.

—Ve a jugar con tu hermano. Y no os acerquéis al hacha, ¿vale?

—¡Vale!

Emma sale corriendo de vuelta hacia donde Ethan está intentando trepar a un árbol, y yo me quedo ahí de pie como una idiota, sin saber qué hacer con las manos.

Henry me mira, y esa suavidad que había en su expresión desaparece instantáneamente.

—¿Necesitas algo? —pregunta, y su voz ha vuelto a ese tono frío que ya reconozco.

«Sí. Necesito que dejes de ser tan guapo y tan gilipollas al mismo tiempo porque me estás volviendo loca.»

—No —digo en cambio—. Emma quería enseñarme tu trabajo.

—Ya lo has visto. Puedes irte.

Las palabras me golpean como un bofetón.

Porque no es solo lo que dice. Es *cómo* lo dice. Como si mi presencia fuese una molestia. Como si el mero hecho de estar aquí, en el jardín de la casa donde vivo, fuese una invasión a su espacio personal.

Y algo dentro de mí se enciende.

—¿Sabes qué? —digo, y puedo oír cómo mi voz sube un tono—. Tienes razón. Ya he visto suficiente.

Me doy la vuelta para volver a la casa, pero no puedo evitar lanzarle una última pulla por encima del hombro.

—Por cierto, Emma tiene razón. Sí que pareces un superhéroe. Lástima que cuando abres la boca se rompa toda la ilusión.

No espero a ver su reacción. Solo camino de vuelta a casa con la espalda recta y la cabeza alta, ignorando el calor que me sube por el cuello.

Sage está en la ventana de la cocina, claramente habiendo presenciado todo el intercambio, con una expresión entre divertida y preocupada.

—No tienes que hacerle caso —dice cuando llego a su lado—. Henry es… complicado.

—Henry es un idiota —corrijo, cogiendo mi vaso de limonada y bebiendo un trago largo—. Un idiota muy guapo, lo cual de alguna forma lo hace todavía más irritante.

Sage suelta una risa que intenta disimular cubriéndose la boca con la mano.

—Estás enfadada con él —asegura.

—¿Enfadada? No. Decir que estoy enfadada sería quedarme corta —bebo otro trago de limonada, intentando calmar el calor que todavía me quema por dentro—. Estoy… frustrada. No entiendo por qué tiene que ser tan borde conmigo.

—Creo que le gustas —dice Sage con tono casual, como si acabase de comentar el tiempo.

Me atraganto con la limonada.

—¿Qué? —consigo decir cuando recupero el aliento—. Estás de broma. Ese hombre me odia.

—No te odia —replica Sage con una sonrisa que me resulta demasiado sabia para alguien de veinticuatro años—. Confía en mí. Conozco a mi hermano. Y nunca lo había visto comportarse así con nadie.

—Sí, porque normalmente es encantador con todo el mundo —digo con sarcasmo.

—No —admite Sage—. Normalmente es distante. Frío. Educado pero desinteresado. Contigo es reactivo. Y eso significa algo.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada. Solo miro por la ventana hacia donde Henry ha vuelto a cortar madera, ahora con la camiseta puesta, gracias a Dios.

Pero incluso con la camiseta puesta, puedo ver la forma en que se mueve. La fuerza controlada en cada golpe del hacha. La concentración absoluta en su rostro.

Y me doy cuenta de algo que me aterroriza.

Me gusta.

A pesar de que es un borde. A pesar de que me trata como si fuese una molestia. A pesar de que claramente tiene más problemas emocionales que una telenovela entera.

Me gusta Henry Wellington.

Y eso es un problema.

Porque él no solo no siente lo mismo. Él activamente parece despreciarme.

Vuelvo mi atención a la limonada, intentando no pensar en ojos verdes y músculos que brillan bajo el sol.

—No pensaba que un tío como él pudiera tener prejuicios con las actrices —murmuro, más para mí misma que para Sage.

—¿Prejuicios?

—Es a la conclusión que he llegado. Creo que le molesta que sea actriz. Me trata como si fuese una princesa de ciudad —explico—. Como si no pudiese sobrevivir cinco minutos sin mis lujos de Hollywood. Como si todo lo que soy fuese falso.

Y eso es lo que más duele, me doy cuenta.

Porque toda mi vida la gente me ha visto como una imagen. Una cara bonita en una pantalla. Una actuación perfecta que esconde a la persona real debajo.

Y Henry parece verme exactamente de la misma forma.

Como si yo no fuese real. Como si todo en mí fuese una mentira cuidadosamente construida.

Cuando la verdad es que nunca he sido más real que ahora. Aquí. En este pueblo en medio de la nada. Sin maquillaje la mayoría de los días. Sin cámaras. Sin actuar.

Pero él no lo ve.

Y quizás nunca lo haga.

—Dale tiempo —dice Sage, apretándome el hombro con cariño—. Mi hermano es terco como una mula, pero también es buena persona. Solo… necesita tiempo para darse cuenta.

Asiento, aunque no estoy segura de creerla.

Porque el tiempo no cambia a la gente. No hace que mágicamente alguien que te desprecia de repente te vea de forma diferente.

Y Henry Wellington ha dejado muy claro desde el primer momento exactamente lo que piensa de mí. Soy invisible para él.

Aunque una parte pequeña, estúpida, esperanzada de mí desea que Sage tenga razón.

Que quizás, solo quizás, detrás de toda esa hostilidad haya algo más.

Pero eso es solo mi corazón siendo idiota otra vez.

Buscando amor donde claramente no lo hay.

Como siempre.

CAPÍTULO 6

ELLIE

La fiesta de la cosecha de Sunset Valley es exactamente lo que esperarías de un pueblo tan encantador como este: guirnaldas de luces colgadas entre los árboles, mesas llenas de comida casera que huele a mantequilla y canela, música country sonando desde altavoces que han visto días mejores, y gente que se conoce desde que nacieron bailando en un descampado que han convertido en pista de baile improvisada.

Es encantador.

Es acogedor.

Y yo estoy borracha.

No era mi intención emborracharme. De verdad que no. Pero cuando llegas a una fiesta y Sage te pasa un vaso de ponche casero «que apenas tiene alcohol, te lo prometo», y luego descubres que tu teléfono está explotando con notificaciones de tu publicista y aproximadamente quinientos medios de comunicación queriendo declaraciones sobre el último artículo de mierda que ha salido sobre ti…

Bueno. El ponche empieza a parecer una idea excelente.

Y luego otro vaso más.

Y otro.

Y ahora estoy aquí, en medio de la pista de baile, moviéndome al ritmo de una canción de Dolly Parton que ni siquiera sé cómo se llama, intentando no pensar en el titular que he leído hace una hora:

«ELLIE CAMERON: ¿VÍCTIMA O ESTRATEGA? FUENTES CERCANAS ASEGURAN QUE SU *'RETIRO'* ES UNA JUGADA CALCULADA PARA AUMENTAR SU CACHÉ»

Porque claro. Ser estafada por tu propia agencia no es suficientemente humillante. Tener que huir de Los Ángeles porque no querías soportar una entrevista donde te preguntaban «¿cómo te sientes al descubrir que te robaron durante años?» no es suficientemente horrible.

No.

Ahora resulta que todo es una estrategia de marketing.

Que me escondo aquí para «crear expectación» y poder «cobrar más pasta» cuando regrese.

Como si yo hubiera planeado que me robasen. Como si hubiera querido que mi vida se desmoronase. Como si estar aquí, en medio de la nada, lejos de todo lo que conozco, fuese parte de algún plan maestro y no simplemente el último recurso de una mujer completamente rota.

—¡Ellie! —la voz de Sage atraviesa la neblina alcohólica de mi cerebro—. ¿Estás bien?

—¡Perfectamente! —grito por encima de la música, y mi voz suena demasiado aguda incluso para mí—. ¡Nunca he estado mejor!

Sage me mira con una expresión de preocupación que reconozco, pero no quiero ver. No quiero que se preocupe. No quiero ser una carga. No quiero ser la amiga patética de la hermana muerta de su prometido que no sabe cómo manejar su propia vida.

Así que hago lo que mejor se me da.

Sonrío. Me río. Finjo que todo está bien.

—Voy a coger un poco de aire —anuncio, alejándome de la pista de baile antes de que Sage pueda detenerme.

Mis piernas no cooperan tanto como me gustaría. El suelo parece moverse bajo mis pies de una forma que definitivamente no es normal, y tengo que concentrarme mucho para caminar en línea recta.

Me alejo de las luces, de la música, de toda esta gente feliz que no tiene su vida destrozada en las portadas de las revistas. Camino hacia el borde del descampado, donde los árboles dan paso a una vista de las montañas que se recortan contra el cielo oscuro.

El aire frío me golpea la cara, y por un momento puedo respirar de nuevo.

Por un momento no tengo que fingir.

Saco el teléfono del bolsillo —mala idea, lo sé— y abro Twitter. Peor idea todavía.

El hashtag #EllieVíctima está en tendencia.

Genial.

Hago scroll hacia abajo, y cada tweet es como una puñalada.

«Ellie Cameron haciéndose la víctima otra vez. Qué sorpresa.»

«Esta tía es una manipuladora profesional. Tiene todo calculado.»

«Se esconde en Montana pero sigue publicando fotos perfectas en Instagram. Sí, claro, está 'rota'. 🙄»

«Ojalá dejase de fingir y admitiese que solo busca atención.»

Las lágrimas me queman los ojos, pero las contengo con furia.

No voy a llorar.

No voy a darles la satisfacción.

—Joder —susurro, y mi voz se quiebra en la última sílaba.

¿Por qué nunca es suficiente?

¿Por qué siempre hay alguien que tiene algo que decir sobre cómo vivo mi vida?

¿Por qué nadie me cree cuando digo que estoy rota?

¿Por qué tengo que estar perfecta incluso cuando me estoy cayendo a pedazos?

—¿Cameron?

La voz detrás de mí me sobresalta tanto que casi se me cae el teléfono.

Me giro —demasiado rápido, el mundo se inclina peligrosamente— y ahí está Henry Wellington, mirándome con esos ojos verdes que ven demasiado.

—El que me faltaba para terminar de estropear este día. Vete a la mierda, Wellington —suelto, y las palabras salen cargadas de todo el veneno que llevo guardando desde que leí ese puñetero artículo—. Vete. A. La. Mierda.

Hoy no tengo ganas de ser correcta.

Henry no se mueve. Solo me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —repito, y suelto una risa histérica que suena demasiado rota—. Claro. Estoy de maravilla. ¿No se nota?

—Estás borracha.

—Qué observador —replico, y el sarcasmo me sale tan natural como respirar—. Te van a dar un premio por esa deducción brillante.

—Deberías volver a la fiesta.

—¿Y tú quién te crees que eres para decirme lo que debería hacer? —exploto, y toda la rabia que he estado conteniendo sale de golpe—. ¿Tú? ¿El hombre que no me ha dirigido una palabra amable desde que nos conocimos? ¿El que me mira como si fuese basura cada vez que me ve?

Henry aprieta la mandíbula.

—No te miro como si fueses basura.

—¿Ah, no? —doy un paso hacia él, tambaleándome ligeramente —. ¿Entonces cómo me miras? Porque desde luego no es con respeto. O con amabilidad. O con cualquier cosa que se parezca a decencia básica.

—Ellie.

—¡No! —le corto, y mi voz sube tanto que probablemente puedan oírme desde la fiesta—. No me llames así. No me hables como si me conocieses. No finjas que te importa lo que me pasa.

—No estoy fingiendo.

—Mentira —escupo—. Lo último que necesito ahora mismo es tener cerca a otra persona que me desprecia.

Henry da un paso hacia mí, y hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo peligroso.

—No te desprecio.

—¿Ah, no? —suelto una risa amarga—. Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo.

—Solo estoy intrigado —dice, y su voz ha bajado hasta convertirse en algo áspero— de por qué una princesa famosa como tú se está agarrando semejante borrachera en medio de la nada.

Y ahí está.

La gota que colma el vaso.

Toda la mierda que he estado aguantando —el artículo, los tweets, mi madre, mi carrera, mi vida entera— explota como una

bomba.

—¿Quieres saber por qué? —grito, y las palabras salen atropelladas, furiosas, rotas—. ¿Quieres saber por qué la princesa famosa está borracha? Porque todo el mundo me utiliza. Porque nadie me quiere. Porque pensaba que, siendo actriz, siendo perfecta, siendo lo que todo el mundo quería que fuese, finalmente conseguiría que alguien me viese. Que alguien me quisiese.

Henry no dice nada. Solo me mira con una intensidad que hace que se me erice toda la piel.

Es casi como si le interesase lo que le estoy diciendo.

—Pero no funcionó —continúo, y puedo sentir cómo las lágrimas finalmente empiezan a caer—. Porque da igual lo que haga. Siempre hay alguien que dice que no es suficiente. Que soy falsa. Que soy una manipuladora. Que todo lo que hago es para llamar la atención.

Doy otro paso hacia él, tambaleándome.

—¿Y sabes qué es lo peor? —pregunto, y mi voz se quiebra—. Que tienen razón. Que soy falsa. Porque llevo toda mi vida fingiendo. Fingiendo que estoy bien. Fingiendo que soy fuerte. Fingiendo que no me duele que nadie me…

No termino la frase.

Porque mi pie tropieza con una piedra que no he visto, y de repente estoy cayendo.

Pero no llego al suelo.

Unos brazos me envuelven antes de que pueda caer, tirando de mí hacia un pecho sólido que huele a cedro y a aire fresco y a algo puramente masculino que hace que se me acelere el pulso.

Levanto la vista, y Henry está ahí. Tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes. Tan cerca que puedo sentir su respiración contra mi cara.

—Suéltame —susurro, pero no hay fuerza en mis palabras.

—No —responde, y su voz es tan baja que casi no la oigo.

Nos quedamos así, mirándonos. El mundo se reduce a esto: sus brazos alrededor de mí, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo, el aire cargado de algo eléctrico que hace que se me ericen todos los pelos del cuerpo.

—Henry —empiezo, pero no sé qué decir.

No sé quién se mueve primero.

Quizás sea yo. Quizás sea él. Quizás seamos los dos al mismo tiempo.

Pero de repente su boca está sobre la mía, y el mundo explota.

Es un beso furioso. Desesperado. Lleno de toda la tensión que ha estado acumulándose entre nosotros desde el primer momento que nos vimos.

Sus manos me sujetan con fuerza, como si tuviera miedo de que fuese a desaparecer. Las mías se aferran a su camisa de franela, tirando de él más cerca, necesitando más.

Sabe a whisky y a menta y a algo puramente él que hace que se me nublen todos los sentidos.

Y por primera vez en semanas, en meses, en años…

No estoy fingiendo.

Esto es real.

CAPÍTULO 7

ELLIE

El beso es fuego puro.

Henry me besa con pasión. Como si cada segundo de hostilidad entre nosotros hubiese sido solo la mecha esperando a encenderse. Su boca es exigente, hambrienta, y devora la mía con una intensidad que hace que se me doblen las rodillas.

Sus manos se clavan en mis caderas, tirando de mí contra él con tanta fuerza que puedo sentir cada músculo de su cuerpo pegado al mío. Y Dios, es como estar presionada contra una pared de piedra caliente. Duro. Sólido. Real.

Enredo mis dedos en su pelo, ese pelo que lleva despeinado siempre, y tiro con fuerza. Henry gruñe contra mi boca, un sonido gutural que vibra a través de todo mi cuerpo y hace que se me apriete algo en el bajo vientre.

—Esto es un error —murmura contra mis labios, pero no se aparta. Sus manos siguen aferrándome con fuerza como si no quisiera soltarme.

—Cállate —jadeo, mordiendo su labio inferior con suficiente fuerza como para hacerle sisear—. Cállate y alíviame.

Henry se aparta lo suficiente como para mirarme a los ojos, y lo que veo ahí me quema. Deseo. Puro, crudo, desesperado.

—Estás borracha —dice, pero su voz suena ronca, destrozada.

—No te hagas el digno ahora —replico, deslizando mis manos bajo su camisa de franela y sintiendo cómo se le contraen los músculos del abdomen bajo mis dedos.

—Cameron…

—Quiero que me folles —interrumpo, y las palabras salen crudas, sin filtro, directas—. Aquí. Ahora. Antes de que cambie de opinión.

Algo se rompe en su expresión. Veo el momento exacto en que su control se hace añicos, cuando la bestia que ha estado conteniendo finalmente se libera.

—Joder —gruñe, y entonces me está levantando como si no pesase nada.

Bueno, casi.

Se tambalea ligeramente cuando me coge en brazos, y por un segundo pienso que vamos a caernos los dos. Su agarre se tensa, sus dedos se clavan en mi carne, y puedo sentir algo rígido en su postura, como si le costase más esfuerzo del que debería mantener el equilibrio.

Pero luego se recupera, ajustándome contra su pecho, y camina —más bien cojea rápidamente— hacia donde está aparcada su camioneta, alejada de las luces de la fiesta, escondida entre los árboles.

Hay algo extraño en cómo se mueve. Algo que no puedo identificar a través de la neblina del alcohol y el deseo. Pero no me importa. No me importa nada excepto tener su boca sobre la mía otra vez.

Abre la puerta trasera de un tirón y me deposita en el asiento con una mezcla de urgencia y cuidado que hace que algo en mi pecho se contraiga dolorosamente.

—Última oportunidad para cambiar de opinión —dice, de pie entre mis piernas, mirándome con esos ojos verdes que brillan como los de un depredador en la oscuridad.

—Para de hablar —respondo, tirando de él hacia mí.

Y entonces su boca está sobre la mía otra vez, y no hay más palabras.

Solo hay manos, urgentes y torpes, desabrochando botones y bajando cremalleras. Solo hay piel caliente contra piel, y respiraciones entrecortadas que llenan el interior de la camioneta. Solo hay la necesidad primitiva, visceral, de estar más cerca, más cerca, más cerca.

Henry me quita el vestido por la cabeza con movimientos que son más desesperados que elegantes, y yo le devuelvo el favor con su

camisa de franela, arrancándole prácticamente los botones en mi prisa por sentir su piel bajo mis manos.

Y cuando finalmente lo hago —cuando mis palmas se deslizan por su pecho desnudo, sintiendo el vello áspero bajo mis dedos, las cicatrices que marcan su piel como un mapa de su vida— algo en mí se enciende como nunca antes.

—Eres preciosa —murmura contra mi cuello, y su voz suena tan rota que me duele escucharla—. Tan jodidamente preciosa que me estás matando.

Sus labios trazan un camino de fuego por mi garganta, bajando hasta el hueco entre mis clavículas, y luego más abajo, hasta el borde de mi sujetador. Lo quita con dedos que tiemblan ligeramente, y cuando mi pecho queda expuesto ante él, se queda quieto, simplemente mirándome.

—Henry —jadeo, y su nombre suena como una súplica.

—Llevo desde que te conocí soñando con esto —dice con voz áspera, bajando la cabeza para tomar un pezón entre sus labios.

El placer me atraviesa como un rayo, tan intenso que arqueo la espalda contra él, empujando más de mí en su boca. Henry gruñe, el sonido vibrando contra mi piel sensible, y succiona con fuerza mientras su mano se cierra alrededor de mi otro pecho, amasándolo, pellizcando el pezón entre sus dedos.

—Dios —repito como un mantra, enredando mis dedos en su pelo y tirando.

Su otra mano se desliza por mi estómago, dejando un rastro de fuego a su paso, y luego está metiendo los dedos bajo el encaje de mis bragas. Me quedo completamente quieta, conteniendo el aliento, esperando.

Y entonces me toca, deslizando un dedo entre mis pliegues, y los dos nos quedamos inmóviles.

—Estás empapada —gruñe contra mi pecho, y suena como si acabase de descubrir algo maravilloso y terrible a la vez.

—Es tu culpa —consigo decir, aunque mi voz sale temblorosa.

Henry levanta la cabeza para mirarme, y sus ojos están tan oscuros que casi parecen negros.

—¿Mi culpa?

—Por ser tan… —empiezo, pero entonces él desliza un dedo dentro de mí y las palabras se me mueren en la garganta.

Es demasiado. Es perfecto. No es suficiente.

—¿Por ser tan qué? —pregunta, bombeando su dedo dentro de mí con movimientos deliberadamente lentos que me están volviendo loca.

—Guapo —jadeo—. E idiota. Y, oh Dios, justo ahí.

Henry encuentra un punto dentro de mí que hace que vea estrellas, y presiona contra él con precisión devastadora mientras su pulgar se mueve en círculos sobre mi clítoris.

—¿Te gusta eso? —murmura contra mi oído, y su aliento caliente me hace estremecer.

—No pares —suplico, moviendo mis caderas contra su mano, persiguiendo más fricción, más presión, más todo.

Añade un segundo dedo, estirándome, llenándome, y el placer se intensifica hasta volverse casi doloroso. Puedo sentir cómo se me tensa todo el cuerpo, cómo el orgasmo se acerca como una ola, construyéndose más y más alto.

—Mírame —ordena, y hay algo en su voz que hace que mis ojos se abran automáticamente.

Nos miramos, y la intensidad en sus ojos verdes casi me deshace por completo. Puedo ver deseo ahí, sí, pero también algo más. Algo más profundo, más aterrador, algo que hace que se me cierre la garganta.

—Córrete para mí —dice, y no es una petición. Es una orden.

Y mi cuerpo obedece.

El orgasmo me golpea como un tsunami, arrancándome un grito que Henry silencia con su boca. Las oleadas de placer me atraviesan una tras otra, interminables, devastadoras, mientras sus dedos siguen moviéndose dentro de mí, prolongando cada segundo hasta que estoy temblando y jadeando contra él.

Cuando finalmente me deja caer del precipicio, estoy deshecha. Destrozada. Rehecha.

Henry retira sus dedos lentamente, y el movimiento me arranca un gemido. Me mira mientras se lleva los dedos a la boca y los chupa, sus ojos nunca dejan los míos.

—Sabes tan bien como imaginaba —dice con voz ronca.

Y entonces me doy cuenta de que todavía lleva los pantalones puestos. Que ha estado concentrado completamente en mi placer, ignorando el suyo propio.

—Quítatelos —ordeno, y esta vez soy yo quien no acepta réplica.

Henry obedece, pero hay algo extraño en cómo lo hace. Se mueve con cuidado, casi con rigidez, desabrochándose el cinturón con dedos que se mueven con urgencia, pero también con… ¿precaución? Se baja los vaqueros hasta medio muslo, pero los deja ahí, sin quitárselos completamente.

No tengo tiempo de procesar por qué. No me importa por qué.

Porque entonces veo su erección, gruesa y dura, presionando contra el algodón de sus bóxers, y todo pensamiento coherente abandona mi cerebro.

Se baja los bóxers lo justo para liberarse, y madre mía.

Es enorme. Grueso y duro, la punta brillando con líquido preseminal que hace que se me haga la boca agua.

—Como sigas mirándome así, esto va a terminar antes de empezar —gruñe.

Me obligo a levantar la vista hacia su cara, y lo que veo ahí —deseo crudo, necesidad desesperada— me enciende de nuevo.

—Entonces será mejor que te des prisa —digo, abriendo más las piernas en una invitación clara.

Henry se posiciona entre mis muslos, y puedo sentir el calor de su erección presionando contra mi entrada. Sus pantalones todavía están medio puestos, la tela áspera del denim rozando el interior de mis muslos, pero no me importa.

No me importa nada excepto tenerlo dentro de mí.

Ambos nos quedamos quietos por un segundo, mirándonos, como si supiésemos que una vez que crucemos esta línea, no hay vuelta atrás.

Y entonces se hunde dentro de mí de una sola embestida.

El grito que suelto es medio placer, medio dolor. Es enorme, me llena hasta un punto que bordea la incomodidad, me estira de una forma que nunca había sentido.

—Joder —gruñe Henry, y puedo ver cómo se le tensan todos los músculos del cuello con el esfuerzo de quedarse quieto—. Estás tan apretada. Tan caliente. Tan… joder.

—Muévete —suplico, clavando mis uñas en sus hombros—. Por favor, Henry, muévete.

Y lo hace.

Se retira casi completamente, hasta que solo la punta permanece dentro, y entonces se hunde de nuevo, lento, deliberado, llenándome completamente. Repite el movimiento una vez. Dos veces. Tres.

—Más rápido —jadeo, moviendo mis caderas contra él, tratando de marcar un ritmo más urgente.

Henry gruñe, agarrándome las caderas con suficiente fuerza como para dejar marcas, y entonces se suelta.

Embiste dentro de mí con una fuerza que hace que la camioneta se sacuda, duro y profundo, golpeando ese punto dentro de mí que hace que vea estrellas con cada movimiento. El sonido de piel contra piel llena el espacio cerrado, mezclándose con nuestros jadeos y gemidos.

Hay algo en su postura, en cómo se apoya, que es diferente. Como si estuviese compensando algo. Pero el placer es tan intenso, tan abrumador, que no puedo concentrarme en nada excepto en la sensación de él moviéndose dentro de mí.

—Eres tan perfecta —gruñe contra mi cuello, mordiendo la piel sensible ahí con suficiente fuerza como para dejar marca—. Hecha para mí. Como si estuvieses hecha para mi polla.

Sus palabras crudas me encienden todavía más, y puedo sentir cómo un segundo orgasmo empieza a construirse, más rápido, más intenso que el primero.

—Henry —jadeo—. Estoy… voy a…

—Córrete —ordena, deslizando una mano entre nuestros cuerpos para frotar mi clítoris con movimientos precisos—. Quiero sentirte apretándome mientras te corres en mi polla.

Y eso es todo lo que necesito.

El orgasmo me golpea incluso más fuerte que el primero, arrancándome un grito que definitivamente va a oírse hasta la fiesta.

Mi cuerpo entero se tensa, apretándome alrededor de él como un puño, ordeñándolo.

Henry suelta un gruñido gutural, sus embestidas se vuelven erráticas, y entonces lo siento. El calor de su liberación llenándome, marcándome desde dentro, mientras se derrama dentro de mí con sacudidas que parecen no terminar nunca.

Nos quedamos así, jadeando, sudorosos, enredados el uno en el otro en el asiento trasero de su camioneta, mientras la fiesta continúa a lo lejos, completamente ajena a lo que acaba de pasar.

Henry apoya su frente contra la mía, y ambos intentamos recuperar el aliento.

El silencio que nos envuelve es pesado, cargado de todo lo que no estamos diciendo.

Puedo sentir cómo se retira de mí lentamente, el movimiento me arranca un gemido involuntario. La sensación de vacío que deja es casi física, y tengo que morderme el labio para no protestar.

Henry se aparta, ajustándose los pantalones con movimientos rápidos, casi bruscos, sin mirarme.

Y es entonces cuando la realidad empieza a filtrarse a través de la neblina del alcohol y el sexo.

¿Qué demonios acabo de hacer?

Me he follado a Henry Wellington. Al hombre que me odia. Al gruñón más insoportable de Montana. En el asiento trasero de su camioneta. Mientras hay una fiesta a metros de distancia.

Y lo peor de todo es que ha sido…

Perfecto.

Jodidamente perfecto.

Me incorporo, buscando mi ropa con manos temblorosas. El vestido está hecho una bola en el suelo de la camioneta, y mis bragas… no tengo ni idea de dónde están mis bragas.

—Cameron —dice Henry, y su voz suena extraña. Tensa.

—No —le corto, poniéndome el vestido por la cabeza sin mirarlo —. No digas nada. Por favor.

No puedo escuchar cómo me dice que esto ha sido un error. Que no debería haber pasado. Que no puede volver a pasar.

Porque ya lo sé.

Lo sé todo.

Y duele de todas formas.

Encuentro mis zapatos y me los pongo con dedos torpes. El silencio en la camioneta es ensordecedor, roto solo por nuestras respiraciones todavía agitadas.

—Tengo que irme —murmuro.

—Espera…

Pero no espero.

Salgo de la camioneta con piernas que todavía tiemblan, y camino de vuelta hacia las luces de la fiesta sin mirar atrás.

Porque si miro atrás, si veo su cara, no sé qué voy a hacer.

Y ya he hecho suficientes estupideces por una noche.

El aire frío me golpea la cara, despejando un poco la niebla del alcohol. Puedo sentir la humedad entre mis piernas, la prueba física de lo que acaba de pasar, y tengo que reprimir el impulso de volver corriendo a esa camioneta.

¿Qué me pasa?

¿Por qué él?

¿Por qué el único hombre que me hace sentir algo en años tiene que ser exactamente el hombre equivocado?

Me alejo hacia la oscuridad, evitando la pista de baile, buscando a Sage para decirle que me voy a casa.

Porque necesito salir de aquí.

Necesito estar sola.

Necesito procesar lo que acaba de pasar antes de que mi cerebro explote completamente.

Y, sobre todo, necesito olvidar cómo se sintió tener a Henry Wellington dentro de mí.

Como si, por un momento, yo fuese suficiente.

Como si, por un momento, alguien me viese de verdad.

Aunque solo fuese un espejismo creado por el alcohol y el deseo.

Un espejismo que va a doler mucho cuando se desvanezca por la mañana.

CAPÍTULO 8

ELLIE

Un mes.

Ha pasado un mes desde la fiesta de la cosecha, y he conseguido evitar a Henry Wellington con una habilidad que habría impresionado a cualquier espía profesional.

No es difícil cuando él también me está evitando.

Las pocas veces que nos hemos cruzado ha sido un ejercicio de incomodidad mutua. Miradas que se desvían. Saludos cortantes. Una tensión tan espesa que podría cortarse con cuchillo.

Y yo finjo que me parece bien.

Finjo que no pienso en esa noche cada segundo de cada día.

Finjo que no recuerdo cómo se sintió tenerlo dentro de mí, llenándome. Conectándome a él.

Finjo que el mejor sexo de mi vida no ocurrió en el asiento trasero de una camioneta con un hombre que me desprecia.

Pero hay algo que no puedo seguir fingiendo.

Algo que me ha estado persiguiendo durante los últimos días con una insistencia cada vez más difícil de ignorar.

Mi regla no ha bajado.

Al principio lo atribuí al estrés. A la mudanza. A los cambios de horario y de clima. A todo el caos que ha sido mi vida durante los últimos meses.

Pero ahora, mirando el calendario en mi teléfono mientras estoy sentada en el borde de la bañera a las siete de la mañana, ya no puedo seguir engañándome.

Llevo siete días de retraso.

Siete.

Y tengo los pechos tan sensibles que me duele ponerme el sujetador. Y un cansancio que no se va por más que duerma.

Dios mío.

El test de embarazo que compré ayer en la farmacia de dos pueblos más allá —porque ni loca iba a comprarlo en Sunset Valley donde todo el mundo conoce a todo el mundo— me mira desde el lavabo como una bomba a punto de explotar.

He estado mirándolo durante veinte minutos.

Veinte minutos en los que he intentado convencerme de que no hace falta. De que solo es un retraso. De que estoy siendo paranoica.

Pero ya no puedo posponerlo más.

Me levanto con piernas que tiemblan ligeramente y cojo la caja. Mis dedos se mueven por inercia mientras leo las instrucciones que ya me sé de memoria de haberlas leído quinientas veces ayer.

Es simple. Ridículamente simple.

Mear en un palo. Esperar tres minutos. Esperar con desesperación para ver si toda tu vida entera cambia.

Fácil.

Respiro hondo y abro la caja.

Luego realizo el ritual y paso los tres minutos más largos de mi vida.

He puesto el test boca abajo sobre el lavabo porque no puedo mirarlo. No puedo ver las líneas formándose. No puedo ver mi futuro materializándose en un trozo de plástico.

Así que me quedo sentada en el borde de la bañera, mirando el reloj de mi teléfono, viendo cómo los segundos pasan con una lentitud tortuosa.

Mi mente está en blanco. Completamente en blanco. Como si mi cerebro hubiese decidido que esto es demasiado y simplemente se ha apagado.

Pero mi cuerpo no está en blanco. Mi cuerpo está en alerta máxima. El corazón me late tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos. Las manos me tiemblan. El estómago se me cierra en un nudo tan apretado que me duele respirar.

El teléfono vibra.

Tres minutos.

Me obligo a levantarme. A acercarme al lavabo. A coger el test con dedos que no cooperan.

Y entonces lo giro.

Y la realidad me golpea como un mazo.

Hay dos líneas.

Dos líneas rosas, claras, inequívocas.

Positivo.

El test se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe seco que resuena en el baño silencioso.

Estoy embarazada.

Estoy embarazada de Henry Wellington.

Del hombre que me odia. Del gruñón más insoportable de Montana. Del hombre con el que tuve sexo una vez, en el asiento trasero de su camioneta, sin protección porque estábamos demasiado desesperados para pensar.

Estoy embarazada.

Y no sé si quiero reír o llorar o gritar o las tres cosas a la vez.

Me siento en el suelo, con la espalda contra la bañera, y me llevo las manos a la cara.

Debería estar aterrorizada. Debería estar entrando en pánico. Debería estar pensando en todas las formas en que esto va a arruinar mi vida.

Y una parte de mí lo está. Una parte de mí está absolutamente aterrada.

Pero hay otra parte —una parte más grande, más fuerte— que está…

Feliz.

Increíblemente, estúpidamente, incomprensiblemente feliz.

Porque siempre he querido ser madre.

Siempre.

Desde que era niña y veía a otras familias en el parque, con padres que abrazaban a sus hijos y les decían que los querían. Desde que crecí en una casa donde el amor era condicional y la aprobación tenía que ganarse. Desde que me di cuenta de que nunca tuve una familia de verdad.

Siempre supe que algún día la tendría.

Que crearía lo que nunca tuve.

Y ahora…

Ahora va a pasar.

No de la forma que imaginaba. No con un marido que me ame y una casa con jardín y una vida perfecta sacada de una revista.

Va a ser yo sola. Yo y este bebé.

Una familia de dos.

Pero va a ser mi familia. Mía.

Una personita a la que darle todo mi cariño.

Y nadie puede quitarme eso.

Me llevo la mano al abdomen, todavía plano, donde no hay nada que ver por ahora. Pero está ahí. Una vida diminuta.

Mi bebé.

Las lágrimas empiezan a caer, calientes y rápidas, pero esta vez no son de miedo.

Son de algo que no he sentido en mucho tiempo.

Esperanza.

—Hola —susurro, y mi voz se quiebra—. Soy yo. Tu madre. Y sé que esto es una locura y que probablemente no debería estar tan contenta porque tu padre va a pensar que estoy loca y porque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo y porque mi vida es un desastre completo.

Me río a través de las lágrimas.

—Pero te quiero ya. ¿Vale? Te quiero tanto que duele. Y voy a ser la mejor madre que pueda ser. Voy a darte todo lo que yo nunca tuve. Todo el amor y la seguridad y la estabilidad. Vas a saber cada día de tu vida que eres querido. Que eres suficiente. Que no tienes que ganarte mi amor porque ya lo tienes.

Me quedo ahí sentada en el suelo del baño, con las lágrimas corriendo por mis mejillas y una mano sobre mi vientre, y por primera vez en meses siento algo que se parece peligrosamente a la paz.

Hasta que la realidad empieza a filtrarse de nuevo.

Henry.

Tengo que decírselo a Henry.

¿Verdad?

Me pongo de pie y me miro en el espejo. Tengo los ojos rojos e hinchados. El pelo revuelto. La camiseta de dormir arrugada.

No parezco una mujer que está a punto de cambiar la vida de alguien con una noticia que va a explotar como una bomba.

Pero supongo que así es como se ve alguien en este tipo de situaciones.

La pregunta es: ¿debería decírselo?

Podría no hacerlo. Podría irme. Volver a Los Ángeles o irme a cualquier otro sitio. Tener a este bebé sola. Criarlo sola. Construir esa familia de dos sin la complicación de un padre que no nos quiere.

Sería más fácil.

Más limpio.

Menos doloroso.

Porque sé lo que va a pasar si se lo digo. Lo he visto en películas suficientes veces. El hombre dice que no está preparado. Que fue un error. Que no puede hacer esto. Y entonces la mujer se queda sola de todas formas, pero con el peso adicional del rechazo.

Y yo ya he sido rechazada suficientes veces en mi vida.

¿De verdad necesito añadir esto a la lista?

Pero hay otra parte de mí —la parte que recuerda cómo Henry se quedó mirándome después de que nos besáramos, la parte que vio ternura en sus ojos cuando jugaba con Emma y Ethan, la parte que siente que quizás, solo quizás, hay más en él de lo que muestra— que dice que merece saberlo.

Que este bebé merece tener la oportunidad de conocer a su padre.

Aunque su padre sea un gruñón insoportable que probablemente me odia.

Debo decírselo.

No hoy. Necesito tiempo para procesar esto primero. Para preparar lo que voy a decir. Para fortalecer mi corazón contra el inevitable rechazo.

Pero voy a decírselo.

Porque este bebé merece más que una madre que huye.

Merece la verdad.
Aunque la verdad duela como el infierno.

CAPÍTULO 9

HENRY

Presente

Por más que lo intento, no puedo sacármela de la cabeza.

La primera vez que vi a Ellie Cameron tuve el estúpido pensamiento de que era un ángel.

Jamás había conocido a alguien tan hermosa como ella, a alguien que emanase esa energía cálida y dulce que hace que el aire se vuelva más denso solo con su presencia. A alguien que tuviera una sonrisa capaz de hacer que el aliento se me atascase en la garganta con solo esbozarla cerca de mí.

Ahora, tras varios meses teniendo que soportar su belleza tortuosa, tras sentir cómo me hace pedazos con solo existir cerca de mi órbita, sé que es un demonio subido directamente del infierno para destrozarme la vida.

Tenerla cerca ha hecho que no me reconozca a mí mismo.

Me he vuelto un acosador patético —he visto cada una de las películas en las que ha actuado, he visto cada anuncio, he leído cada artículo de la prensa rosa que habla de ella—, y nada ha calmado esta sed que se ha apoderado de todo mi ser como un cáncer.

Me he vuelto un hombre todavía más gruñón y amargado de lo que ya era.

Porque si hay algo que sé con absoluta certeza, aparte de que el sol sale cada jodida mañana, es que no merezco a una mujer tan maravillosa y preciosa como Ellie Cameron.

Lo nuestro fue solo un encuentro de una vez. Algo aislado en el tiempo que la vida decidió regalarme para que sepa todo lo que me estoy perdiendo y siga agonizando durante el resto de mi existencia

miserable. Por todos mis pecados. Por el daño que he causado. Por Dylan.

Un suceso que no habría permitido que pasase de haber sabido que estaba decidida a quedarse aquí.

El hacha se clava en la madera con un sonido seco que resuena entre los pinos que rodean mi cabaña. El sudor me gotea por la frente a pesar de que el frío me muerde la piel expuesta, pero sigo partiendo leña con movimientos mecánicos que no requieren pensar. Solo quiero sentir el impacto, el dolor sordo que se extiende desde mi prótesis hasta la cadera, el cansancio que me mantiene demasiado ocupado para pensar en pelo rubio y ojos que brillan como estrellas.

Suena el timbre de casa, pero no me molesto en dejar de cortar la leña. Sea quien sea puede irse a la mierda. No quiero visitas. Es algo que siempre dejo claro. Si me acerco a abrir la puerta pensarán que son bienvenidos, que mi aislamiento autoimpuesto tiene grietas por las que pueden filtrarse.

No las tiene.

El timbre vuelve a sonar, insistente, seguido del golpeteo de nudillos contra la madera. Después, silencio.

Perfecto. Se han ido. Quienquiera que fuese ha captado el mensaje.

Levanto el hacha otra vez, preparándome para el siguiente golpe, cuando una voz me detiene en seco.

—Sé que estás ahí, Henry Wellington.

Mi corazón se para. Literalmente se para durante un segundo entero antes de empezar a latir como si acabase de correr un maratón.

Esa voz. Esa maldita voz que se ha apoderado de mis sueños y los ha convertido en una tortura nocturna. Suave como miel caliente, con ese ligero matiz ronco que hace que algo primitivo en mi estómago gruña de reconocimiento.

Ellie Cameron está en mi jardín.

Me giro lentamente, y ahí está. De pie junto a la valla de madera que separa mi propiedad del sendero, con un vestido azul que se

pega a su cuerpo de una forma que me vuelve loco y ese cabello rubio platino cayendo en ondas perfectas sobre sus hombros.

Es tan hermosa que me duele el pecho solo con mirarla.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto, mi voz sale más áspera de lo que pretendía.

—Necesito hablar contigo —dice, y hay un temblor en su voz que no había oído antes.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Oh, créeme. Tenemos mucho de qué hablar —replica, acercándose un paso hacia mí.

Puedo oler su perfume desde aquí: algo caro y sofisticado que huele a la vida que debería estar viviendo en lugar de estar perdida en este pueblo olvidado de Montana. A su mundo real. Al mundo donde pertenece.

Lejos de mí.

—He sido muy claro sobre lo que pienso de tu presencia en este pueblo —digo, clavando el hacha en el tronco con más fuerza de la necesaria—. No ha cambiado nada.

—¿En serio? —se acerca otro paso, y puedo ver esa determinación que reconozco porque me vuelve completamente loco —. Porque tengo la sensación de que has estado evitándome de forma muy deliberada este último mes.

Evitándola. Esa es una forma muy suave de describir la tortura autoinfligida a la que me he sometido. Cambiar mis rutas para no cruzármela en el pueblo, rechazar todas las invitaciones familiares donde pudiera estar presente, encerrarme en esta cabaña como un ermitaño para no hacer algo estúpido como buscar excusas para verla otra vez.

—No te evito —miento—. Simplemente no tengo tiempo para el drama de Hollywood en mi vida.

Veo el momento exacto en que mis palabras la golpean. Sus ojos se endurecen ligeramente, esa vulnerabilidad que he visto durante un segundo desaparece detrás de la máscara de actriz profesional que lleva como armadura.

—Perfecto —dice con voz controlada—. Porque lo que tengo que decirte no va a requerir mucho tiempo.

Se coloca bien el vestido, endereza los hombros que parecen demasiado delicados para cargar con todo el peso que veo en sus ojos, y me mira directamente.

—Estoy embarazada —me dice, y durante un segundo puedo ver que está completamente aterrorizada.

El mundo se detiene.

El hacha se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe sordo que resuena entre los árboles como un disparo. Mi corazón, que hace un segundo latía como un tambor de guerra, simplemente se para. De hecho, si algún médico me revisase en este instante se daría cuenta de que ni siquiera está latiendo.

Embarazada.

Ellie Cameron está embarazada.

—De ti —añade, como si pensase que soy más gilipollas de lo que ya cree y no hubiese llegado yo solo a esa conclusión.

—Joder. —Es lo único que consigo que salga de mi boca, porque aparentemente el shock ha reducido mi vocabulario a monosílabos.

—Qué elocuente —comenta, y puedo ver cómo la tensión se acumula en sus hombros como cristal a punto de romperse.

—Esto no debería estar pasando —digo, porque parece que mi coeficiente intelectual ha disminuido hasta casi rozar el suelo por el pánico que me está destrozando desde dentro.

Pero no es pánico porque la odie o porque no la quiera. Es pánico porque alguien como yo no debería de tener este regalo del cielo. Mi jodido corazón, en contra del sentido común, en contra de toda lógica, se despierta y decide que es el momento perfecto para regresar a la vida.

Pero yo sé mejor que ese estúpido órgano lo que merezco.

Y no es esto. Definitivamente no es esto.

—Desde luego que no —responde, cruzándose de brazos y colocándose en esa actitud defensiva que reconozco porque la he visto dirigida hacia periodistas agresivos en las entrevistas que he visto obsesivamente—. No debería de haber sido tan estúpida como para quedarme embarazada del hombre más idiota de Sunset Valley, pero aquí estamos. Súmalo a la lista invisible esa que tienes de agravios que he cometido desde que me conoces.

Sus palabras me atraviesan como puñaladas, pero hay algo debajo de la rabia que me desarma completamente: dolor. Dolor real, profundo, del tipo que reconozco porque vivo con él cada segundo de cada día.

—No es una buena idea —digo, y las palabras salen como si me las arrancasen con tenazas.

Veo cómo se le abren mucho los ojos, cómo se lleva la mano al abdomen de forma protectora mientras me mira como si acabase de golpearla físicamente.

Es en ese instante cuando comprendo lo que acaba de pensar.

—No quiero decir que abortes —me apresuro a aclarar, sintiendo cómo el pánico me sube por la garganta como bilis—. Joder, Ellie. Esto se me está yendo de las manos.

Piensa que soy todavía más cabrón de lo que en realidad soy. Y considerando lo cabrón que ya soy, eso es decir mucho.

Puede que no merezca este regalo. El privilegio de haber estado con esta mujer, de haber dejado algún rastro mío en su cuerpo perfecto. Pero no soy tan tonto como para rechazarlo ahora que esta oportunidad imposible se ha presentado en mi vida.

—Tampoco iba a hacerlo —dice, y ahora su voz es más baja. Más vulnerable.

Puedo ver el miedo en sus ojos, esa fragilidad que intenta ocultar detrás de toda esa belleza. Y no por primera vez desde que la conozco siento el deseo desesperado de ser el hombre que pudiese acercarse a ella y consolarla.

Pero no soy ese hombre. Ese hombre murió el mismo día en que Dylan perdió la vida y yo perdí la mitad de mi pierna derecha.

—¿Y qué quieres de mí? —pregunto, porque soy un cobarde que no sabe cómo manejar algo tan monumental como esto.

Veo el momento exacto en que mis palabras la destrozan. Como si hubiera estado esperando, quizás incluso rogando, que dijese algo diferente. Algo mejor.

—No debería haber venido a contártelo —dice, y puedo ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a dejar caer—. Está claro que soy más tonta de lo que ya pensaba.

Mi corazón se acelera, se me instala una piedra de terror puro en el estómago cuando la veo darse media vuelta y alejarse de mí con esos pasos decididos que reconozco de las alfombras rojas que he visto en internet.

—Espera, Ellie.

Pero ella no me hace caso. En su lugar me enseña el dedo corazón sin molestarse en darse la vuelta mientras me dice con una voz que podría cortar cristal:

—Vete a la mierda, Henry Wellington.

Y entonces se aleja, caminando hacia el sendero con la cabeza alta y los hombros cuadrados que me dicen que está usando cada gramo de fuerza que tiene para no derrumbarse.

Me quedo ahí de pie, rodeado del olor a madera recién cortada y resina de pino, viendo cómo la mujer de la que estoy enamorado sin remedio se lleva a nuestro hijo lejos de mí.

Porque eso es lo que es, aunque sea demasiado cobarde para admitirlo: mi hijo. Nuestro hijo.

Y acabo de joder la única oportunidad que voy a tener de ser parte de algo bueno, algo puro, algo que podría hacer que valiese la pena seguir despertándome cada mañana.

Pero quizás sea mejor así. Quizás sea exactamente lo que me merezco.

Al fin y al cabo, los hombres como yo no consiguen finales felices.

Los hombres como yo solo conseguimos vivir con las consecuencias de nuestras decisiones de mierda.

CAPÍTULO 10

HENRY

No duermo.

Llevo dos días sin dormir más de una hora seguida, y cuando lo hago es solo para despertarme con el corazón desbocado y esas dos palabras resonando en mi cabeza como un jodido tambor de guerra.

Estoy embarazada.

Ellie Cameron está embarazada.

De mí.

Voy a ser padre.

El concepto es tan surrealista, tan imposible, que mi cerebro sigue intentando procesarlo en bucle sin llegar a ninguna conclusión coherente. Solo se queda atascado en esa imagen: Ellie con la mano sobre su vientre, protegiéndolo de mí, mirándome como si yo fuese la peor decisión que ha tomado en su vida.

Y probablemente lo soy.

Pero joder, soy también el cabrón más afortunado del planeta.

Porque esa mujer —esa mujer preciosa, imposible, que brilla como el sol y me ciega cada vez que la miro— lleva un pedazo de mí dentro de ella. Mi hijo. Nuestra hija. Un ser humano que hicimos juntos en el asiento trasero de mi camioneta mientras el mundo se detenía a nuestro alrededor.

Y yo lo jodí todo con mi boca.

¿Y qué quieres de mí?

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo pude decir algo tan gilipollas cuando acababa de contarme la noticia más importante de mi vida?

Me paso las manos por la cara, sintiendo la barba de varios días raspando contra mis palmas. El café de esta mañana se ha enfriado

hace horas en la mesa, sin tocar. No puedo comer. No puedo beber. No puedo hacer nada excepto pensar en ella.

En cómo se llevó la mano al vientre cuando pensó que le estaba sugiriendo que abortase.

En cómo sus ojos se llenaron de lágrimas que se negó a dejar caer.

En cómo me mandó a la mierda con más dignidad de la que yo merezco.

Ellie ha aparecido en mi vida para matarme.

No de golpe. No con violencia. Sino lentamente, día a día, despertando partes de mí que creía muertas. Mi corazón, ese órgano inútil que lleva años latiendo por inercia, de repente ha decidido que quiere vivir otra vez.

Y duele.

Joder, duele tanto que a veces no puedo respirar.

Porque sé que no la merezco. Sé que un hombre como yo —roto, amargado, con la mitad de la pierna en el fondo de un barranco y el alma todavía más destrozada— no tiene derecho a tocar algo tan puro. A contaminar algo tan hermoso con toda mi mierda.

Pero el destino me ha dado este regalo de todas formas.

Y no voy a rechazarlo.

No puedo.

Porque, aunque no merezca a Ellie, aunque nunca vaya a ser suficiente para ella, ese bebé es mío también. Y voy a estar ahí. Voy a cuidarla. Voy a asegurarme de que tiene todo lo que necesita.

Voy a ser el padre que ese niño merece, aunque tenga que convertirme en alguien completamente diferente para lograrlo.

No puedo hablarle de sentimientos. No puedo decirle que llevo desde que la conozco sin poder sacármela de la cabeza. Que he visto todas sus películas como un acosador patético. Que cada vez que cierro los ojos veo su cara, su sonrisa, esos ojos azules que me atraviesan como cuchillos.

No puedo admitir que estoy colado por ella como un adolescente idiota.

Porque si lo hago, si dejo que vea lo mucho que me importa, va a huir. Va a pensar que soy patético. Que creo que puedo tener algo

con una mujer como ella siendo yo el desastre que soy.

Y entonces voy a perderlo todo.

Así que voy a mantener la boca cerrada sobre todo eso. Voy a tragarme los sentimientos que me están ahogando. Y voy a decirle lo único que importa:

«Voy a criar a este hijo contigo. Cuenta conmigo.»

Simple. Directo. Sin complicaciones emocionales.

Solo tengo que conseguir que me escuche el tiempo suficiente para decirlo.

Me levanto de la mesa, cojo las llaves de la camioneta, y salgo hacia el pueblo.

La encuentro saliendo del ayuntamiento.

Está bajando las escaleras con cuidado, con una mano en la barandilla, y cuando me ve su expresión pasa de la sorpresa a la furia en menos de un segundo.

—No —dice antes de que pueda abrir la boca.

—Ellie, necesitamos hablar.

—He dicho que no —pasa por mi lado sin detenerse, caminando hacia el aparcamiento con pasos decididos.

—Joder, Cameron, dame cinco minutos.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —se gira, y hay fuego en sus ojos—. Dejaste muy claro lo que pensabas el otro día. Así que déjame en paz.

Se mete en su coche y arranca antes de que pueda decir nada más.

Ni siquiera he podido empezar mi discurso.

Al día siguiente la intercepto en la farmacia.

Está en el pasillo de las vitaminas, leyendo las etiquetas con el ceño fruncido, y cuando me acerco se tensa completamente.

—Ellie…

—¿Me estás acechando? —suelta la caja que tenía en la mano y se gira hacia mí—. Porque esto empieza a parecer acoso, Wellington.

—No te estoy acechando. Solo necesito que me escuches.

—No —me interrumpe—. No necesito escucharte. No necesito nada de ti. ¿Lo entiendes? Nada.

—Es mi hijo también.

Las palabras salen más duras de lo que pretendía, y veo cómo se le abren los ojos.

—Ya lo sé —dice con voz tensa—. Por eso fui a decírtelo. Y tú dejaste muy claro que no querías saber nada del asunto.

—Yo no he dicho eso.

—Me preguntaste qué quería de ti —me interrumpe, y hay dolor en su voz que me atraviesa como una bala—. Como si esto fuese una transacción. Como si tu hijo fuese un problema que resolver.

—No quise decir eso.

—Pues eso es lo que dijiste —coge las vitaminas sin mirarlas y las mete en su cesta—. Y ahora voy a tener que pedirte que te apartes de mi camino porque tengo cosas que hacer.

Pasa por mi lado y se dirige hacia la salida.

Y yo me quedo ahí, con las manos apretadas en puños, viendo cómo se aleja otra vez.

Al día siguiente la espero fuera de la librería.

Cuando sale, con una caja de libros en los brazos, me ve inmediatamente.

Y deja caer la caja.

Los libros se esparcen por el suelo con un ruido que atrae la atención de la gente que pasa por la calle.

—Tienes que estar de broma —dice, y su voz tiembla de rabia—. ¿Ahora vas a aparecer en todos los lados?

—Solo quiero hablar.

—¡Y yo quiero que me dejes en paz! —grita, y la gente empieza a mirar—. Pero parece que ninguno de los dos va a conseguir lo que quiere.

Se agacha para recoger los libros con movimientos bruscos. Me agacho para ayudarla y nuestras manos se rozan al coger el mismo libro.

La electricidad que salta entre nosotros es innegable.

—No me toques —susurra, apartando la mano como si la hubiese quemado.

—Ellie…

—Vete a la mierda, Henry —dice, levantándose con los libros en brazos—. Y la próxima vez que aparezcas donde estoy, llamo a tu hermano el sheriff para que te arreste por acoso.

Esa noche me quedo despierto otra vez, mirando el techo, con el muñón palpitando y el corazón latiéndome demasiado rápido.

Tres intentos. Tres rechazos.

Y ni siquiera he conseguido decirle lo que necesito decirle.

Pero no me voy a rendir.

No me importa cuántas veces me mande a la mierda. No me importa si tengo que perseguirla por todo Montana. No me importa si todo el pueblo se entera y piensan que me he vuelto loco.

Voy a conseguir que me escuche.

Voy a decirle que cuente conmigo. Que voy a estar ahí para ella y para nuestro hijo. Que puede odiarme todo lo que quiera, pero no voy a dejarle hacer esto sola.

Y si tengo que hacer el movimiento más desesperado de mi vida para conseguirlo, que así sea.

Mañana hay comida familiar en casa de mis padres.

Ellie va a estar ahí.

Y esta vez no va a poder escapar.

CAPÍTULO 11

HENRY

La casa de mis padres está llena de ruido.

No es algo raro. Las comidas familiares de los Wellington siempre han sido así: caóticas, ruidosas, con demasiada gente hablando a la vez y los niños corriendo por todas partes como si fuesen salvajes.

Pero hoy el ruido me está matando.

Estoy sentado en la mesa del comedor, con un plato de comida que no he tocado frente a mí, intentando parecer como si estuviese prestando atención a la conversación. Liam está hablando de algo relacionado con el ayuntamiento. Iris le dice que se relaje, que es domingo. Cole tiene a Luna en el regazo mientras Lauren se ríe por algo que ha dicho mi madre. Sage está intentando convencer a Emma de que coma verduras. Dominic la observa con esa expresión de hombre completamente enamorado que todavía me sorprende ver en su cara. Aiden está contando alguna historia sobre un rescate que hizo la semana pasada, gesticulando exageradamente para hacer reír a los niños.

Y Ellie…

Ellie está sentada al otro lado de la mesa, al lado de Sage, con un plato que tampoco ha tocado mucho. Tiene ojeras. Las mismas ojeras que probablemente tengo yo. Y cada vez que levanta la vista y nuestros ojos se encuentran accidentalmente, aparta la mirada tan rápido que me arde el pecho.

—¿Verdad, Henry?

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos. Toda la mesa me mira, esperando una respuesta a una pregunta que no he oído.

—Perdona, ¿qué?

Mi madre suspira con esa expresión de madre sufrida que ha perfeccionado durante años.

—Te preguntaba si vas a venir a la barbacoa del pueblo el próximo fin de semana.

—No lo sé.

—Eso es un no —traduce Aiden con una sonrisa—. El ermitaño no sale de su cueva más de una vez al mes. Ya ha cumplido su cuota.

Normalmente le diría que se vaya a la mierda. Normalmente me levantaría de la mesa y me largaría. Normalmente haría cualquier cosa excepto quedarme aquí sentado, sintiendo cómo el silencio de Ellie me está destrozando por dentro.

Pero hoy no puedo moverme.

Porque si me muevo, si me levanto, voy a hacer algo estúpido. Como cruzar la mesa y obligarla a que me escuche.

—Bueno —dice Ellie de repente, y su voz hace que todo el mundo se calle—. Ya que estamos todos aquí, quería preguntaros algo.

Mi madre se anima inmediatamente.

—Claro, cariño. Lo que necesites.

—Estoy buscando casa —dice Ellie, y cada palabra es como un puñetazo en el estómago—. Algo pequeño, para alquilar. Solo para mí. Ya he abusado demasiado de la hospitalidad de Sage y Dominic.

—No es ninguna molestia —empieza Sage.

—Lo sé —la interrumpe Ellie con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Pero necesito mi propio espacio. Así que, si sabéis de algo disponible en el pueblo, os lo agradecería.

Para ella sola.

Va a buscar una casa para ella sola.

Lo cual significa que está planeando criar a nuestro hijo sin mí.

Lo cual significa que no piensa darme ninguna oportunidad.

Lo cual significa que estoy a punto de perderlo todo.

Y algo dentro de mí se rompe.

—Ellie y yo vamos a ser padres —suelto de golpe, llevado por un impulso, y mi voz sale demasiado alta en el silencio repentino que se ha instalado en la mesa.

El tiempo se detiene.

Literalmente se detiene.

Puedo ver el momento exacto en que mis palabras explotan como una bomba. Cómo todos se quedan completamente quietos, con los tenedores a medio camino de sus bocas, con las palabras muriendo en sus labios, con los ojos abiertos de par en par por el shock.

Ellie se levanta tan rápido que su silla cae hacia atrás con un golpe que resuena como un disparo.

—Vete a la mierda —dice con voz temblorosa de rabia—. Eres un idiota, Henry Wellington.

Y entonces sale corriendo hacia el jardín.

El caos explota.

Todo el mundo empieza a hablar a la vez. Voces que se superponen, preguntas que se lanzan como proyectiles, exclamaciones de shock y confusión.

—¿Qué acabas de decir? —la voz de mi madre corta por encima de todo el ruido.

—¿Ellie está embarazada? —Sage se ha levantado, mirándome con una mezcla de sorpresa y… ¿alegría?—. ¿De ti?

—¿Cuándo coño ha pasado eso? —esa es la voz de Liam, en modo hermano mayor preocupado.

—Voy a partirte la cara —Dominic se levanta tan rápido que su silla también cae—. ¿Te has aprovechado de ella? ¿Cuándo ha pasado esto? Estaba vulnerable, los medios la estaban destrozando, y tú…

—Dominic, siéntate —Sage le agarra del brazo—. Déjales que lo hablen ellos.

—¿Hablar? —Dominic se gira hacia ella—. ¿Has visto cómo acaba de anunciarlo? ¿Delante de toda la familia? ¿Sin hablar con ella primero?

—Porque Ellie no me deja hablar con ella —exploto, levantándome también—. Llevo días intentándolo y me manda a la mierda cada vez.

—Me pregunto por qué será —suelta Iris con ese sarcasmo que normalmente me divierte pero que ahora me pone de los nervios.

—Henry James Wellington —mi madre se levanta, y hay algo en su expresión que me hace sentir como si tuviese doce años otra vez

—. ¿Esa es tu versión de conquistar a una mujer? ¿Anunciarlo delante de toda la familia sin su permiso?

—Yo no estoy intentando conquistarla…

—Pues deberías —me interrumpe mi padre, hablando por primera vez desde que empezó este desastre—. Porque vas a ser padre, hijo. Y esa mujer está ahí fuera sola, probablemente llorando, mientras tú estás aquí discutiendo con nosotros.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

Mi hermano Cole se levanta, intercambiando una mirada con Lauren que no consigo interpretar. Luego sonríe, y hay algo en esa sonrisa que me dice que está a punto de hacer algo.

—Ya que estamos compartiendo noticias —dice Cole, pasándole el brazo por los hombros a Lauren—. Lauren y yo también tenemos un anuncio que hacer.

Lauren lo mira con los ojos muy abiertos, como si no esperase esto ahora.

—Cole…

—Vamos a volver a ser padres —anuncia mi hermano, y la alegría en su voz es genuina—. Lauren está embarazada.

El caos explota otra vez.

Pero esta vez es diferente. Esta vez son gritos de alegría. Mi madre sollozando de felicidad. Sage corriendo a abrazar a Lauren. Liam felicitando a Cole con palmadas en la espalda. Luna gritando que va a tener un hermanito o hermanita.

Y en medio de todo ese ruido, Cole me mira. Me hace un gesto con la cabeza hacia el jardín. Hacia donde Ellie ha huido.

Ve a por ella, me dice sin palabras. *Yo te cubro aquí.*

Ha anunciado esa bomba para quitarme el foco de encima. Dios. Tengo unos hermanos que no me merezco.

Le devuelvo el gesto. Un agradecimiento silencioso. Un reconocimiento de que acaba de salvarme el culo de la forma más épica posible.

Y entonces salgo hacia el jardín antes de que alguien pueda detenerme.

Antes de que pueda arrepentirme.

Antes de que el miedo me paralice otra vez.

Porque mi padre tiene razón.

Ellie está ahí fuera sola.

Y yo soy el cabrón que la ha puesto en esa situación.

Lo mínimo que puedo hacer es ir a disculparme.

Aunque me odie por ello.

Aunque nunca me perdone.

Aunque esto sea el final de cualquier oportunidad que pudiera haber tenido.

Tengo que intentarlo.

CAPÍTULO 12

HENRY

La encuentro junto al roble viejo que hay al fondo del jardín.

Está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando hacia las montañas que se recortan contra el cielo. El viento le mueve el pelo rubio, e incluso desde aquí puedo ver cómo le tiemblan los hombros.

Está llorando.

Y es culpa mía.

Me acerco despacio, con la cojera más pronunciada de lo normal porque el muñón me está matando después de estar sentado tanto rato. Pero no me importa el dolor. Solo me importa llegar hasta ella antes de que salga corriendo otra vez.

—Ellie.

Se tensa, pero no se gira.

—Lárgate.

—No hasta que hablemos.

—No tenemos nada de qué hablar —su voz sale temblorosa, cargada de lágrimas que está intentando contener—. Ya lo has dicho todo ahí dentro. Delante de toda tu familia. Sin preguntarme. Sin importarte lo que yo sintiera.

Las palabras me atraviesan como cuchillos.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —se gira entonces, y ver sus ojos rojos e hinchados hace que se me cierre el estómago—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que lo sientes?

—No sabía cómo conseguir que me escuchases.

—¿Y has pensado que anunciarlo delante de toda tu familia era la mejor forma? —suelta una risa amarga—. Enhorabuena, Wellington.

Has conseguido llamar mi atención. ¿Contento?

No. No estoy contento. Estoy jodido y desesperado y tan aterrado de perderla que no puedo ni respirar.

No sé cómo lo hago, pero cuanto más trato de arreglar mis cagadas más profundo la cago.

—Ven a vivir conmigo —suelto, y las palabras salen atropelladas, urgentes.

Ellie me mira como si me acabase de crecerme una segunda cabeza.

—¿Qué?

—Has dicho que estás buscando casa. Que quieres tu propio espacio —doy un paso hacia ella—. Vente a vivir conmigo. A mi cabaña. Vamos a ser padres. Tiene sentido que vivamos juntos.

El silencio que sigue a mis palabras es tan denso que podría cortarse con cuchillo.

Y entonces Ellie explota.

—¿Estás completamente loco? —grita, y su voz sube tanto que probablemente puedan oírla desde dentro de la casa—. ¿De verdad acabas de pedirme que me vaya a vivir contigo?

—Sí.

—¿Contigo? ¿Con el hombre que me ha tratado como si fuese una molestia desde que me conoce? ¿El que me rechazó cuando le hable del embarazo? ¿El que acaba de anunciar que estoy embarazada delante de toda su familia sin mi permiso?

Cada palabra es como un latigazo.

—Ellie…

—No —me interrumpe, levantando una mano—. No digas nada más porque te juro por Dios que si abres la boca voy a decir algo de lo que me voy a arrepentir.

Se pasa las manos por la cara, respirando hondo, intentando calmarse. Cuando vuelve a mirarme, hay algo feroz en su expresión que nunca había visto antes.

—Puede que seas un hombre muy guapo —dice con voz temblorosa—. De hecho, eres probablemente el tío más bueno que he conocido en mi vida. Pero también eres el mayor gruñón, el más

borde, el más insoportable e imbécil que he tenido la desgracia de conocer.

Las palabras deberían hacerme daño. Pero lo único que puedo procesar es la primera parte.

Piensa que soy guapo.

—Y no pienso vivir contigo —continúa—. No pienso acercarme a ti más de lo estrictamente necesario. Porque cada vez que lo he hecho, cada vez que he intentado algo, me has rechazado. Me has mirado como si fuese menos. Me has hecho sentir como si no valiese nada.

—Yo nunca…

—Y ahora —me interrumpe, y las lágrimas empiezan a caer otra vez—. Ahora que estoy embarazada, de repente te importo. De repente quieres que viva contigo. De repente quieres estar cerca.

Da un paso hacia mí, y hay tanto dolor en sus ojos que me duele mirarla.

—No soy estúpida, Henry. Sé que solo lo haces por el bebé. Sé que me detestas. Y no voy a vivir con un hombre que no me quiere. No voy a criar a mi hijo en una casa donde su padre me desprecia.

—No te desprecio.

—Mentira —escupe—. Me has despreciado desde el primer momento que me viste. Admítelo.

No puedo. Porque es mentira. Porque la verdad es que la he deseado desde el primer segundo. Que me he pasado un mes evitándola desde que nos acostamos porque sabía que si me acercaba iba a hacer algo estúpido. Como enamorarme de ella.

—Vamos a ser padres —digo, porque es lo único que puedo decir sin revelar demasiado—. ¿Cómo piensas hacer esto si no vives conmigo?

—Ya me las apañaré.

—Ellie.

—No —me interrumpe, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No voy a discutir esto contigo. He tomado una decisión. Voy a buscar mi propia casa. Voy a criar a este bebé. Y tú… tú puedes estar tan involucrado como quieras. Pero no voy a vivir

contigo. No voy a fingir que somos una familia feliz cuando no lo somos.

Se da media vuelta para volver a la casa.

—Ellie, espera.

—Déjame en paz, Henry —dice sin girarse—. Por favor. Solo… déjame en paz.

Y entonces se aleja, caminando de vuelta hacia la casa con esos pasos decididos que reconozco, dejándome ahí de pie en el jardín con el viento helado mordiéndome la piel y un vacío en el pecho que no tiene nada que ver con el frío.

La he perdido.

La he perdido antes de tenerla.

Y no tengo ni puta idea de cómo arreglar esto.

Porque ella tiene razón. La he rechazado cada vez que se ha acercado. La he tratado como si no me importase cuando la verdad es que me importa demasiado. La he alejado porque pensaba que era lo mejor para ella.

Pero ahora está embarazada. Y quiere criar a nuestro hijo sola. Sin mí.

Y yo no puedo hablarle de lo que siento de verdad. No puedo decirle que me vuelve loco. Que pienso en ella cada segundo. Que me está matando verla sufrir sabiendo que soy yo el que causa ese dolor.

No puedo decirle nada de eso.

Porque si lo hago, si me abro, va a ver lo roto que estoy. Lo poco que tengo que ofrecerle. Lo mucho que no me merezco algo tan puro como ella.

Y entonces va a huir de verdad.

Así que me quedo ahí, en el jardín de mis padres, con un frío en el pecho que nada puede calentar.

Viendo cómo la mujer que más me importa en este mundo desaparece dentro de la casa.

Y sabiendo que no tengo ni puta idea de cómo recuperarla.

CAPÍTULO 13

ELLIE

Entro en casa de los Wellington con los ojos ardiendo de lágrimas que me niego a dejar caer delante de nadie más.

Ya he hecho suficiente el ridículo por hoy.

El comedor sigue lleno de voces —más suaves ahora, más controladas— y puedo oír a Sage intentando calmar a Dominic, a los niños preguntando si van a tener más primos.

No puedo volver ahí.

No puedo enfrentarme a todas esas miradas, a todas esas preguntas, a toda esa curiosidad que sé que voy a ver en sus caras.

Así que me dirijo hacia la cocina, buscando una salida. Cualquier salida.

Pero cuando cruzo la puerta, me encuentro con Dorothy Wellington de pie junto al fregadero, secándose las manos con un paño de cocina y mirándome con esos ojos que son exactamente iguales a los de Henry.

—Ellie —dice con voz suave—. Cariño.

Y ese «cariño» hace que se me quiebre algo por dentro.

Porque mi madre nunca me ha llamado así. Nunca me ha mirado con esa calidez, con esa aceptación incondicional que veo en el rostro de Dorothy. En esta mujer que ama a sus hijos con todo su ser. Ojalá algún día pueda ser como ella. Ojalá mi madre fuese como ella.

—Lo siento —consigo decir, y mi voz sale estrangulada—. No debería haber venido. No debería…

—Ven aquí —me interrumpe, abriendo los brazos.

Y antes de que pueda detenerme, antes de que pueda levantar las defensas que me han mantenido cuerda durante años, estoy

cruzando la cocina y dejándome envolver por esos brazos que huelen a canela y a hogar.

Y entonces las lágrimas que he estado conteniendo finalmente caen.

Dorothy no dice nada. Solo me sostiene, acariciándome el pelo como imagino que hacen las madres de verdad, murmurando cosas sin sentido que de alguna forma lo arreglan todo.

Cuando finalmente consigo calmarme lo suficiente como para apartarme, ella me guía hasta una silla y se sienta frente a mí.

—Sé que mi hijo es un hombre muy difícil —dice, y hay tanto amor y tanta tristeza en su voz que se me vuelve a cerrar la garganta—. Llevo mucho tiempo intentando que vuelva a ser el hombre feliz y cariñoso que era antes del accidente. Pero no lo he logrado.

Me quedo completamente quieta.

—¿Accidente?

Dorothy se queda inmóvil también, y veo el momento exacto en que se da cuenta de que acaba de revelar algo que no debería.

—Oh —dice en voz baja—. No lo sabías.

—¿Qué accidente? —pregunto, y puedo sentir cómo se me acelera el pulso—. ¿Qué le pasó a Henry?

Dorothy suspira, pasándose una mano por la cara en un gesto que me recuerda tanto a su hijo que me duele.

—Hace tres años —empieza, eligiendo las palabras con cuidado—. Henry estaba trabajando como guardabosques. Patrullando con su compañero, Dylan. Tuvieron un encuentro con un oso. Un encuentro muy… grave.

Se me para el corazón.

—¿Qué pasó?

—Dylan murió —dice Dorothy, y las palabras caen como piedras —. Y Henry… Henry sobrevivió. Pero no salió ileso.

Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza. Su cojera. La forma extraña en que se movía cuando me cogió en brazos en la fiesta. Cómo se tambaleó. Cómo parecía estar compensando algo.

—¿Está herido?

—Estoy segura de que cuando llegue el momento, él te lo contará —dice Dorothy con suavidad—. No es mi historia para contar. Solo… necesitaba que supieses que mi hijo no siempre fue así. No siempre fue tan cerrado, tan amargado. Hubo un tiempo en que era el más cariñoso de todos mis hijos. El que más se reía. El que llenaba esta casa de alegría.

Se le quiebra la voz en la última palabra.

—Y luego perdió a Dylan. Y perdió una parte de sí mismo ese día. Y llevo años viendo cómo se castiga por seguir con vida.

Las lágrimas me vuelven a quemar los ojos.

—Dorothy…

—Espero que le des una oportunidad —me interrumpe, cogiéndome las manos entre las suyas—. Sé que lo que ha hecho hoy ahí dentro ha sido una locura. Sé que probablemente estés furiosa con él. Y tienes todo el derecho de estarlo.

Me aprieta las manos.

—Pero, cariño, el hecho de que haya contado algo tan importante delante de toda la familia… eso significa que eres muy importante para él. Aunque no sea el más experto hablando de sentimientos. Aunque lo haga todo mal.

—Me odia —susurro.

—No —dice Dorothy con firmeza—. Te aseguro que no te odia. De hecho, creo que es justo lo contrario. Y eso lo aterra.

Me mira directamente a los ojos.

—Por cierto —añade, y una sonrisa suave se dibuja en su cara—. Para mí siempre has sido de la familia desde que pusiste un pie en mi casa. Pero estoy muy feliz de que ahora lo vayas a ser de sangre. Estoy deseando conocer a la preciosa nieta o nieto que me vais a dar.

Y eso es todo lo que necesito para romperme completamente.

Porque nunca he tenido esto. Nunca he tenido una madre que me mirase así. Que me aceptase así. Que me quisiera sin condiciones, sin expectativas, sin exigirme que sea perfecta.

—Lo siento —consigo decir, levantándome bruscamente—. Necesito un momento.

Dorothy asiente con comprensión.

—La habitación de invitados del piso de arriba está libre. Puedes descansar ahí todo el tiempo que necesites.

Subo las escaleras casi corriendo, encontrando la habitación de la que habla y cerrando la puerta detrás de mí con un suave clic.

Me dejo caer en la cama, hundiéndome en el edredón que huele a detergente y a ese aroma indefinible que tienen las casas de familia, y me permito procesar todo lo que acaba de pasar.

Henry tuvo un accidente.

Su compañero murió.

Él sobrevivió, pero está herido.

Y Dorothy cree que yo soy importante para él.

Me llevo las manos al vientre, donde mi bebé —*nuestro* bebé— está creciendo, ahora es del tamaño de un arándano según la aplicación de embarazo que me he descargado.

¿Y si Dorothy tiene razón?

¿Y si durante todo este tiempo Henry no me ha estado rechazando porque me odie, sino porque está roto? ¿Porque piensa que no es suficiente? ¿Porque está castigándose por el accidente?

Cierro los ojos, recordando cada interacción que hemos tenido. Su hostilidad cuando nos conocimos. Esa noche en la fiesta, cuando me besó como si fuese lo único que lo mantenía con vida. Cómo se movió dentro de mí con una desesperación que no tenía nada que ver con el momento.

Y luego cómo nos evitamos durante un mes.

Dios.

¿He estado equivocada sobre él durante todo este tiempo? ¿O solo estoy viendo ahora lo que quiero ver?

Me giro de lado, acurrucándome en posición fetal, y dejo que los pensamientos me inunden.

No puedo negar que quiero que Dorothy tenga razón. Que una parte de mí —una parte enorme, aterradora— quiere desesperadamente creer que Henry siente algo por mí. Que no soy solo la madre de su hijo. Que soy más.

Me encantaría conocer al Henry del que habla su madre. El que reía. El que era cariñoso. El que llenaba las habitaciones de alegría.

Me encantaría ver qué hay debajo de toda esa amargura y ese dolor.

Pero tengo miedo.

Tanto miedo.

Porque si me permito tener esperanza y luego resulta que estoy equivocada…

No sé si sobreviviría a eso.

Ya he sido rechazada demasiadas veces en mi vida. Por mi madre. Por Hollywood. Por cada persona que solo me quiso por lo que podía darles.

¿Puedo arriesgarme a añadir a Henry a esa lista?

¿Puedo arriesgarme a enamorarme de él —porque seamos honestas, ya estoy a medio camino— solo para descubrir que nunca fui más que una obligación?

Me quedo ahí tumbada mientras el sol se mueve por el cielo fuera de la ventana, mientras las voces de abajo se apagan gradualmente, mientras Sage viene a comprobar que estoy bien y le digo que solo necesito descansar.

Y cuando finalmente oscurece, sigo sin tener respuestas.

Solo tengo más preguntas.

Y un deseo desesperado, aterrador, de que Dorothy Wellington tenga razón.

De que Henry sienta algo por mí.

De que esto —esta familia accidental, imposible— pueda convertirse en algo real.

Aunque no tenga ni idea de cómo llegar ahí desde aquí.

CAPÍTULO 14

ELLIE

La caseta de guardabosques está en medio de la nada.

Literalmente en medio de la nada. He tenido que conducir durante veinte minutos por un camino de tierra que apenas merece ese nombre, esquivando baches y rezando para que mi coche no se quede atascado, hasta llegar a esta construcción de madera que parece sacada de un cuento.

Es pequeña. Rústica. Con un porche que rodea todo el perímetro y ventanas que reflejan el bosque que la envuelve por todos lados.

Y Henry está ahí.

Lo veo antes de que me vea él. Está de pie junto a un todoterreno del servicio de parques, con el uniforme de guardabosques que le queda ridículamente bien, hablando con otro hombre que no reconozco. Tiene un mapa desplegado sobre el capó y está señalando algo con el dedo.

Me quedo en el coche un momento, observándolo, intentando reunir el coraje para salir.

Porque lo que estoy a punto de hacer es una locura.

Una locura absoluta.

Pero me he pasado toda la noche despierta, dándole vueltas a las palabras de Dorothy, y he llegado a una conclusión: no puedo criar a este bebé en guerra constante con su padre. No puedo pasar los próximos dieciocho años evitando a Henry, peleando con él, sintiendo esta tensión constante que me está destrozando por dentro.

Y si vivir con él es la única forma de intentar arreglar esto, entonces voy a hacerlo.

Aunque me aterrorice.

Aunque no tenga ni idea de cómo va a funcionar.

Y si una parte de mí lo hace porque quiere intentar ver si el Henry del que habla su madre está debajo de toda esa hostilidad, es solo porque soy más tonta de lo que creía.

Salgo del coche antes de que pueda arrepentirme. El otro hombre se despide de Henry con un gesto de cabeza y se mete en el todoterreno, dejándonos solos.

Henry me ve entonces.

Y se queda completamente inmóvil.

—Cameron —dice, y su voz suena extraña. Tensa—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

Se pasa una mano por el pelo, un gesto que reconozco como nerviosismo, y asiente.

—Vale. Entra. Hace frío ahí fuera.

Lo sigo al interior de la caseta, y es exactamente lo que esperaba: funcional, ordenada, con mapas en las paredes y un escritorio lleno de papeles. Huele a café recién hecho y a esa mezcla de cedro y aire fresco que siempre lleva pegada a la piel.

—¿Quieres café? —pregunta, dirigiéndose hacia una cafetera que ha visto días mejores.

—No puedo tomar café con cafeína —digo automáticamente—. Por el bebé.

Henry se detiene en seco, y cuando se gira para mirarme, hay una intensidad en sus ojos que hace que se me acelere el pulso.

—Claro —dice en voz baja—. Lo siento. ¿Agua? ¿Té?

—No, gracias. Estoy bien así.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, con el silencio creciendo entre nosotros como una entidad física.

—Acepto —suelto finalmente, porque si no lo digo rápido voy a perder el coraje.

Henry frunce el ceño.

—¿Aceptas qué?

—Vivir contigo. En tu cabaña. Acepto tu propuesta.

Veo el momento exacto en que mis palabras lo golpean. Cómo se le abren los ojos. Cómo se le acelera la respiración. Cómo algo se

enciende en su expresión que hace que se me cierre el estómago.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmo—. Pero tenemos que hablar de normas. De cómo va a funcionar esto.

—Vale —dice, y da un paso hacia mí—. Vale. Pon las normas que quieras.

—Primero —empiezo, levantando un dedo—. Voy a pagar alquiler. Voy a comprar la mitad de la comida y voy a ayudar con las tareas domésticas.

—De eso nada. No voy a permitir que me pagues nada.

—Henry, quiero hacerlo —lo interrumpo—. No voy a ser una carga. No voy a vivir de tu caridad, tengo mi propio dinero. Esto va a ser a medias en todo lo que se pueda.

Henry aprieta la mandíbula claramente nada de acuerdo con lo que propongo, pero asiente.

—Vale. ¿Qué más?

—Segundo —levanto otro dedo—. Voy a necesitar mi propio espacio. Mi propia habitación. Con puerta que cierre con llave.

—No iba a sugerir que durmiésemos en la misma habitación —dice, y hay algo en su tono que no puedo identificar.

—Bien. Porque no va a pasar.

—Entendido.

—Tercero —y este es el difícil, el que he estado ensayando toda la mañana—. No va a haber ninguna relación física entre nosotros. Lo que pasó en la fiesta… fue un error. No va a volver a pasar.

El silencio que sigue es tan tenso que podría romperse.

—¿Un error? —repite Henry, y su voz ha bajado hasta convertirse en algo peligroso.

—Sí. Un error. Yo estaba borracha y preocupada y nos dejamos llevar. Pero ahora vamos a ser compañeros de piso. Nada más. Dos personas que van a criar a un hijo juntas pero que no tienen ninguna otra relación.

—¿Y si yo no estoy de acuerdo con eso?

Se me para el corazón.

—¿Perdona?

—¿Y si yo no creo que fuese un error? —da otro paso hacia mí, acortando la distancia hasta que puedo oler su colonia, hasta que puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes.

El aire se me atasca en la garganta.

—Henry…

—Pero tienes razón —me interrumpe, apartándose bruscamente —. Es mejor así. Sin complicaciones. Solo dos compañeros de piso criando a un hijo juntos.

Las palabras deberían aliviarme. Deberían hacer que respirase más fácil.

Pero lo único que siento es decepción.

—Bien —consigo decir—. Me alegro de que estemos de acuerdo.

—¿Algo más?

—Sí. Cuarto —me obligo a continuar—. No vas a tratarme como si fuese de cristal. No estoy enferma. Estoy embarazada. Hay una diferencia.

—Pero necesitas descansar.

—Necesito seguir con mi vida —lo interrumpo—. Y eso incluye hacer ejercicio moderado, trabajar, y no dejar que me trates como si fuese una inválida.

—No iba a tratarte como una inválida.

—Bien. Porque si lo haces, me largo. ¿Entendido?

Henry aprieta los puños a los lados, y puedo ver cómo le late un músculo en la mandíbula.

—Entendido. Veo que tienes muy claro todo lo que quieres. Joder, Cameron, eres la mujer más terca que he conocido en mi vida.

—Y tú eres el hombre más cabezota —replico—. Así que supongo que estamos empatados.

Nos miramos, y de repente hay algo en el aire que no estaba ahí hace un segundo. Algo eléctrico. Peligroso.

—¿Algo más? —pregunta con voz ronca.

—Quinto —y tengo que obligarme a mantener la voz firme—. No vamos a hablar de lo que pasó entre nosotros. No vamos a analizarlo. No vamos a intentar entenderlo. Simplemente vamos a dejarlo en el pasado y seguir adelante.

—¿Y si yo quiero hablar de ello?

—Pues mala suerte. Porque yo no quiero.

Henry suelta una risa amarga.

—Claro. Por supuesto que no quieres. Porque eso implicaría admitir que estuvo bien.

—No es verdad —miento, y las palabras me salen más duras de lo que pretendía—. Fue sexo. Buen sexo, vale. Pero solo sexo.

Veo cómo mis palabras lo golpean. Cómo algo en sus ojos se apaga.

—Vale —dice finalmente—. Solo sexo. Entendido.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero esta vez es diferente. Más pesado. Cargado de cosas que no estamos diciendo.

—¿Cuándo quieres mudarte? —pregunta finalmente.

—Este fin de semana. Si te parece bien.

—Me parece perfecto.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos ahí de pie, sin saber qué más decir, hasta que finalmente me obligo a moverme hacia la puerta.

—Ellie —dice cuando tengo la mano en el pomo.

Me detengo, pero no me giro.

—¿Sí?

—Gracias. Por darme esta oportunidad. Sé que no me la merezco.

Las palabras me atraviesan el pecho como una flecha.

—No lo hagas —digo en voz baja—. No te pongas humilde ahora. No cuando llevamos desde que nos conocemos peleando.

Me giro entonces, y lo que veo en su cara hace que se me olvide cómo respirar. Hay algo ahí —algo vulnerable, algo real— que nunca había visto antes.

—Voy a cuidar de ti —dice con voz firme—. De ti y del bebé. Te lo prometo.

—No necesito que cuides de mí.

—Lo sé. Pero voy a hacerlo de todas formas.

Y antes de que pueda responder, antes de que pueda procesar lo que acaba de decir, salgo por la puerta y camino hacia mi coche con el corazón latiéndome tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo desde ahí.

¿Qué coño acabo de hacer?

Acabo de aceptar mudarme con Henry Wellington. Con el hombre que me vuelve loca. Con el padre de mi hijo. Con el único hombre que ha conseguido hacerme sentir algo real en años.

Y vamos a tener que vivir juntos. Bajo el mismo techo. Compartiendo espacio.

Sin tocarnos.

Sin acostarnos juntos.

Sin nada excepto ser dos compañeros de piso criando a un hijo juntos.

Esto va a ser un desastre.

Un desastre absoluto.

Pero mientras conduzco de vuelta al pueblo, con el sol calentándome a través del parabrisas, no puedo evitar sentir algo que se parece peligrosamente a la esperanza.

Y quizás, solo quizás, hay más entre nosotros de lo que ninguno de los dos quiere admitir.

Aunque nos mate descubrirlo.

CAPÍTULO 15

ELLIE

La cabaña de Henry Wellington está escondida entre los pinos, a casi diez minutos del camino principal, rodeada de árboles tan altos que bloquean la mayor parte del sol. Es de madera oscura, con un porche que rodea todo el perímetro y ventanas grandes que reflejan el bosque. El humo sale de la chimenea, dibujando espirales grises contra el cielo de noviembre.

Es hermosa de una forma salvaje. Aislada. Solitaria.

Como su dueño.

Aparco el coche junto a su camioneta negra y me quedo sentada un momento, con las manos aferradas al volante, intentando convencerme de que esto no es un error monumental.

He metido toda mi vida en el maletero y en el asiento trasero. Tres maletas, dos cajas de libros, una bolsa con productos de baño, y la colección de piedras que he estado guardando desde que llegué a Montana. No es mucho. Toda mi existencia reducida a lo que cabe en un coche.

Patético.

La puerta de la cabaña se abre antes de que pueda salir, y Henry aparece en el porche. Lleva vaqueros oscuros y una camiseta térmica gris que se pega a su torso de una forma que debería ser ilegal, y el pelo despeinado como si se hubiese pasado las manos por él demasiadas veces.

Está guapísimo.

Dios. Cómo odio que me atraiga tanto.

Salgo del coche antes de que pueda seguir pensando en lo bueno que está, y me obligo a sonreír.

—Hola.

—Hola —responde, bajando las escaleras del porche con una cojera sutil que ahora noto que está ahí—. Has venido sola.

—Te dije que no necesitaba ayuda.

—Y yo te dije que podía ir a recogerte.

—Y yo te ignoré.

Henry aprieta la mandíbula, pero no dice nada. Solo se acerca al maletero y lo abre antes de que pueda detenerlo.

—¿Esto es todo?

—Sí.

Me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—Has vivido en Los Ángeles durante años. ¿Y esto es todo lo que tienes?

—El resto está en un almacén.

Henry coge la maleta más grande como si no pesase nada y la saca del maletero.

—Yo me encargo de esto. Tú entra y caliéntate.

—Puedo llevar mis propias cosas.

—Entra, Cameron —me interrumpe, y hay algo en su voz que no admite réplica—. Hace frío y llevas una sudadera ridículamente fina para estar en Montana en noviembre.

Coge la segunda maleta.

—Entra. Ya.

Debería discutir. Debería insistir en que puedo llevar mis propias cosas. Debería hacer valer mi independencia.

Pero hace un frío del demonio, y la verdad es que la sudadera no es suficientemente abrigada.

Así que subo las escaleras del porche y entro en la cabaña.

Y me quedo sin aliento.

El interior es acogedor. Esa es la única palabra que se me ocurre. Toda la pared del fondo es de cristal, con vistas al bosque que se extiende hasta donde alcanza la vista. Hay una chimenea de piedra en el centro, con un fuego crepitando que llena el espacio de calor. Un sofá de cuero marrón desgastado frente a la chimenea. Una cocina abierta con encimeras de madera y electrodomésticos que parecen de otra época, pero que están impecables. Una mesa de

comedor que claramente ha sido hecha a mano. Estanterías llenas de libros.

Es masculino. Rústico. Y sorprendentemente limpio para ser la guarida de un ermitaño.

—¿Te gusta?

La voz de Henry detrás de mí me sobresalta. No lo he oído entrar.

—Es preciosa —admito—. No esperaba…

—¿Qué no esperabas? ¿Que un hombre que vive solo en el bosque tuviese muebles? ¿Electricidad? ¿Agua corriente?

—No seas idiota —replico, girándome para mirarlo—. Solo que… es más bonita de lo que imaginaba.

Algo se suaviza en su expresión.

—Gracias. Supongo.

Se acerca a una puerta al final del pasillo y la abre.

—Esta es tu habitación.

Lo sigo, y cuando entro en la habitación me quedo completamente quieta.

Es perfecta.

Hay una cama de matrimonio con un edredón blanco que parece increíblemente mullido. Mesitas de noche de madera a ambos lados. Una cómoda alta contra la pared. Una ventana enorme que da al bosque. Y en el rincón, un sillón de lectura con una lámpara.

—Tiene baño propio —dice Henry, señalando otra puerta—. Y he puesto un cerrojo en la puerta principal. Como pediste.

Me acerco a la ventana, mirando los pinos que se mecen con el viento.

—Es preciosa —susurro—. Gracias.

—No tienes que agradecerme nada. Es tu casa ahora.

Las palabras me golpean con más fuerza de lo que debería.

Tu casa.

No he tenido una casa de verdad nunca. He vivido en apartamentos, en habitaciones de hotel e incluso en una mansión. Pero nunca he tenido algo que sintiese como un hogar.

Y esta habitación…

Esta habitación se siente como un hogar.

—Voy a traer el resto de tus cosas —dice Henry, y hay algo incómodo en su voz, como si no supiese qué hacer con mi silencio.

—Puedo ayudar.

—No.

—Henry…

—He dicho que no —se gira para mirarme, y hay algo feroz en su expresión—. Sé que quieres ser independiente. Sé que no quieres que te trate como si fueses de cristal. Pero joder, Ellie, déjame hacer esto. Déjame sacar tus putas maletas del coche sin que tengamos que discutir al respecto.

Abro la boca para protestar, pero algo en sus ojos me detiene.

—Vale —digo finalmente—. Vale. Tú ganas.

Henry asiente, y entonces sale de la habitación antes de que pueda decir nada más.

Me quedo ahí de pie, escuchando sus pasos pesados bajando las escaleras del porche, y me doy cuenta de algo.

Voy a tener un problema muy gordo viviendo aquí.

Porque Henry Wellington en pequeñas dosis ya era suficientemente peligroso. Henry Wellington siendo amable —a su manera gruñona y dominante— es devastador.

Y ahora voy a tener que verlo todos los días. Desayunar con él. Cenar con él. Compartir espacio con él.

Sin poder tocarlo.

Sin poder besarlo.

Sin poder hacer nada excepto fingir que no me afecta tenerlo tan cerca.

Esto va a ser una tortura.

Me acerco a la cama y me siento en el borde, probando el colchón. Es firme pero cómodo. Perfecto.

Henry vuelve a entrar con la última caja, y la deja junto a la puerta con cuidado.

—Ya está todo —dice, y puedo ver que está respirando un poco más rápido de lo normal—. Si necesitas algo más, dime.

—Gracias. De verdad.

Nos quedamos ahí, mirándonos, con el silencio creciendo entre nosotros de esa forma que ya reconozco. Cargado. Tenso. Lleno de

cosas que no estamos diciendo.

—Bueno —dice finalmente—. Te dejo para que te instales. La cena estará lista en un par de horas.

—¿Vas a cocinar?

—¿Pensabas que íbamos a comer latas todas las noches?

—Un poco sí.

Henry suelta algo que casi suena a una risa.

—Sé cocinar, Cameron. No soy un salvaje.

—Podría haberlo jurado.

Esta vez sí se ríe. Es un sonido breve, áspero, como si estuviese oxidado por falta de uso. Pero es real.

Y hace que algo en mi pecho se apriete dolorosamente.

—Instálate —repite—. Y luego sal. Podemos hablar de cómo vamos a organizarnos.

Sale de la habitación y cierra la puerta detrás de él, dejándome sola con mis cajas y mis pensamientos caóticos.

Me levanto y empiezo a deshacer las maletas, colgando ropa en el armario, colocando libros en la estantería que hay junto a la ventana, poniendo mis productos de baño en el baño que es sorprendentemente grande y limpio.

Y con cada cosa que coloco, me doy cuenta de algo.

Esto se siente bien.

Estar aquí. En esta habitación. En esta casa.

Con Henry.

Se siente como si, por primera vez en años, estuviese exactamente donde se supone que debo estar.

Y eso me aterra más que nada.

Porque ya sé lo que pasa cuando empiezo a sentirme cómoda en algún sitio. Cuando empiezo a creer que quizás, solo quizás, he encontrado un lugar donde pertenecer.

Se me arrebata.

Como siempre.

Pero cuando salgo de mi habitación una hora después y encuentro a Henry en la cocina, cortando verduras con movimientos precisos, con el pelo cayéndole sobre la frente y esa expresión concentrada que hace que se le frunza el ceño…

No puedo evitar pensar que quizás, solo quizás, esta vez pueda ser diferente.

Aunque me dé demasiado miedo creerlo.

CAPÍTULO 16

ELLIE

Me despierto con el olor a café recién hecho.

Durante un segundo —ese momento confuso entre el sueño y la vigilia— no sé dónde estoy. Luego la realidad se asienta: estoy en la cabaña de Henry Wellington. En mi habitación. En la cama más cómoda en la que he dormido en meses.

Y alguien ha hecho café.

Me incorporo, frotándome los ojos, y miro el reloj de la mesita de noche. Son las ocho y media de la mañana. He dormido casi diez horas seguidas, algo que no me pasaba desde… no sé ni desde cuándo.

Me pongo una sudadera sobre el pijama y salgo de la habitación descalza, siguiendo el aroma a café que me llama como un canto de sirena.

La cocina está vacía.

Pero la cafetera está encendida, manteniéndolo caliente, y hay una taza limpia junto a ella. Y al lado de la taza, una nota escrita con letra masculina y un poco descuidada.

Me acerco y la cojo con dedos que tiemblan ligeramente.

He ido a trabajar. El café está hecho. Es descafeinado ya que no puedes tomar café normal. Hay galletas en el armario del centro. Esta tarde cuando salga iré al supermercado. Dime qué te gusta desayunar y lo compro. Espero que no sean esos cereales azucarados porque no creo que sean buenos para el bebé.

H.

Me quedo ahí de pie, con la nota entre las manos, y algo en mi pecho se aprieta con tanta fuerza que me cuesta respirar.

Es un gesto tan pequeño. Tan simple. Café y una nota.

Pero nadie ha hecho algo así por mí nunca.

Nadie se ha preocupado de que tuviese café esperándome al despertar. Nadie se ha preocupado de preguntarme qué me gusta desayunar. Y desde luego nadie se ha preocupado por lo que es bueno o no para mi bebé.

Nuestro bebé.

Me llevo una mano al vientre, todavía plano, donde no hay nada que ver todavía. Pero está ahí. Creciendo. Una vida diminuta que Henry ya está protegiendo sin haberla conocido siquiera.

Y eso hace que algo dentro de mí se derrita completamente.

Me sirvo una taza de café y abro el armario del centro. Ahí están las galletas. De mantequilla. Las caras. Las que cuestan el triple que las normales pero que saben a gloria.

Me como tres seguidas, de pie en la cocina, con la nota todavía en la mano.

Y tomo una decisión.

Otra decisión impulsiva, porque parece que así es como funciono con Henry Wellington. Por impulsos. Sin pensar. Haciendo cosas que normalmente nunca haría.

Como mudarme a su casa.

Como fijarme en un hombre que nunca va a corresponderme.

Como lo que estoy a punto de hacer ahora.

Hoy tengo mi primera cita con la matrona del condado. Es en Livingston, a casi una hora de aquí, porque Sunset Valley es demasiado pequeño para tener ese tipo de servicios. La cita es a las once. Lo cual me da tiempo suficiente para ducharme, vestirme, conducir hasta allí…

Y pasar por la caseta de guardabosques de camino.

Para decírselo a Henry.

Por si quiere venir.

El corazón me late tan fuerte mientras conduzco que estoy segura de que va a salirse de mi pecho. Mis manos sudan contra el volante. Y tengo que repetirme una y otra vez que esto no es gran cosa. Que solo estoy siendo educada. Que es el padre del bebé y tiene derecho a estar en las citas médicas si quiere.

Que no tiene nada que ver con el hecho de que una parte de mí —una parte enorme, aterradora— quiere desesperadamente que venga. Que esté ahí. Que vea a nuestro bebé en una pantalla por primera vez.

Que no va a importarme si no quiere o le parece una tontería.

Lo que no es cierto.

Aparco junto a la caseta y salgo antes de poder arrepentirme.

Henry está de pie junto a la puerta, hablando por radio con alguien. Lleva el uniforme de guardabosques —pantalones verdes oscuros, camisa del mismo color con el logo del servicio de parques — y tiene el ceño fruncido en esa expresión concentrada que reconozco.

Cuando me ve, se queda completamente inmóvil.

Dice algo por la radio —no lo oigo— y luego se la engancha al cinturón y baja las escaleras del porche.

—¿Ellie? —pregunta, y hay preocupación en su voz—. ¿Estás bien? ¿Le pasa algo al bebé?

—No, no. Todo está bien —me apresuro a decir—. Solo… he venido a decirte algo.

Se acerca más, y puedo ver cómo se le tensan los hombros.

—¿Qué pasa?

—Hoy tengo cita con la matrona —suelto de golpe—. En Livingston. A las once. Es la primera revisión. Y pensaba que… quizás… si querías… podrías venir. No tienes que hacerlo. Es solo que mencionaste que querías estar en todo lo del embarazo y pensé que igual te interesaba pero si no puedes o no quieres no pasa nada porque sé que tienes trabajo y…

—Sí.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Sí?

—Sí, quiero ir —repite, y hay algo en su expresión —¿emoción?, ¿alegría?— que nunca había visto antes—. Joder, Ellie, claro que quiero ir.

Se saca el móvil del bolsillo y marca un número sin apartar los ojos de mí.

—¿Marcus? —dice cuando alguien responde—. Necesito que me cubras esta mañana. Sí, ahora. No, no puedo esperar. Es importante. Muy importante.

Hay una pausa mientras la persona al otro lado habla.

—Mi… la madre de mi hijo tiene cita médica —dice, y las palabras salen con una intensidad que hace que se me cierre la garganta—. Es la primera revisión. Voy a estar ahí. Gracias, tío. Te debo una.

Cuelga y me mira.

—¿A qué hora has dicho?

—A las once.

—Perfecto. Tenemos tiempo de sobra. Ahora vuelvo.

Se mete en la caseta y sale poco después sin el uniforme. Se ha puesto unos vaqueros oscuros y una camisa de franela que hace que parezca salido de un anuncio de colonia cara.

—¿Vamos en tu coche o en el mío? —pregunta.

—Yo… no sé. En el que prefieras.

—En el mío. Conozco mejor las carreteras. Luego venimos aquí y recogemos el tuyo.

No discuto. Solo lo sigo hasta su camioneta y me subo al asiento del copiloto.

Y durante todo el trayecto hasta Livingston, no puedo dejar de pensar en cómo ha reaccionado. En la emoción genuina en su voz. En cómo ha llamado a su compañero sin dudarlo ni un segundo.

En cómo me ha llamado *la madre de su hijo* con un orgullo que me ha atravesado el pecho como una flecha.

Quizás Dorothy tenía razón.

Quizás Henry sí siente algo.

Aunque sea solo por el bebé.

La consulta de la matrona está en el segundo piso de un edificio de ladrillo rojo en el centro de Livingston.

Llegamos con veinte minutos de adelanto, y ahora estamos sentados en la sala de espera, rodeados de otras parejas embarazadas que nos miran con curiosidad mal disimulada.

Probablemente porque Henry está sentado tan rígido en su silla que parece que le hayan metido una barra de hierro por la columna. Y porque no para de tamborilear los dedos contra su muslo en un ritmo nervioso que me está volviendo loca.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

—Perfectamente —responde sin mirarme.

—Porque pareces a punto de vomitar.

—No voy a vomitar.

—¿Seguro?

—Seguro.

Pero sigue tamborileando con los dedos.

Le pongo la mano sobre la suya, deteniéndolo, y Henry se queda completamente inmóvil. Me mira entonces, y hay algo en sus ojos verdes que hace que se me olvide cómo respirar.

—Gracias —dice en voz baja—. Por invitarme. Por dejarme estar aquí.

—Es tu bebé también.

—Lo sé. Pero… gracias de todas formas.

—¿Ellie Cameron? —la voz de una enfermera rompe el momento.

Nos levantamos al mismo tiempo, y cuando echo a andar hacia la puerta, Henry me pone la mano en la espalda. No me empuja. No me guía. Solo… está ahí.

La sala de exploración es pequeña, con una camilla en el centro y un ecógrafo junto a ella. La matrona —una mujer de unos cincuenta años con pelo gris y sonrisa amable— nos recibe con calidez.

—Hola, Ellie. Soy Margaret —dice, estrechándome la mano—. Y tú debes ser el papá.

—Si. Soy Henry —dice él, y puedo oír el orgullo en su voz cuando añade—. Henry Wellington.

—Encantada de conoceros a los dos —Margaret señala la camilla —. Ellie, túmbate aquí, por favor. Vamos a echar un vistazo a ese bebé.

Me tumbo en la camilla, y el papel cruje bajo mi espalda. Henry se queda de pie junto a la puerta, como si no supiese dónde colocarse.

—Puedes acercarte —dice Margaret con una sonrisa—. No muerdo.

Henry se acerca lentamente y se coloca junto a la camilla, pero mantiene las manos metidas en los bolsillos.

—Muy bien —dice Margaret—. Voy a necesitar que te subas la camiseta y te bajes un poco los pantalones. El gel va a estar frío, lo siento.

Hago lo que me pide, y cuando el gel toca mi piel, el frío me arranca un jadeo involuntario.

Y entonces siento una mano cerrarse alrededor de la mía.

Levanto la vista y Henry está ahí, mirándome con una intensidad que hace que se me pare el corazón. Ha sacado la mano del bolsillo y me la ha dado sin que yo se la pidiese.

Le aprieto los dedos, y él me devuelve el apretón.

Margaret empieza a mover el transductor por mi vientre, mirando la pantalla con expresión concentrada. El sonido del ecógrafo llena la sala —un zumbido bajo, constante— y yo no puedo apartar los ojos de la pantalla.

Al principio no veo nada. Solo formas grises y negras que no significan nada.

Y entonces Margaret sonríe.

—Ahí está —dice, señalando la pantalla—. ¿Lo veis?

Y lo veo.

Es diminuto. Tan pequeño que apenas puedo distinguir la forma. Pero está ahí. Una mancha blanca con forma de judía en medio de toda esa oscuridad.

Mi bebé.

Nuestro bebé.

—Oh Dios —susurro, y las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

La mano de Henry aprieta la mía con tanta fuerza que casi me duele.

—¿Ese es…? —su voz suena estrangulada.

—Ese es vuestro bebé —confirma Margaret—. Y ahora vamos a escuchar el latido del corazón.

Toca algo en el ecógrafo, y de repente la sala se llena de un sonido.

Thump-thump-thump-thump-thump.

Rápido. Fuerte. Constante.

El latido del corazón de nuestro bebé.

Y entonces todo desaparece.

No hay sala. No hay matrona. No hay nada excepto ese sonido y la mano de Henry apretando la mía y el calor que me sube por el pecho hasta la garganta.

Me giro hacia Henry sin pensar que se ha inclinado para estar a mi altura, y él se gira hacia mí al mismo tiempo.

Y no sé quién se mueve primero. Quizás sea yo. Quizás sea él. Quizás seamos los dos.

Pero de repente su boca está sobre la mía y estamos besándonos con una intensidad que no tiene nada que ver con el deseo y todo que ver con esto. Con este momento. Con ese latido que llena el aire como una promesa.

Es un beso lleno de felicidad pura. De asombro. De algo tan grande que no cabe en palabras.

Henry me besa como si fuese lo más importante del mundo. Como si este momento —este instante perfecto— fuese todo lo que necesita para respirar.

Y yo le devuelvo el beso con todo lo que tengo.

—Ejem.

El carraspeo de Margaret nos separa como si nos hubiesen echado agua fría.

Me aparto de Henry tan rápido que casi me caigo de la camilla, y puedo sentir cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas.

—Lo siento —murmuro.

Margaret sonríe con una expresión que dice «he visto esto mil veces.»

—No os disculpéis. Me encantan los padres primerizos. Siempre son los más emocionados. Con el siguiente todo será menos intenso.

Henry está completamente rojo. Tiene las orejas del color de un tomate maduro y no me mira.

Nos hemos soltado las manos.

Margaret vuelve su atención a la pantalla, ignorando diplomáticamente lo que acaba de pasar, y continúa con la exploración.

—Todo se ve perfecto —dice después de unos minutos—. El bebé mide exactamente lo que debería medir para las semanas que llevas. El latido es fuerte y constante. No veo ninguna complicación.

Las palabras me golpean con un alivio tan intenso que me marean.

—¿Está bien? —consigo preguntar—. ¿De verdad está bien?

—Está perfectamente —confirma Margaret con una sonrisa—. Tienes un bebé muy sano ahí dentro.

Y entonces siento algo.

Una mano deslizándose en la mía otra vez.

Miro hacia el lateral y ahí está Henry, con los dedos entrelazados con los míos, apretándolos con una fuerza que me dice todo lo que no puede decir con palabras.

Levanto la vista hacia él, y lo que veo en su cara me parte el corazón.

Tiene los ojos brillantes. Húmedos. Como si estuviese a punto de llorar, pero estuviera conteniéndose con toda su fuerza.

Y está mirando la pantalla como si acabase de ver algo sagrado.

—Voy a imprimiros unas fotos —dice Margaret, levantándose—. Podéis llevároslas a casa.

Sale de la sala, dejándonos solos con el sonido del latido todavía llenando el aire.

Henry no me suelta la mano.

Yo no suelto la suya.

Nos quedamos ahí, mirándonos, con ese sonido rítmico conectándonos de una forma que va más allá de las palabras.

—Gracias —dice finalmente, y su voz sale rota—. Por dejarme estar aquí. Por esto.

—Es tu bebé también —repito, porque no sé qué más decir.

—No hay nada mejor que esta sensación.

Margaret vuelve con las fotos impresas y nos las entrega con otra sonrisa.

—Enhorabuena a los dos. La próxima cita es en cuatro semanas. Pasad por recepción para agendar la fecha.

Salimos de la consulta todavía dados de la mano, y no nos la soltamos hasta que llegamos al coche.

Y mientras Henry conduce de vuelta a Sunset Valley, con las fotos del bebé en mi regazo y ese latido todavía resonando en mis oídos, me doy cuenta de algo que me aterra.

He hecho bien en invitarlo.

Más que bien.

Ha sido perfecto.

Y eso significa que estoy mucho más jodida de lo que pensaba.

Porque cada gesto de Henry me está arrastrando más profundo hacia algo de lo que no sé si voy a poder salir.

Algo que se parece peligrosamente al amor.

CAPÍTULO 17

ELLIE

Han pasado tres días desde la cita con la matrona.

Tres días en los que Henry y yo hemos bailado alrededor del elefante en la habitación con una habilidad que merecería un premio.

No hablamos del beso.

No lo mencionamos. No lo analizamos. No reconocemos ni siquiera que pasó.

Simplemente… seguimos adelante.

Desayunamos juntos en silencio. Cenamos compartiendo las noticias del día como dos compañeros de piso educados. Nos cruzamos en el pasillo y nos saludamos con gestos de cabeza.

Como si no me hubiese besado en medio de una consulta médica con una pasión que todavía siento quemándome los labios cada vez que lo recuerdo.

Como si yo no le hubiese devuelto ese beso con cada gramo de mi ser.

Como si ese momento no hubiese significado absolutamente nada.

Y quizás no significó nada para él.

Quizás solo fue la emoción del momento. El subidón de escuchar el latido del corazón de su hijo por primera vez. Una reacción instintiva que no tiene nada que ver conmigo y todo que ver con el bebé.

Lo cual está bien.

Perfectamente bien.

No me importa en absoluto.

Mentira.

Me importa tanto que me está volviendo loca.

Son las diez de la noche y estoy en mi habitación, intentando relajarme, cuando me doy cuenta de que el mando del televisor se ha quedado sin pilas. He estado pulsando botones durante cinco minutos como una idiota antes de aceptar la derrota.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo, descalza y en pijama —unos pantalones de algodón y una camiseta vieja que ya me está quedando pequeña por el pecho—, y me dirijo hacia la habitación de Henry.

La puerta está entreabierta.

Hay luz dentro.

Levanto la mano para llamar, pero entonces lo veo.

Y el mundo se detiene.

Henry está de pie junto a la cama, de espaldas a la puerta, poniéndose el pantalón del pijama.

Y hay algo extraño.

Algo que mi cerebro tarda un segundo en procesar.

Está apoyándose contra el borde de la cama de una forma rara, con todo el peso en una sola pierna. La izquierda está plantada firmemente en el suelo, completa, musculosa.

Pero la derecha…

La derecha no está ahí.

No está.

Termina justo debajo de la rodilla, envuelta en gasa blanca, y puedo ver cómo todo su cuerpo se inclina ligeramente hacia la izquierda para compensar el equilibrio mientras se sube el pantalón.

Le falta un trozo de pierna.

A Henry le falta un trozo de pierna.

Se me escapa un jadeo antes de que pueda detenerlo.

Un sonido pequeño, casi imperceptible.

Pero Henry lo oye.

Se gira tan rápido que pierde el equilibrio, y tengo que ahogar otro jadeo cuando lo veo tambalearse. Se agarra al poste de la cama con una mano, recuperando la estabilidad, y me mira con una expresión que nunca había visto en su cara.

Furia.

Pura, ardiente, devastadora.

Pero hay algo más debajo. Algo que reconozco porque lo he sentido demasiadas veces en mi propia piel.

Vergüenza.

—¿Qué coño haces aquí? —su voz sale como un gruñido, bajo y peligroso.

—Yo… lo siento —tartamudeo, dando un paso atrás—. La puerta estaba abierta y yo…

—¿Y has pensado que era buena idea quedarte mirando?

—No he… Estaba en el pasillo y…

—¡Estabas espiándome! —explota, y el volumen de su voz hace que me encoja—. ¿Qué pasa, Cameron? ¿Querías ver al monstruo? ¿Querías confirmar que el padre de tu hijo es un puto inválido?

Las palabras me golpean como bofetadas.

—Henry, no…

—Lárgate —me interrumpe, señalándome con un dedo tembloroso—. Vete de aquí. Ahora.

—No eres un monstruo…

—¡He dicho que te largues!

El grito resuena por toda la cabaña, tan lleno de dolor y rabia que me quedo paralizada.

Nos miramos durante un segundo eterno. Puedo ver cómo le late un músculo en la mandíbula. Cómo tiene los puños apretados a los lados. Cómo su pecho sube y baja con respiraciones agitadas que suenan demasiado rápidas.

Y puedo ver algo más.

Puede ver el miedo en sus ojos.

Miedo de que lo vea como algo menos. Como algo roto. Como algo que no merece ser amado.

—Henry —empiezo, dando un paso hacia él.

—No —me corta, levantando una mano—. No te acerques. No me mires así. No me tengas pena.

—No te tengo pena.

—Mentira —suelta una risa amarga—. Puedo verlo en tus ojos. La lástima. El asco. La decepción de descubrir que el padre de tu hijo es un…

—Para —lo interrumpo, y mi voz sale más firme de lo que me siento—. Para ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Porque la verdad duele? Pues acostúmbrate, princesa. Porque esto es lo que hay. Esto es lo que soy. Un hombre roto que…

—No eres un hombre roto —exploto—. Eres un hombre que sobrevivió a algo horrible. Hay una diferencia.

—No la hay.

—Sí la hay —insisto, dando otro paso hacia él a pesar de que me está mirando como si quisiera que desapareciese—. Y si no puedes verla, es tu problema. No el mío.

Henry aprieta la mandíbula con tanta fuerza que puedo oír cómo le crujen los dientes.

—Sal de mi habitación.

—Henry…

—¡Sal! —grita, y hay tanta desesperación en su voz que me duele escucharla—. Por favor. Solo vete.

Y es ese «por favor» lo que me rompe.

Porque no es una orden. Es una súplica.

Una súplica de un hombre que está tan avergonzado, tan expuesto, que lo único que quiere es que deje de mirarlo.

Así que hago lo único que puedo hacer.

Retrocedo hacia el pasillo, sin apartar los ojos de él, y cierro la puerta despacio.

Me quedo ahí de pie en el pasillo oscuro, con el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos, y las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

No por lo que he visto.

Sino por el dolor en su voz.

Por la vergüenza en sus ojos.

Por el miedo de que yo lo vea como algo menos cuando la verdad es que lo único que veo es a un hombre que ha sobrevivido a algo que habría destruido a cualquier otro.

Un hombre fuerte.

Un hombre valiente.

Un hombre al que amo.

Y esa afirmación me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme contra la pared.

Estoy enamorada de Henry Wellington.

Completamente, irremediablemente, estúpidamente enamorada.

Y él piensa que lo veo como un monstruo.

Mierda.

Vuelvo a mi habitación con piernas que apenas me sostienen y me meto en la cama, pero no duermo.

No puedo dormir.

Solo puedo pensar en la expresión de su cara. En cómo se tambalea sin la prótesis. En cómo ha gritado con una desesperación que me ha atravesado el pecho como una bala.

Y en cómo voy a arreglar esto.

Porque tengo que arreglarlo.

De alguna forma.

Aunque no tenga ni idea de cómo.

CAPÍTULO 18

HENRY

No he dormido en cuatro días.

Han pasado cuatro días desde que Ellie me vio sin la prótesis. Cuatro días desde que le grité como un cabrón. Cuatro días evitándola como si fuese la peste porque no sé cómo mirarla a la cara después de haberme comportado como un monstruo.

Que es exactamente lo que pensaba que ella vería cuando descubriese la verdad.

A un monstruo.

Pero la expresión en su cara aquella noche no era de asco. No era de lástima. Era de… sorpresa. De preocupación, quizás. De algo que no supe identificar antes de perder la cabeza completamente.

Y ahora llevo cuatro días saliendo de casa antes de que se despierte y volviendo cuando ya se ha metido en su habitación. Cuatro días comportándome como un cobarde que no puede enfrentarse a las consecuencias de sus propios actos.

Ella no tiene la culpa de que me falte un trozo de pierna.

Ella no tiene la culpa de que uno de mis mayores miedos fuese que me viese así. Vulnerable. Roto. Menos que un hombre completo.

Y desde luego no tiene la culpa de que yo reaccionase como un gilipollas integral.

Iba a pasar tarde o temprano. Vivimos bajo el mismo techo. Vamos a tener un hijo juntos. ¿De verdad pensaba que podría ocultarlo para siempre?

Me paso las manos por la cara, sintiendo el cansancio acumulado en cada músculo de mi cuerpo.

Si no arreglo esto —si no lo arreglo pero ya— voy a perderla.

Y eso no es una opción.

Por eso he llamado a Marcus esta mañana y le he dicho que me tomo el día libre. Por primera vez en años. Porque hay cosas más importantes que el trabajo.

Como la mujer que lleva a mi hijo dentro.

Como demostrarle que puedo ser mejor que esto.

Son las nueve de la mañana cuando entro en la cocina. Ellie ya está ahí, sentada en la mesa con una taza de café descafeinado entre las manos, mirando por la ventana hacia el bosque. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado y una camisa que le queda enorme.

Está preciosa.

Y no me mira cuando entro.

—Buenos días —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

—Buenos días —responde sin girar la cabeza.

El silencio se instala entre nosotros como un muro de hormigón.

Joder. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Me sirvo café y me siento frente a ella. Ellie sigue sin mirarme.

—Ellie…

—Si vas a disculparte otra vez, no hace falta —me interrumpe, y su voz suena cansada—. Ya lo has hecho. Por mensaje. Tres veces.

—No iba a disculparme.

Eso hace que finalmente me mire.

—¿Ah, no?

—Bueno, sí. Pero no solo eso.

Bebe un sorbo de café, esperando.

Respiro hondo.

—He pensado que podríamos empezar a preparar la habitación del bebé —suelto—. Limpiarla. Decorarla. Ir adelantando todo para que más adelante podamos comprar la cuna y lo demás.

Ellie se queda completamente inmóvil, con la taza a medio camino de sus labios.

—¿Qué?

—La habitación del bebé —repito—. Está al final del pasillo. Ahora mismo es un trastero, pero podemos…

—Espera —me interrumpe, dejando la taza en la mesa con un golpe—. ¿Me estás proponiendo que preparemos la habitación del bebé? ¿Juntos?

—Sí.

—¿Tú y yo?

—No veo a nadie más aquí.

Ellie abre la boca. La cierra. La vuelve a abrir.

—Yo… sí —dice finalmente, y las palabras salen atropelladas, como si tuviese miedo de que me arrepienta—. Sí, me encantaría. Sí.

Algo en mi pecho se afloja.

Pensaba que iba a mandarme a la mierda.

—Bien. Voy a ducharme y a cambiarme. Avísame cuando estés lista y vamos a la ferretería a por pintura y lo que necesitemos.

Me levanto antes de que pueda arrepentirme de esta locura, pero me detengo en la puerta.

—Ellie.

—¿Sí?

—Gracias. Por no largarte. Por seguir aquí.

Y entonces me voy antes de que pueda decir algo más. Antes de que pueda ver cómo me está mirando.

Antes de que pueda hacer algo todavía más estúpido. Como besarla.

Una hora y media después estamos en la ferretería de Livingston —la de Sunset Valley es demasiado pequeña— y Ellie está de pie frente a un expositor de muestras de pintura con una expresión de concentración absoluta.

—¿Qué te parece este? —pregunta, señalando un tono rosa pastel.

—¿Y si es niño?

—Tienes razón —coge otra muestra, esta vez azul cielo—. ¿Este?

—¿Y si es niña?

Ellie se gira para mirarme con el ceño fruncido.

—Eres imposible de complacer, ¿lo sabías?

—Solo quiero que la habitación sea perfecta.

Algo se suaviza en su expresión.

—¿Y qué sugieres tú, entonces?

—Algo neutro —digo, acercándome al expositor—. Algo que funcione para niño o niña. Todavía no sabemos qué es.

Ellie examina las muestras con esa concentración que reconozco. Se muerde el labio inferior mientras compara colores, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarme mirando su boca.

—¿Este? —pregunta finalmente, enseñándome un tono crudo, cálido, casi beige pero con un toque dorado—. Es bonito. Y neutro.

—Es perfecto.

—¿En serio? ¿No vas a poner ninguna pega?

—Es perfecto —repito—. Pero tiene que ser pintura al agua. Sin tóxicos. Porque vas a estar respirando los vapores mientras pintamos.

Ellie me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—Vale —dice en voz baja—. Pintura al agua.

Cogemos los botes necesarios —la dependienta calculó la cantidad exacta después de que le dijese las dimensiones de la habitación— y luego pasamos al pasillo de papeles decorativos.

—Mira esta —dice Ellie, emocionándose frente a una cenefa con animalitos del bosque dibujados de forma tierna—. Tiene ciervos, osos, zorros… Es preciosa.

—La quieres.

—La quiero —admite, acariciando el papel con los dedos—. Pero es cara.

—Me da igual —la interrumpo, cogiendo el rollo—. Si la quieres, nos la llevamos.

—Henry.

—Sin discusiones, Cameron. La cenefa se va al carro.

Veo cómo se le iluminan los ojos, y eso hace que todo —la falta de sueño, la incomodidad de los últimos días, el miedo constante— valga la pena.

De vuelta en la cabaña, pasamos la tarde preparando la habitación.

Primero sacamos todo lo que hay dentro —cajas viejas, herramientas, mierda acumulada durante años— y lo llevamos al garaje. Luego limpiamos el polvo, barremos, fregamos el suelo hasta que brilla.

Y entonces empezamos a pintar.

Ellie insiste en ayudar a pesar de que le he dicho mil veces que se siente y descanse. Pero es terca como una mula, así que al final cedo: ella pinta las partes bajas, yo las altas.

La veo de reojo mientras trabaja, con una concentración absoluta, con la lengua asomando ligeramente entre los labios, y tengo que obligarme a concentrarme en la pared.

—No pensaba que fueses a estar tan implicado —dice de repente, sin dejar de pintar.

Me quedo quieto.

—¿Perdona?

—En esto —hace un gesto vago con el pincel—. En el embarazo. En el bebé. Pensaba que… no sé. Que ibas a ser más distante.

Las palabras no suenan a crítica. Suenan a sorpresa. Como si de verdad no esperase que me importase tanto.

Y eso me jode.

Me jode porque significa que le he dado razones para pensar que no me importa. Que he sido tan imbécil, tan cerrado, que ella ha asumido que mi implicación sería mínima.

Dejo el pincel en el bote con más fuerza de la necesaria.

—Quiero estar presente en absolutamente todo lo que implique el embarazo —digo, y mi voz sale tensa—. En cada cita. En cada momento. En cada decisión.

—Henry, yo no quería…

—Puede que tú no quieras que seamos pareja —la interrumpo, girándome para mirarla—. Puede que para ti esto solo sea un arreglo de conveniencia. Dos personas criando a un hijo juntas sin nada más.

Me acerco a ella, y puedo ver cómo se le abren los ojos.

—Pero ese bebé es el regalo más grande que me ha dado la vida. Y voy a estar a la altura. Aunque tú pienses que no puedo. Aunque

pienses que soy un inútil.

—Yo nunca he dicho eso.

—No hace falta que lo digas —suelto—. Lo veo en tus ojos cada vez que me miras. La duda. La pregunta de si voy a ser suficiente. Si voy a estar ahí de verdad o si voy a salir corriendo.

Salgo de la habitación antes de que pueda responderme.

Antes de que pueda ver cómo me tiemblan las manos.

Antes de que pueda darse cuenta de que lo que realmente me aterra no es que piense que no soy suficiente.

Es que tenga razón.

ELLIE

Me quedo ahí de pie, con el pincel todavía en la mano, mirando la puerta por donde Henry acaba de salir como un huracán.

¿Qué acaba de pasar?

Repaso sus palabras en mi cabeza, intentando entenderlas.

Puede que tú no quieras que seamos pareja.

Espera.

¿Ha dicho que yo no quiero?

¿Eso significa que él… sí querría?

No.

No puede ser.

Tiene que ser solo por el bebé. Porque vamos a ser padres y piensa que lo correcto es estar juntos. Por obligación. Por responsabilidad.

No porque sienta algo por mí.

¿Verdad?

Me siento en el suelo, sin importarme que esté cubierto de plástico protector, y me llevo las manos a la cara.

No entiendo a Henry Wellington.

No entiendo sus cambios de humor. Sus momentos de ternura seguidos de frialdad absoluta. Sus gestos que me derriten —el café, las notas, apretar mi mano en la consulta— seguidos de silencios que me congelan.

No entiendo qué quiere de mí.

Y lo peor de todo es que mi estúpido corazón ya ha decidido.

Ya ha elegido.

Se ha enamorado de un hombre tan herido, tan roto, tan imposible que va a acabar destrozándome.

Y no puedo hacer nada para detenerlo.

Porque ya es demasiado tarde.

CAPÍTULO 19

ELLIE

Las semanas empiezan a pasar en una rutina que no sabía que necesitaba.

Me despierto cada mañana y encuentro café recién hecho. Notas en la encimera con letra cada vez más legible, como si Henry estuviese haciendo un esfuerzo por escribir mejor. *«He comprado esos yogures que te gustan. Los de fresa. Están en la nevera.»* O *«Hoy va a hacer frío. Ponte algo de abrigo.»*

Gestos pequeños que se van acumulando como gotas de agua hasta llenar un vaso.

Un día llego a casa y hay un cojín nuevo en el sofá. Uno de esos ortopédicos caros que venden en tiendas especializadas.

—Para tu espalda —dice Henry cuando me pilla mirándolo con la boca abierta—. He leído que en el segundo trimestre empiezan los dolores lumbares.

Otro día encuentro vitaminas prenatales nuevas en el armario del baño. Las mejores del mercado.

—Las otras eran una mierda —murmura cuando le pregunto—. Estas tienen más ácido fólico.

Y así, día a día, Henry va demostrándome con actos lo que no puede decir con palabras.

Que le importo.

Que le importa el bebé.

Que está aquí. Que de verdad está aquí.

Y yo me estoy enamorando más cada día.

Lo cual es un problema monumental considerando que no somos una pareja. Que no nos tocamos. Que no nos besamos. Que lo único

que hacemos es existir en la misma casa como dos imanes que se atraen, pero se repelen constantemente.

Es una tortura.

Por eso, cuando llega el momento de decirle lo de las clases de preparación al parto, estoy tan nerviosa que apenas puedo tragar la cena que él ha preparado.

—Henry —digo finalmente, dejando el tenedor en el plato.

Levanta la vista hacia mí, masticando despacio.

—¿Sí?

—Me he apuntado a clases de preparación al parto.

Se queda completamente inmóvil. Con el tenedor a medio camino de su boca. Mirándome con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Clases de preparación al parto? —repite, como si necesitase confirmar que ha oído bien.

—Sí. Empiezan la semana que viene. Son los jueves por la tarde en Livingston. Y pensaba que… bueno… si quieres… podrías venir conmigo.

Henry deja el tenedor en el plato con un cuidado casi cómico.

—¿Quieres que vaya?

Me pongo roja. Puedo sentir el calor subiéndome por el cuello hasta las mejillas.

—No es obligatorio —me apresuro a añadir—. Solo pensaba que igual te interesaba por lo que me dijiste de que quieres estar en todo lo del embarazo. Pero si tienes trabajo o si prefieres no estar.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, quiero —repite, y hay tanta urgencia en su voz que me sobresalta—. Quiero. Quiero todo de nuestro bebé, Ellie. Todo.

Se pasa una mano por el pelo, ese gesto nervioso que reconozco.

—Gracias. Por… por pensar en mí. Por querer que esté ahí.

Y entonces sonríe.

No es una sonrisa completa. Es apenas una curva en la comisura de sus labios. Pero es real. Genuina.

Y hace que tenga que hacer un esfuerzo sobrehumano para no derretirme en un charco de baba en medio de la cocina.

Dios.

No soporto que haga estas cosas.

No me quiero enamorar más de él.

Pero parece que mi corazón tiene otros planes.

La primera clase de preparación al parto es exactamente lo que esperaba y nada de lo que imaginaba al mismo tiempo.

Llegamos al centro comunitario de Livingston un jueves por la tarde, y hay otras cinco parejas esperando en la sala. Todas se ven felices. Emocionadas. Como si estar aquí fuese lo más natural del mundo.

Henry y yo nos sentamos en las colchonetas que han dispuesto en el suelo, manteniendo una distancia prudencial entre nosotros.

Como si tuviésemos miedo de tocarnos.

La instructora —una mujer de unos cuarenta años con pelo corto y sonrisa perpetua— se presenta como Linda y empieza a explicar lo que vamos a hacer durante las próximas semanas.

Luego nos da las instrucciones de la clase de hoy.

—Hoy vamos a trabajar posiciones de apoyo —dice con entusiasmo—. Es muy importante que la pareja sepa cómo sostener a la madre durante el parto. Así que papás, necesito que os coloquéis detrás de vuestras parejas.

Me tenso completamente.

Henry también.

Puedo sentir su mirada clavada en mi nuca, pero no me giro.

—Vamos —dice Linda, haciendo gestos para que nos movamos—. No tengáis vergüenza. Todos estamos aquí para lo mismo.

Henry se mueve detrás de mí con una lentitud casi dolorosa. Puedo sentir el calor de su cuerpo incluso antes de que me toque, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para seguir respirando.

—Muy bien —continúa Linda—. Ahora los papás van a rodear a las mamás con los brazos, apoyándolas contra su pecho. Necesitáis sostenerlas con firmeza pero sin apretar demasiado.

Henry no se mueve.

—Wellington —susurro—. Tienes que…

—Lo sé —dice con voz tensa.

Y entonces me rodea con los brazos.

El aire se me atasca en la garganta.

Sus brazos me envuelven, grandes y fuertes, tirando de mí hacia su pecho hasta que mi espalda queda pegada contra él. Puedo sentir cada músculo de su cuerpo presionando contra el mío. El calor que irradia atravesándome la camiseta. Su respiración contra mi pelo.

Y algo más.

Algo duro presionando contra mi espalda baja.

Se me escapa un jadeo involuntario.

Henry se queda completamente inmóvil.

—Joder —murmura contra mi oído, y su voz suena estrangulada —. Lo siento. Lo siento mucho.

—No… —empiezo, pero no sé cómo terminar esa frase.

Porque la verdad es que no quiero que se disculpe. La verdad es que saber que me desea —que su cuerpo reacciona a mí a pesar de todo— hace que algo dentro de mí se encienda como una cerilla.

—Perfecto —dice Linda, paseándose entre las parejas—. Así es como deberíais sostenerlas durante las contracciones. Firmes. Seguras. Dejándolas apoyarse en vosotros.

Henry no dice nada. Solo me sostiene con esos brazos que parecen capaces de soportar el mundo entero, y puedo sentir cómo le late el corazón contra mi espalda. Rápido. Descontrolado.

Como el mío.

—Respirad juntos —instruye Linda—. Inhalad. Exhalad. Encontrad vuestro ritmo.

Intento respirar. De verdad que lo intento.

Pero es imposible concentrarme en nada excepto en la sensación de Henry envolviéndome. En su olor —cedro, aire fresco, algo puramente masculino— llenando mis pulmones. En su dureza presionando contra mí de una forma que hace que se me tense algo bajo en el vientre.

—Lo siento —vuelve a susurrar contra mi oído, y hay tanta vergüenza en su voz que se me parte el corazón—. No puedo… no puedo controlarlo.

Me giro ligeramente, lo suficiente para mirarlo por encima del hombro.

—No te disculpes.

—Ellie.

—Pensaba que con esta tripa no era atractiva —suelto en voz baja, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Que estaba… no sé. Hinchada. Gorda. Poco sexy.

Henry suelta un sonido que es medio risa, medio gruñido.

—¿Poco sexy? —repite, y su voz ha bajado hasta convertirse en algo oscuro—. Joder, Ellie. Muy a mi pesar, estás jodidamente follable. Nunca he visto a una mujer más sexy que tú. Y precisamente ahora…

Se detiene, apretando los brazos alrededor de mí.

—Ahora estás tan buena que me paso todo el día duro.

El calor me explota en las mejillas.

—Henry.

—¡Muy bien, parejas! —la voz de Linda corta a través de la tensión como un cuchillo—. Vamos a cambiar de posición. Ahora las mamás se van a apoyar de lado…

Henry me suelta tan rápido que casi me caigo. Se aparta, poniéndose de pie con movimientos bruscos, y puedo ver cómo se ajusta discretamente los pantalones.

No hablamos durante el resto de la clase.

No nos miramos.

Pero puedo sentir su presencia como un peso constante. Una atracción magnética que tira de mí sin importar cuánto intente resistirme.

Y cuando finalmente salimos del centro comunitario, cuando subimos a su camioneta y conducimos de vuelta a casa en un silencio tan cargado que podría cortarse con cuchillo, me doy cuenta de algo.

La convivencia entre nosotros se está volviendo cada vez más complicada.

Cada vez más peligrosa.

Porque hay un límite a cuánto puede aguantar una persona antes de romperse.

Y creo que los dos estamos muy cerca de ese límite.

CAPÍTULO 20

ELLIE

La ecografía de las veinte semanas es diferente.

No sé exactamente qué esperaba, pero cuando Margaret nos hace pasar a la sala de exploración y me dice que hoy vamos a ver al bebé con mucho más detalle, algo en mi estómago se aprieta con una mezcla de emoción y nervios que me deja sin aliento.

Henry está a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, y cuando me tumbo en la camilla, su mano busca la mía automáticamente.

Como si fuese lo más natural del mundo.

—Muy bien —dice Margaret con esa sonrisa suya que ya conozco —. Hoy vamos a poder ver mucho más que la última vez. Y si queréis, podemos saber el sexo del bebé.

Se me para el corazón.

Miro a Henry, y él me mira a mí.

—¿Quieres saberlo? —pregunto en voz baja.

—¿Tú quieres?

—Te he preguntado primero.

Henry aprieta mi mano.

—Quiero saber todo lo que pueda sobre nuestro bebé. Así que sí. Quiero saberlo.

Me giro hacia Margaret, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—Sí. Queremos saberlo.

Margaret sonríe todavía más si es posible.

—Perfecto. Vamos allá.

Aplica el gel —de nuevo frío, todavía me arranca un jadeo— y empieza a mover el transductor por mi vientre.

Y esta vez…

Esta vez puedo verlo.

No es solo una mancha blanca con forma de judía. Es un bebé. Un bebé de verdad. Puedo ver la cabeza, redonda y perfecta. Los brazos, diminutos, moviéndose. Las piernas…

—Oh Dios —susurro, y las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

—Es precioso —dice Henry, y su voz suena tan rota que me parten el corazón—. Nuestro bebé es precioso.

Margaret señala la pantalla, explicando cada cosa que vemos. El corazón, latiendo fuerte. Los riñones. El estómago. La columna.

—Todo se ve perfecto —dice finalmente—. Un bebé completamente sano.

Y entonces mueve el transductor un poco más abajo.

—Vamos a revisar el sexo.

—Sí —decimos Henry y yo al mismo tiempo.

Margaret sonríe.

—Enhorabuena. Vais a tener una niña.

El mundo se detiene.

Una niña.

Vamos a tener una niña.

Me giro hacia Henry, y lo que veo en su cara hace que se me rompa algo por dentro.

Tiene los ojos llenos de lágrimas. Brillantes. A punto de desbordarse.

Y está mirándome como si acabase de darle el universo entero.

—Una niña —susurra, y su voz se quiebra en la última sílaba—. Vamos a tener una niña.

—Sí —consigo decir, aunque apenas puedo hablar a través del nudo en mi garganta.

Henry se inclina hacia mí, apoyando su frente contra la mía, y nos quedamos así. Respirando juntos. Llorando juntos. Conectados por algo que va más allá de las palabras.

—Gracias —dice finalmente—. Gracias por darme esto. Por dármela a ella.

Y entonces me da un beso en la frente.

Suave. Tierno. Lleno de algo tan puro que me duele.

Margaret carraspea discretamente, y nos separamos, pero Henry no me suelta la mano.

No la suelta mientras Margaret imprime las fotos. No la suelta mientras salimos de la consulta. No la suelta hasta que llegamos a la camioneta.

—¿Quieres ir a comprarle algo? —pregunta de repente, con las llaves en la mano—. A nuestra hija. Algo pequeño. Para empezar.

Nuestra hija.

Las palabras me atraviesan el pecho como flechas.

—Me encantaría.

La tienda de ropa de bebé en Livingston es un caos de colores pastel y peluches gigantes.

Y Henry está completamente perdido.

Lo veo deambular entre los expositores con una expresión de concentración absoluta, tocando bodies diminutos con dedos que parecen demasiado grandes para algo tan delicado.

—¿Este? —pregunta, enseñándome un pijama rosa con conejitos bordados.

—Es precioso.

—¿Y este? —coge otro, esta vez con ositos.

—También.

—Los quiero los dos.

—Henry, no podemos comprar toda la tienda.

—¿Por qué no? —me mira con esa expresión terca que reconozco —. Es nuestra hija. Se merece todo.

Y ahí está otra vez. Ese Henry que me desarma completamente con gestos que no esperaba.

Terminamos comprando cinco conjuntos, dos mantas, un peluche de ciervo que Henry insiste en que es perfecto, y un gorrito diminuto que hace que se me salten las lágrimas otra vez.

—¿Son para vosotros o para regalo? —pregunta la dependienta en la caja, metiendo todo en una bolsa con cuidado.

—Para nosotros —responde Henry antes de que pueda hacerlo yo —. Para nuestra hija.

—¡Enhorabuena! —dice la mujer con entusiasmo—. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

Henry y yo nos miramos.

Y ninguno de los dos la corrige.

—Gracias —dice Henry simplemente, cogiendo la bolsa.

Salimos de la tienda en silencio, y no hablamos de ello. Del hecho de que nos han confundido con un matrimonio y hemos dejado que lo crean.

De lo bien que se ha sentido.

Cuando llegamos a la camioneta, me quedo ahí de pie, con las fotos de la ecografía en la mano, y una idea empieza a formarse en mi cabeza.

—¿Henry?

—¿Sí?

—¿Quieres que vayamos a ver a tus padres? —pregunto—. Para enseñarles las fotos. Seguro que les vuelve locos saber que van a tener una nieta.

Henry me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Quieres ir?

—Sí. Son los abuelos de nuestra hija. Merecen saberlo.

Algo se suaviza en su cara.

—Gracias —dice en voz baja—. Por ser tan generosa. Con mis padres. Conmigo.

—Son tu familia —replico—. Y ahora también son la familia de nuestra hija.

Henry asiente, y puedo ver cómo se le tensa la mandíbula con emoción.

—Vamos entonces.

El jardín de los Wellington está en silencio cuando llegamos. Es media tarde de un miércoles, y probablemente Dorothy esté

preparando la cena mientras Daniel lee el periódico en el salón, como siempre.

Henry aparca la camioneta en el camino de entrada, y antes de que pueda abrir mi puerta, Henry ya está dando la vuelta corriendo para abrírmela.

—Puedo abrir mi propia puerta —protesto cuando me ofrece la mano para ayudarme a bajar.

—Lo sé.

—Estoy embarazada, no inválida.

—También lo sé.

Pero no aparta la mano. Solo me mira con esa expresión terca que me dice que no va a ceder.

Suspiro y acepto su ayuda, bajando de la camioneta con más cuidado del necesario solo para que deje de mirarme así.

Y entonces Henry hace algo que me desarma completamente.

Se inclina hacia mi tripa.

—Mamá es una gruñona —dice con voz tierna, hablándole a mi vientre—. Pero vamos a cuidarla muy bien, ¿verdad, cariño? Tú y yo vamos a asegurarnos de que esté siempre bien.

Se me escapa un jadeo.

Henry levanta la cabeza, y nuestros ojos se encuentran.

Estamos demasiado cerca.

Tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes. Tan cerca que puedo sentir su respiración contra mi cara. Tan cerca que puedo oler su colonia mezclándose con el aire frío.

Y llevamos demasiado tiempo conteniéndonos.

Puedo verlo en cómo se le oscurecen los ojos. En cómo su mirada baja a mis labios. En cómo se inclina hacia mí, acortando la distancia milímetro a milímetro.

Y entonces me está besando.

Es diferente de los otros besos. Más lento. Más deliberado. Como si estuviese saboreándome. Como si tuviese todo el tiempo del mundo y quisiera usar cada segundo en memorizar cómo sabe mi boca.

Sus manos me sujetan la cara con una delicadeza que contrasta con la intensidad del beso, y yo me derrito contra él, olvidando

dónde estamos, olvidando todo excepto esto.

Excepto él.

—¡Henry!

La voz de Dorothy nos separa como un latigazo.

Me aparto de Henry tan rápido que casi tropiezo, y puedo sentir cómo el calor me sube por todo el cuerpo hasta las raíces del pelo.

Dorothy está en la puerta de la casa, con las manos en las caderas y una expresión entre divertida y sorprendida.

—Hola, mamá —dice Henry, y su voz suena perfectamente calmada, como si su madre no acabase de pillarle besándome en medio del camino de entrada—. Hemos venido a enseñaros las ecografías. Vais a tener una nieta.

Y así, sin más, desvía la atención de lo que acaba de pasar.

Dorothy suelta un grito que probablemente se oye hasta en el pueblo.

—¿Una niña? ¿Vais a tener una niña?

—Sí —confirmo, sacando las fotos con manos que todavía tiemblan—. Mira.

Dorothy baja las escaleras del porche corriendo y coge las fotos de mis manos con una emoción que me hace sonreír a pesar de todo.

—¡Daniel! —grita hacia dentro de la casa—. ¡Ven aquí ahora mismo! ¡Vamos a tener una nieta!

Y mientras Dorothy sigue gritando y emocionándose, mientras Daniel sale de la casa con expresión confundida, mientras Henry me pasa un brazo por los hombros en un gesto que parece tan natural que me duele…

No puedo dejar de pensar en el beso.

En cómo me ha saboreado como si fuese algo precioso.

En cómo sus manos me han sujetado como si fuese algo frágil que no quiere romper.

En cómo, por un momento, he sentido que quizás —solo quizás— soy algo más para él que solo la madre de su hija.

Y eso me aterra más que nada.

Porque no sé cuánto tiempo más voy a poder seguir fingiendo que esto no me está destrozando por dentro.

Que vivir con él sin poder tenerlo no me está matando.

Que cada día que pasa me enamoro más de un hombre que probablemente nunca va a corresponderme.

Dios.

¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esto?

CAPÍTULO 21

HENRY

Me estoy volviendo loco.

Literalmente, completamente, irremediablemente loco.

Me despierto cada mañana con una erección tan dura que me duele, con las sábanas empapadas de sudor y el nombre de Ellie en los labios como una plegaria que no puedo dejar de repetir. Sueño con ella todas las noches. Con su piel. Con sus gemidos. Con cómo se sentía apretándome cuando me corrí dentro de ella aquella noche en la fiesta.

Y luego salgo a la cocina y ahí está.

Real. Preciosa. Inalcanzable.

Con el pelo recogido y una de mis camisas viejas que le llega hasta medio muslo, moviéndose por la cocina como si fuese su casa. Como si perteneciese aquí. Conmigo.

Y su tripa.

Joder, su tripa.

Ya se nota. Una curva suave bajo la tela de la camiseta que me recuerda constantemente que lleva a mi hija dentro. Que su cuerpo está cambiando por nuestra niña. Que cada día que pasa está más hermosa, más radiante, más jodidamente perfecta.

Y yo me pongo duro solo con mirarla.

Es patético.

Soy patético.

Pero no puedo evitarlo. No puedo controlar cómo reacciona mi cuerpo cuando la veo preparando el desayuno, tarareando bajito una canción que no reconozco, con el sol de la mañana creándole un halo dorado alrededor de la cabeza.

Así que hago lo único que puedo hacer.

Me mantengo alejado.

Intento irme a trabajar antes de que se despierte. Vuelvo tarde, cuando ya se ha metido en su habitación. Encuentro excusas para estar fuera de casa los fines de semana. Corto leña hasta que me duele todo el cuerpo. Me ducho con agua fría dos veces al día.

Y no funciona.

Nada funciona.

Porque incluso cuando no está cerca, está en mi cabeza. En mis pensamientos. En cada puto segundo de cada día.

Por eso, cuando llego a casa el viernes por la tarde y la encuentro sentada en el sofá con el portátil en el regazo, casi me siento aliviado cuando dice lo que está pensando.

—Dios —murmura sin levantar la vista de la pantalla—. Me muero por un helado de rosas.

Me detengo a medio camino de la cocina.

—¿Helado de rosas?

—Sí —dice, y se relame los labios de una forma que hace que se me tense todo el cuerpo—. He visto que hay una heladería artesanal en Bozeman que los hace. Y no puedo dejar de pensar en ello. Es como si mi cerebro solo pudiese procesar: helado de rosas. Helado de rosas. Helado de…

—Voy a por él —la interrumpo antes de que pueda seguir lamiéndose los labios así.

Ellie levanta la vista con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? No. Estás loco. Bozeman está a más de una hora de aquí.

—Y eso qué tiene que ver.

—Que no voy a dejar que conduzcas dos horas solo porque a mí se me ha antojado un helado —dice, cerrando el portátil con un golpe—. Si alguien tiene que ir, debería ser yo. Es mi antojo.

—Ni de coña.

—Henry.

—Ni de puta coña te vas a montar en un coche sola y vas a conducir más de dos horas —la corto, cruzándome de brazos—. Embarazada. Por la tarde. Por carreteras de montaña que no conoces.

—Sé conducir perfectamente.

—No he dicho que no sepas. He dicho que no vas a hacerlo.

Ellie se levanta del sofá con esa determinación que reconozco y que me vuelve loco.

—No puedes decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Puedo y lo estoy haciendo.

—Eres imposible.

—Y tú estás embarazada de mi hija —replico, acercándome a ella —. Ya estás haciendo lo más importante por los dos: gestarla. Llevarla dentro. Cambiar tu cuerpo por ella. Así que yo voy a hacer algo por vosotras dos.

—Henry, es solo helado.

—Me da igual si es helado o si son diamantes —la interrumpo—. Voy a ir a por ese puto helado y no se hable más.

Ellie abre la boca. La cierra. La vuelve a abrir.

—Eres un cabezota.

—Y tú eres terca como una mula. Estamos empatados.

—No tienes que…

—Voy a ir —repito con firmeza—. Ponte cómoda. Vuelvo en dos horas.

Me dirijo hacia la puerta antes de que pueda seguir protestando.

—¡Henry!

Me detengo con la mano en el pomo y me giro.

—¿Qué?

—Gracias —dice en voz baja, y hay algo en sus ojos que hace que se me cierre la garganta—. Por cuidarnos así.

Mierda. Me va a volver loco.

—No me importa ir.

Y no me importa. Porque ir a Bozeman significa dos horas en el coche. Dos horas lejos de ella. Dos horas donde no tendré que luchar contra el impulso de cruzar la distancia que nos separa y besarla hasta que se le olvide su propio nombre.

Dos horas de respiro antes de que haga algo de lo que me arrepienta durante el resto de mi vida.

Como acostarme con ella otra vez.

Me marcho antes de que pueda cambiar de opinión.

—Vuelvo en un par de horas.

El trayecto a Bozeman debería calmarme.

No lo hace.

Porque lo único que hago durante esos ciento veinte minutos es pensar en Ellie. En cómo se ha relamido los labios. En cómo su lengua ha asomado ligeramente, húmeda y rosada, dejando un rastro brillante que me ha hipnotizado durante tres segundos eternos.

En cómo quiero ser yo el que lama esos labios.

Joder.

Aparco frente a la heladería y entro con una determinación que probablemente asusta a la pobre dependienta.

—¿Tenéis helado de rosas? —pregunto sin preámbulos.

—Sí —dice la chica, pestañeando—. ¿Cuánto quieres?

—Un kilo.

—¿Un… kilo?

—Sí. Un puto kilo. Es para mi… —me detengo, porque no sé cómo llamar a Ellie. ¿Mi compañera de piso? ¿La madre de mi hija? ¿La mujer de la que estoy enamorado pero que no puedo tener?— Para la madre de mi hija —termino finalmente—. Está embarazada. Tiene antojos.

La chica sonríe con una expresión que dice «qué mono eres.»

Si supiera lo equivocada que está…

—Claro. Ahora mismo te lo preparo.

Cuando salgo de la heladería con la bolsa isotérmica en la mano, ya son las ocho de la tarde. El trayecto de vuelta se me hace eterno, con el aire acondicionado a tope para que el helado no se derrita y mis pensamientos dando vueltas y vueltas alrededor de la misma cosa.

Ellie.

Siempre Ellie.

Llego a casa cuando ya ha oscurecido, y las luces de la cabaña brillan entre los pinos como un faro guiándome a casa.

A casa.

¿Cuándo fue la última vez que sentí que tenía un hogar?

Entro por la puerta principal, y el olor a algo delicioso cocinándose me golpea inmediatamente.

—¿Henry? —la voz de Ellie llega desde la cocina—. ¿Ya has llegado?

—Sí.

Aparece en el pasillo con un delantal puesto sobre la camiseta, con las mejillas sonrojadas por el calor de la cocina y esa sonrisa que hace que se me olvide cómo respirar.

—¡Has vuelto! ¿Has conseguido el helado?

Le enseño la bolsa como respuesta.

Y entonces pasa algo que no esperaba.

Ellie cruza la distancia entre nosotros corriendo —bueno, tan rápido como puede con la tripa— y me besa.

Es un beso rápido. Casto. Solo un roce de sus labios contra mi mejilla.

Pero me quema como si me hubiese marcado con un hierro al rojo vivo.

—Gracias —dice, cogiendo la bolsa de mis manos con una emoción que parece completamente desproporcionada para un helado—. Gracias, gracias, gracias. Eres el mejor.

Y entonces vuelve corriendo a la cocina, dejándome ahí de pie con el corazón desbocado y la mejilla ardiendo donde me ha besado.

Tengo que hacer un esfuerzo consciente para no llevarme la mano ahí. Para no tocar el lugar donde sus labios han estado.

Joder.

Estoy tan jodido.

Me obligo a moverme, a seguirla hasta la cocina, donde ya ha sacado el helado de la bolsa y lo está sirviendo en un bol con una cuchara.

—Huele increíble —dice, oliendo el helado como si fuese perfume caro—. ¿Quieres probar?

—No, gracias.

—¿Seguro? Está buenísimo.

Se mete una cucharada en la boca, y sus ojos se cierran con placer.

Y entonces gime.

Es un sonido bajo, gutural, que vibra a través de toda la cocina y hace que se me tense cada músculo del cuerpo.

—Dios —murmura, lamiéndose los labios—. Esto es… madre mía. Esto es lo mejor que he probado en mi vida.

Se mete otra cucharada, y vuelve a gemir. Más fuerte esta vez. Más largo.

Y yo me pongo tan duro que me duele.

—Tengo que… —empiezo, retrocediendo hacia el pasillo—. Tengo que ducharme. Llevo todo el día trabajando y…

—¿Seguro que no quieres? —me interrumpe, ofreciéndome la cuchara con una inocencia que me está matando—. De verdad que está increíble.

—Estoy seguro.

Salgo de la cocina antes de que pueda insistir. Antes de que pueda ver el bulto obsceno en mis pantalones. Antes de que pueda darse cuenta de lo mucho que me está afectando verla comer ese maldito helado.

Prácticamente salgo corriendo, ignorando el dolor que me sube desde el muñón hasta la cadera, y me encierro en mi habitación como un adolescente huyendo de la tentación.

Pero no me dirijo a la ducha.

Me dirijo al lavabo.

Cierro la puerta con pestillo, me bajo los pantalones y los bóxers de un tirón, y libero mi erección que ya está goteando.

No debería hacer esto.

No debería masturbarme pensando en Ellie cuando está a metros de distancia, comiendo helado en mi cocina, completamente ajena a lo que me está haciendo.

Pero no puedo evitarlo.

Cierro la mano alrededor de mi polla con un apretón que bordea el dolor.

Y empiezo a moverme.

Rápido. Duro. Sin ternura.

Cierro los ojos y la veo. Ellie en el sofá, con las piernas abiertas y esa tripa preciosa entre nosotros. Ellie gimiendo mi nombre mientras la follo contra la encimera de la cocina. Ellie de rodillas, con esos labios perfectos envolviendo mi polla, mirándome con esos ojos azules mientras me la chupa hasta dejarme seco.

—Joder —gruño, apretando más, bombeando más rápido.

Me imagino a mí mismo devorándola. Quitándole esa camiseta. Besando cada centímetro de su piel. Lamiendo su coño hasta que grite mi nombre. Hundiéndome dentro de ella y llenándola hasta que no sepa dónde termino yo y dónde empieza ella.

La presión se acumula en la base de mi columna, caliente y urgente, y sé que no voy a durar mucho más.

Me inclino sobre el lavabo con una mano, mientras la otra sigue moviéndose en mi polla con una velocidad brutal, y entonces exploto.

El orgasmo me atraviesa como un rayo, arrancándome un gruñido que tengo que ahogar mordiéndome el labio. Me corro sobre el lavabo en oleadas interminables, con su nombre resonando en mi cabeza como un mantra.

Ellie. Ellie. Ellie.

Cuando finalmente termino, me quedo ahí apoyado, jadeando, con el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

Y entonces me veo en el espejo.

Tengo el pelo despeinado. Los ojos oscuros. Las mejillas sonrojadas. Soy la imagen de un hombre completamente destrozado por una mujer que no puede tener.

Me limpio, me subo los pantalones, y me lavo las manos mientras la realidad se asienta sobre mí como una losa de cemento.

Estoy jodido.

Completamente, irremediablemente jodido.

Porque esto no es solo deseo. No es solo atracción física. No es solo que Ellie Cameron sea la mujer más hermosa que he visto en mi vida y que mi cuerpo reaccione a ella como un adolescente en celo.

Es más que eso.

Mucho más.

La quiero.

Estoy enamorado de ella.

De su risa cuando habla con mi madre. De cómo se muerde el labio cuando está concentrada. De cómo le habla a nuestra hija cuando piensa que no la oigo, con esa voz llena de amor y promesas. De cómo es fuerte y vulnerable al mismo tiempo. De cómo me mira como si pudiera ver directamente mi alma y no le diese miedo lo que encuentra ahí.

Estoy enamorado de Ellie Cameron.

Y eso me aterra más que nada que haya enfrentado en mi vida.

Porque no puedo tenerla. No puedo decirle lo que siento. No puedo arrastrarla más profundo en mi desastre de vida.

Ella merece más. Merece a alguien completo. A alguien que no se despierte gritando en medio de la noche. A alguien que no tenga que luchar cada día contra los fantasmas de su pasado.

Merece a un hombre mejor que yo.

Pero el problema es que no quiero que esté con otro.

La idea de Ellie con alguien más —tocándola, besándola, criando a nuestra hija mientras yo observo desde fuera— me llena de una rabia tan visceral que tengo que apretar los puños contra el lavabo para no romper algo.

Es mía.

Ella es mía y nuestra hija es mía y esta vida que estamos construyendo juntos es mía.

Aunque no me la merezca.

Aunque esté destinado a joderlo todo.

Me obligo a respirar. Una vez. Dos veces. Tres.

Y entonces salgo del baño con las piernas todavía temblando y la certeza de que estoy completamente perdido.

Porque ya no hay vuelta atrás.

Ya no puedo fingir que esto es solo un arreglo de conveniencia. Dos personas criando a un hijo juntos sin sentimientos de por medio.

La amo.

Y tarde o temprano voy a tener que decidir qué coño voy a hacer al respecto.

CAPÍTULO 22

HENRY

Estoy leyendo el mismo párrafo por cuarta vez cuando lo oigo.

—¡Henry!

La voz de Ellie atraviesa las paredes de la cabaña como un grito, urgente y agudo, y hace que se me caiga el libro de las manos.

Me levanto de la cama tan rápido que casi pierdo el equilibrio, con el corazón ya desbocado y el pánico trepándome por la garganta como hiedra venenosa.

Algo va mal.

Algo le pasa al bebé.

Salgo de mi habitación casi corriendo, ignorando el dolor que me sube desde el muñón hasta la cadera por el movimiento brusco, y cruzo el pasillo en tres zancadas.

—¿Ellie? —grito, llegando a su puerta—. ¿Qué pasa?

—¡Entra! —responde desde dentro, y hay algo en su voz que no puedo identificar.

Abro la puerta de golpe, preparándome para lo peor, y la encuentro sentada en medio de la cama con las piernas cruzadas y las manos sobre su tripa.

Y está sonriendo.

Sonriendo de oreja a oreja como si acabase de ganar la lotería.

—¿Qué…? —empiezo, pero no consigo terminar la frase porque el alivio me golpea con tanta fuerza que me deja sin aire.

—Se está moviendo —dice, y sus ojos brillan con una emoción tan pura que hace que se me cierre la garganta—. Henry, se está moviendo. Nuestra hija se está moviendo.

El mundo se detiene.

Se queda completamente inmóvil durante un segundo eterno en el que mi cerebro intenta procesar lo que acaba de decir.

Se está moviendo.

Nuestra hija se está moviendo.

—¿De verdad? —consigo preguntar, y mi voz sale ronca.

—De verdad —confirma, llevándose las manos a la tripa con una delicadeza que me parte algo por dentro—. Lleva unos minutos. Son como… no sé. Como mariposas. O burbujas. Es rarísimo pero precioso y quería que lo sintieras. Por eso te he llamado.

Da unas palmaditas al colchón junto a ella.

—Ven. Siéntate aquí.

Me acerco a la cama con pasos que no parecen míos. Todo mi cuerpo está en piloto automático, moviéndose sin que mi cerebro tenga que decirle qué hacer.

Me siento en el borde del colchón, tan cerca de ella que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, y mis manos se cierran en puños sobre mis muslos.

Porque quiero tocarla. Joder, quiero tocarla tanto que me duele. Quiero poner las manos sobre su tripa y sentir a mi hija. Pero no sé si puedo. No sé si tengo permiso.

—¿Puedo? —empiezo, y tengo que tragar saliva antes de continuar—. ¿Puedo tocarla?

Ellie me mira con una expresión que no puedo descifrar.

—Claro que puedes. Es tu hija también.

Pero no me muevo.

Porque hay una diferencia entre poder y tener permiso de verdad. Y necesito que me lo dé. Necesito oírla decirlo.

—Ellie —insisto, y mi voz suena extraña incluso para mí—. ¿Puedo tocarte? ¿Puedo poner las manos sobre tu tripa?

Algo se suaviza en su expresión.

—Sí —dice en voz baja—. Puedes tocarme.

Levanto las manos con una lentitud que bordea lo ridículo, como si tuviese miedo de asustarla, y las coloco sobre su vientre con una delicadeza que no sabía que poseía.

La tela de su camiseta de dormir es suave bajo mis palmas. Puedo sentir el calor de su piel atravesándola. Y debajo…

Debajo está mi hija.

—Espera —susurra Ellie—. Igual tarda un poco. Pero ahora estaba muy activa, así que seguro que…

Y entonces la siento.

Un movimiento pequeño. Sutil. Como un aleteo diminuto bajo mi mano derecha.

Se me escapa un jadeo que suena demasiado roto.

—¿La has sentido? —pregunta Ellie, y puedo oír la emoción en su voz.

—Sí —consigo decir, aunque apenas puedo hablar a través del nudo en mi garganta—. Joder, Ellie, la he sentido.

Y entonces vuelve a moverse. Esta vez más fuerte. Un empujón decidido que presiona contra mi palma.

Las lágrimas me queman los ojos sin que pueda detenerlas.

—Es increíble —susurro—. Es… joder, no hay palabras.

—Lo sé —dice Ellie, y cuando la miro veo que ella también está muy emocionada—. Es lo más increíble que he sentido en mi vida.

Nos quedamos así, con mis manos sobre su tripa, sintiendo cada movimiento de nuestra hija. Minutos que se sienten como horas. Horas que se sienten como segundos.

Y entonces deseo hacer algo que no había planeado.

—¿Puedo? —empiezo, pero me detengo porque no sé cómo pedirlo.

—¿Puedes qué?

—¿Puedo besarla? —pregunto, y las palabras salen tan bajas que casi no las oigo—. A tu tripa. A ella. ¿Puedo?

Ellie se queda completamente inmóvil.

—Sí —dice finalmente, y su voz tiembla—. Puedes.

Me inclino despacio, bajando la cabeza hasta que mis labios rozan la tela de su camiseta. Y entonces beso su tripa con una ternura que no sabía que todavía existía en mí.

—Hola, cariño —susurro contra su piel—. Soy yo. Tu papá. Y quiero que sepas que ya te quiero. Aunque todavía no te haya visto. Aunque todavía no te haya conocido. Ya te quiero más de lo que pensaba que era posible querer a alguien.

Beso su tripa otra vez, y puedo sentir cómo se me nublan los ojos.

—Y voy a cuidar de ti —continúo—. Siempre. Voy a estar ahí para todo. Para tus primeros pasos. Para tu primer día de colegio. Para cada vez que necesites a tu papá. Voy a estar ahí.

La mano de Ellie se desliza en mi pelo, acariciándome con una suavidad que hace que se me rompa algo por dentro.

—Va a ser la niña más afortunada del mundo —dice con voz temblorosa—. Por tenerte como padre.

Levanto la vista hacia ella, y lo que veo en su cara hace que el aire se me atasque en los pulmones.

Hay lágrimas corriendo por sus mejillas. Pero está sonriendo. Una sonrisa tan hermosa, tan llena de algo que no me atrevo a nombrar, que hace que quiera besarla.

Pero no lo hago.

En su lugar, vuelvo a apoyar la mejilla contra su tripa, manteniendo las manos extendidas sobre ella, sintiendo cada movimiento.

—¿Te quedas un rato? —pregunta Ellie—. Así si vuelve a moverse puedes sentirla.

Debería decir que no. Debería volver a mi habitación. Debería mantener la distancia que nos mantiene seguros.

Pero las palabras no salen.

—Me quedo —digo en cambio.

Ellie se acomoda en la cama, tirando de las sábanas hasta cubrirse, y yo me tumbo junto a ella por encima del edredón. Mantengo una mano sobre su tripa, sintiendo los movimientos que ya son menos frecuentes.

—Se está calmando —murmura Ellie—. Creo que se está durmiendo.

—Buenas noches, Rose —susurro contra su vientre.

Ellie suelta una risa suave.

—¿Ya la has bautizado?

—¿No te gusta?

—Me encanta —admite—. Pero ¿y si queremos cambiar de opinión?

—No vamos a cambiar de opinión.

—Qué seguro estás.

—Lo estoy —confirmo—. Rose Wellington Cameron. Es perfecto.

Ellie se gira ligeramente para mirarme, y hay algo travieso en sus ojos.

—Aunque podríamos llamarla Gertrude.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿Gertrude?

—Sí. Gertrude. O Mildred. O Brunilda.

—Estás de coña.

—¿Qué tiene de malo Brunilda? —pregunta, y puedo oír la risa en su voz—. Es un nombre con carácter.

—Es un nombre horrible.

—A mí me gusta.

—Mentira.

—Vale, mentira —admite, riéndose—. Pero tenías que ver tu cara.

Y entonces me río yo también.

Es un sonido oxidado, áspero, como si mis cuerdas vocales hubiesen olvidado cómo funciona la risa. Pero sale de todas formas.

—Eres imposible, Cameron.

—Y tú eres un gruñón, Wellington.

—Nuestra hija va a salir a ti, ¿verdad? —digo, volviendo a acariciar su tripa—. Va a ser una bocazas.

—O va a salir a ti —replica Ellie—. Y va a ser una cascarrabias que frunce el ceño todo el tiempo.

—Ojalá tenga tus ojos.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, cargadas de una sinceridad que me deja expuesto.

Ellie se queda quieta.

—¿Mis ojos?

—Son preciosos —admito, porque ya he llegado hasta aquí—. Del color del cielo. Quiero que nuestra hija los tenga.

—Yo quiero que tenga tu nariz —dice Ellie en voz baja—. Y tu risa. Cuando te ríes de verdad, no esa risa sarcástica que usas como armadura. La real.

Algo en mi pecho se aprieta con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—No me río mucho.

—Lo sé —responde—. Por eso quiero que ella lo haga por ti.

No sé qué decir a eso. Así que no digo nada. Solo sigo acariciando su tripa con movimientos lentos, sintiendo cómo Rose se va calmando hasta quedarse completamente quieta.

—Se ha dormido —susurra Ellie.

—Como su madre debería hacer —replico—. Es tarde.

—¿Tú también vas a dormir?

—Sí.

—¿Aquí?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada de algo que ninguno de los dos se atreve a nombrar.

—¿Quieres que me quede? —pregunto, preparándome para la decepción.

Pero Ellie me deja sin palabras.

—Sí —dice rápidamente, y luego añade en voz más baja—. Quédate. Por si vuelve a moverse.

Es una excusa. Los dos lo sabemos.

Pero no la cuestiono.

Solo me acomodo mejor en la cama, ajustando la almohada bajo mi cabeza, y mantengo la mano sobre su tripa.

Ellie apaga la luz, y la habitación se sume en la oscuridad. Solo la luz de la luna entra por la ventana, creando sombras plateadas sobre las paredes.

—¿Henry? —susurra Ellie después de un rato.

—¿Sí?

—¿Crees que será tranquila o movida?

—Movida —respondo sin dudarlo—. Como su madre.

—Yo creo que será seria —dice Ellie—. Como su padre.

—Joder, espero que no. Un gruñón en la familia es suficiente.

Ellie se ríe, y el sonido vibra a través de su cuerpo hasta el mío.

—¿Crees que le gustará el mar? —pregunta—. A mí me encanta. Podríamos llevarla algún día.

—Le va a encantar —digo, y puedo imaginarla. Una niña pequeña con ojos azules corriendo por la playa, riendo mientras las olas le mojan los pies—. Vamos a llevarla. Te lo prometo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

El silencio vuelve a instalarse, pero es cómodo. Cálido. Como estar envuelto en una manta.

Es el momento más especial de mi vida.

Puedo sentir cómo la respiración de Ellie se va haciendo más lenta. Más profunda. Su cuerpo se relaja contra el mío, y su mano se coloca sobre la mía, la que sigue sobre su tripa.

—Gracias por quedarte —susurra, y su voz suena cada vez más relajada.

—Gracias por llamarme —respondo.

Pero creo que no me oye. Porque su respiración ya tiene ese ritmo constante que significa que se ha quedado dormida.

Y yo me quedo ahí tumbado, con la mano sobre su vientre, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, escuchando cómo respira.

Y pienso en Rose.

En nuestra hija que va a nacer en unos meses. En cómo va a cambiar todo. En cómo ya lo ha cambiado todo.

Pienso en Ellie durmiendo contra mí, confiando en mí lo suficiente como para quedarse dormida a mi lado.

Y pienso en lo mucho que quiero esto.

Esta vida. Esta mujer. Esta familia que estamos construyendo juntos.

Pero también pienso en Dylan. En cómo murió por mi culpa. En cómo no merezco tener algo tan bueno cuando él no tiene nada.

En cómo tarde o temprano voy a joder esto también.

Porque eso es lo que hago. Joder las cosas. Destruir lo bueno. Convertir el oro en ceniza.

Debería levantarme. Debería volver a mi habitación. Debería mantener la distancia antes de que sea demasiado tarde.

Pero no puedo moverme.

No puedo apartarme de este momento. De esta mujer. De esta paz que no he sentido en años.

Así que me quedo.

Me quedo ahí tumbado, con Ellie durmiendo contra mí y mi mano sobre nuestra hija, y por primera vez desde el accidente no tengo pesadillas.

No sueño con el oso. No sueño con la caída. No sueño con Dylan gritando mi nombre.

Solo sueño con esto.

Con Ellie. Con Rose. Con un futuro que brilla tan intenso que me ciega.

Un futuro que quiero con una desesperación que me aterra.

Porque sé —con la misma certeza con la que sé que el sol sale cada mañana— que no lo merezco.

Que soy un hombre roto intentando sostener algo perfecto.

Y que cuando todo se desmorone —porque siempre se desmorona— voy a ser yo quien lo destruya.

Como siempre.

Pero esta noche…

Esta noche me permito fingir que quizás, solo quizás, puedo tener esto.

Que puedo ser el hombre que Ellie y Rose merecen.

Aunque solo sea en sueños.

CAPÍTULO 23

ELLIE

El embarazo me está volviendo loca.

No de la forma bonita y romántica que muestran en las películas. No de esa forma donde las mujeres embarazadas brillan con ese resplandor maternal y se sienten completas y felices.

No.

Me está volviendo loca de una forma completamente diferente.

De una forma que hace que me despierte de madrugada empapada en sudor y con un calor entre las piernas que no se va por más que lo intente. De una forma que hace que me pase el día entero pensando en sexo. En manos. En bocas. En cuerpos desnudos moviéndose juntos.

En Henry.

Siempre en Henry.

Al principio pensaba que era solo yo. Que mi cuerpo estaba reaccionando de forma extraña a las hormonas del embarazo. Pero luego busqué en internet —porque soy esa persona que busca absolutamente todo en Google— y resulta que es completamente normal.

El aumento de flujo sanguíneo. Las hormonas disparadas. La sensibilidad extrema en todas partes.

Aparentemente el segundo trimestre convierte a algunas mujeres en máquinas de deseo andantes.

Y yo soy una de esas afortunadas.

Lo cual sería maravilloso si tuviese una pareja con la que aliviar esta necesidad constante, ardiente, que me está consumiendo desde dentro.

Pero no la tengo.

Tengo a Henry.

Henry, que vive conmigo pero que mantiene las distancias como si yo fuese radiactiva. Que me mira con ojos que prometen pecado pero que nunca da el paso de acercarse. Que se pone duro cada vez que me tiene cerca —lo he visto, no es algo que pueda ocultar— pero que sale corriendo de la habitación antes de que pueda hacer algo al respecto.

Henry, que me está volviendo tan loca que estoy a punto de suplicarle que me folle.

Son las once de la noche y estoy tumbada en mi cama, con las sábanas pegadas a mi piel por el calor que me consume, y ya no puedo aguantar más.

Me muerdo el labio, debatiéndome conmigo misma durante tres segundos eternos.

Y entonces mi mano se desliza bajo el elástico de mis bragas.

El primer roce me arranca un jadeo que suena demasiado alto en el silencio de la habitación. Estoy empapada. Tan sensible que el más mínimo contacto hace que se me arquee la espalda contra el colchón.

Cierro los ojos y me permito imaginar.

Imagino que no son mis dedos los que me están tocando. Que son los suyos. Esas manos enormes, callosas, que me sujetaron con tanta fuerza aquella noche en su camioneta. Que me llenaron. Que me hicieron sentir cosas que no sabía que podía sentir.

Mis dedos encuentran mi clítoris y empiezo a frotarlo en círculos que son demasiado suaves, demasiado delicados. No como lo haría él. Él sería más duro. Más exigente. Me tocaría como si tuviese todo el derecho del mundo a hacerlo.

Como si yo fuese suya.

Meto un dedo dentro de mí, y el sonido húmedo que hace me arranca un gemido que no puedo contener.

Necesito más.

Añado un segundo dedo, estirándome, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. Porque mis dedos no son como los suyos. No llenan. No alcanzan ese punto dentro de mí que solo él ha encontrado.

—Henry —gimo otra vez, más alto esta vez, bombeando mis dedos dentro de mí con una urgencia que bordea la desesperación.

Y entonces oigo un sonido que hace que se me pare el corazón.

Un golpe.

Algo cayendo al suelo en el pasillo.

Me quedo completamente inmóvil, con los dedos todavía dentro de mí y el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

¿Ha sido…?

¿Me ha oído?

El silencio se extiende durante tres segundos eternos.

Y entonces la puerta de mi habitación se abre.

No despacio. No con cuidado.

Se abre de golpe, chocando contra la pared con un estruendo que me sobresalta.

Y ahí está Henry.

De pie en el umbral, con los pantalones del pijama colgando peligrosamente bajo de sus caderas, el pecho desnudo subiendo y bajando con respiraciones que suenan como si acabase de correr un maratón, los ojos tan oscuros que casi parecen negros, y una erección tan grande y evidente presionando contra la tela del pantalón que es imposible no verla.

Me está mirando.

Me está mirando con mis dedos todavía dentro de mí, con las piernas abiertas, con la prueba evidente de lo que estaba haciendo brillando en la luz tenue de la lámpara.

Debería sentir vergüenza. Debería cubrirme. Debería decir algo.

Pero no puedo.

No puedo hacer nada excepto mirarlo mientras él me mira a mí, y el aire entre nosotros se vuelve tan espeso que casi puedo saborearlo.

—Ellie —dice, y su voz suena destrozada—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —consigo responder, aunque mi voz sale temblorosa.

Henry da un paso hacia la cama. Luego otro. Sus ojos no se apartan de donde mis dedos siguen enterrados dentro de mí.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —pregunta.

—Toda la noche.

—¿Toda la noche?

—No puedo dormir —admito, y las palabras salen atropelladas—. No puedo pensar en otra cosa. Es este embarazo. Me tiene todo el día… así. Necesitada.

Henry aprieta los puños a los lados.

—¿Y por qué no has venido a buscarme?

La pregunta me desarma completamente.

—¿Qué?

—Si necesitabas esto —hace un gesto hacia mí—. ¿Por qué no has venido a buscarme?

—Porque tú… porque nosotros… porque no sé si…

—Quita los dedos —me interrumpe.

—¿Qué?

—He dicho que quites los dedos —repite, y hay algo en su voz que hace que mi cuerpo obedezca antes de que mi cerebro pueda procesar la orden.

Retiro mis dedos lentamente, y el movimiento me arranca un gemido.

Henry se acerca a la cama y se arrodilla junto a mí, tan cerca ahora que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, y me coge de la mano. La mano que estaba tocándome. La que todavía brilla con mi humedad.

Y entonces se lleva mis dedos a la boca.

Los chupa.

Uno por uno, limpiándolos con su lengua mientras me mira directamente a los ojos, y el gesto es tan obsceno, tan erótico, que siento cómo vuelvo a empaparme instantáneamente.

—A partir de ahora —dice cuando termina, soltando mi mano—. Cuando necesites esto, vienes a mí. ¿Entendido?

—¿Y tú qué? —pregunto, señalando el bulto evidente en sus pantalones—. ¿Qué pasa contigo?

—Yo no importo.

—Sí importas.

—No —me interrumpe con firmeza—. Esto es para ti. Para asegurarme de que estás cómoda. De que tienes lo que necesitas.

Me coge de los tobillos con manos que tiemblan ligeramente y me arrastra hacia el borde de la cama hasta que mi culo queda justo en el borde del colchón.

—Abre las piernas —ordena.

Obedezco, separando los muslos, y puedo ver cómo se le oscurecen todavía más los ojos cuando me ve completamente expuesta ante él.

—Joder —gruñe—. Eres preciosa. Tan jodidamente preciosa que no sé cómo he aguantado sin tocarte todo este tiempo.

Se inclina hacia delante, y puedo sentir su aliento caliente contra el interior de mi muslo.

—Henry —jadeo—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a devorarte —me interrumpe—. Y vas a correrte en mi boca hasta que te olvides de tu propio nombre.

Y entonces su boca está sobre mí.

El primer contacto de su lengua me arranca un grito. Es caliente, húmeda, y me lame desde la entrada hasta el clítoris con una lentitud deliberada que me está volviendo loca.

—Dios —jadeo, enredando mis dedos en su pelo y tirando.

Henry gruñe contra mí, y la vibración hace que vea estrellas. Repite el movimiento. Una vez. Dos. Tres. Lamiéndome como si fuese su comida favorita y tuviese todo el tiempo del mundo para saborearme.

—Más —suplico, moviendo mis caderas contra su cara—. Por favor, Henry, necesito más.

Su respuesta es hundir la lengua dentro de mí.

Profundo. Tan profundo que puedo sentirla tocando ese punto que hace que se me doblen los dedos de los pies. La mueve dentro de mí, follándome con su lengua mientras sus manos me sujetan los muslos con tanta fuerza que sé que voy a tener marcas mañana.

Y no me importa.

No me importa nada excepto esto. Excepto su boca sobre mí. Excepto el placer que se acumula bajo en mi vientre como lava a punto de explotar.

—Henry —jadeo—. Estoy… voy a…

Saca la lengua y la reemplaza con sus dedos. Dos de ellos, hundiéndose dentro de mí con un ángulo perfecto mientras su boca se cierra alrededor de mi clítoris.

Y entonces succiona.

Fuerte.

El orgasmo me golpea como un rayo, arrancándome un grito que definitivamente va a oírse por toda la cabaña. Mi cuerpo entero se tensa, arqueándose contra su boca, mientras las oleadas de placer me atraviesan una tras otra sin descanso.

Henry no se detiene. Sigue chupando, lamiendo, bombeando sus dedos dentro de mí, prolongando cada segundo hasta que estoy sollozando de lo intenso que es.

—No puedo más —jadeo finalmente—. Henry, no puedo…

Solo entonces se aparta, besando el interior de mis muslos con una ternura que contrasta completamente con la intensidad de hace un segundo.

Cuando levanto la vista, lo veo arrodillado entre mis piernas con la boca brillante por mi humedad y una expresión tan intensa que hace que se me corte la respiración.

—Preciosa —murmura—. Eres tan preciosa cuando te corres que me estás matando.

Alargo la mano hacia él otra vez, decidida, y esta vez consigo rozar el bulto en sus pantalones antes de que pueda apartarse.

Está duro como una piedra. Caliente incluso a través de la tela. Y cuando lo toco, Henry suelta un gemido gutural que hace que se me contraiga todo.

—Ellie —empieza, pero no termina la frase.

—Déjame —suplico, deslizando la mano bajo el elástico de sus pantalones—. Por favor. Déjame tocarte.

Mis dedos rozan su piel, y Henry se pone rígido.

—No —dice, apartándose tan bruscamente que casi pierde el equilibrio—. No puedo.

—¿Por qué no? —pregunto, y puedo oír la frustración en mi voz—. Acabo de correrme gracias a ti. ¿Por qué no puedo devolvértelo?

—Porque esto no funciona así.

—¿Cómo que no funciona así? —me incorporo en la cama, tirando de mi camiseta hacia abajo—. Tú me das placer y yo no puedo hacer nada por ti. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí —responde, aunque el bulto obsceno en sus pantalones dice lo contrario—. Eso es exactamente lo que quiero.

—Mentira.

—Ellie.

—¿Por qué? —exploto—. ¿Por qué puedes tocarme tú pero yo no puedo tocarte a ti? ¿Por qué te niegas a dejar que te dé placer?

Henry se pasa las manos por el pelo, respirando con tanta fuerza que suena como si le doliera.

—Porque si te dejo tocarme —dice finalmente, y su voz sale tan baja que casi no la oigo—. Si te dejo hacerme eso no voy a poder parar. Y esto tiene que ser solo sobre ti.

—¿Por qué?

—Porque tú eres la que está embarazada —replica—. Tú eres la que está cambiando su cuerpo. La que va a parir a nuestra hija. Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que estás cómoda. De que tienes lo que necesitas.

—Pero yo necesito…

—Buenas noches, Ellie —me interrumpe, girándose hacia la puerta con movimientos bruscos.

—Henry, espera…

Pero no espera.

Sale de mi habitación y cierra la puerta detrás de él, dejándome ahí sentada en la cama con el cuerpo todavía vibrando del placer y un vacío en el pecho que no tiene nada que ver con el sexo.

Me dejo caer contra las almohadas, mirando el techo, intentando procesar lo que acaba de pasar.

Henry me ha devorado como si fuese su última comida.

Y luego se ha ido como si no significase nada.

Como si él no necesitase nada a cambio.

Pero eso es mentira. He visto cómo me miraba. He sentido cómo temblaba cuando lo he tocado. He visto ese bulto obsceno presionando contra sus pantalones.

Me desea.

Tanto como yo lo deseo a él.

Entonces ¿por qué se niega a dejar que lo toque? ¿Por qué insiste en que esto solo puede ser sobre mí?

Me giro de lado, abrazando una almohada contra mi pecho, y dejo que mi mente divague.

¿Y si esto pudiese ser más?

¿Y si empezásemos a tener sexo regularmente? No solo estos momentos robados donde él me da placer y luego huye. Sino sexo de verdad. Donde los dos recibimos. Donde los dos damos.

¿Y si eso nos llevase a algo más?

¿Y si pudiésemos tener una relación real? No solo este arreglo extraño donde vivimos juntos, criamos a un hijo juntos, pero no estamos juntos de verdad.

La idea se instala en mi cabeza como una semilla.

Peligrosa. Tentadora. Probablemente destinada a romperme el corazón.

Pero no puedo dejar de pensar en ello.

En cómo sería despertar cada mañana con Henry a mi lado. En cómo sería besarlo cuando quisiera. En cómo sería tener el derecho de tocarlo sin que huya.

En cómo sería que me quisiera.

De verdad. No solo como la madre de su hija. Sino como mujer. Como Ellie.

Suena demasiado bonito para ser verdad.

Probablemente porque lo es.

Henry ha dejado muy claro desde el principio que esto no puede ser sobre nosotros. Que tiene que ser sobre el bebé. Sobre hacer lo correcto. Sobre responsabilidad.

Nunca sobre amor.

Pero quizás…

Quizás si lo provoco. Si lo tiento. Si lo empujo hasta que no pueda resistirse más.

Quizás entonces caiga.

Y quizás entonces pueda tener lo que realmente quiero.

No solo su cuerpo.

Sino su corazón.

Me incorporo en la cama, con una determinación que no sabía que tenía, y me juro a mí misma que voy a intentarlo.

Voy a seducir a Henry Wellington.

Voy a conseguir que se acueste conmigo de nuevo.

Y voy a demostrarle que esto —lo que sea que hay entre nosotros — vale la pena luchar por ello.

Aunque me lleve el resto del embarazo conseguirlo.

Aunque me rompa el corazón en el proceso.

Porque la alternativa es seguir así. Viviendo bajo el mismo techo. Criando a un hijo juntos. Pero sin tenerlo de verdad.

Y eso me está matando.

Me levanto de la cama y me acerco a la ventana, mirando los pinos que se mecen con el viento nocturno. La luna está casi llena, creando sombras plateadas sobre el bosque, y por un momento me permito imaginar un futuro diferente.

Uno donde Henry me besa cada mañana antes de irse a trabajar. Donde cenamos juntos y hablamos de nuestro día. Donde nos acostamos juntos todas las noches, con su mano sobre mi tripa y su cuerpo calentándome la espalda.

Donde somos una familia de verdad.

No solo en papel. No solo por el bebé.

Sino porque nos queremos.

La imagen es tan clara, tan perfecta, que me duele el pecho solo con pensarla.

Porque sé que probablemente nunca va a pasar.

Sé que Henry tiene demasiados muros levantados. Demasiadas heridas sin sanar. Demasiado miedo de dejar entrar a alguien.

Pero voy a intentarlo de todas formas.

Porque cuando me voy a dormir esa noche, con el cuerpo todavía vibrando del placer que Henry me ha dado y el corazón latiéndome con una mezcla de esperanza y terror, me doy cuenta de algo.

No puedo seguir así.

No puedo seguir viviendo a medias. Queriendo algo que no puedo tener. Conformándome con migajas cuando lo que quiero es el banquete completo.

Así que voy a luchar.

Voy a luchar por él. Por nosotros. Por esta familia que podríamos ser si él me dejase entrar.

Y si al final me rechaza, si al final me dice que nunca voy a ser más que la madre de su hija…

Al menos sabré que lo intenté.

Que no me rendí sin pelear.

Que aposté por algo real en lugar de conformarme con la seguridad de no sentir nada.

Me acurruco bajo las sábanas, con la mano sobre mi tripa donde nuestra hija duerme, y me permito soñar.

Con un futuro donde Henry me quiere tanto como yo lo quiero a él.

Donde nos despertamos juntos. Donde nos reímos juntos. Donde criamos a nuestra hija juntos no porque tengamos que hacerlo, sino porque queremos.

Es un sueño peligroso.

Pero es mío.

Y no pienso renunciar a él sin luchar.

CAPÍTULO 24

ELLIE

Llevo tres días planeando esto.

Tres días observando a Henry. Estudiando sus patrones. Memorizando cada gesto que delata cuándo está a punto de perder el control.

La forma en que aprieta la mandíbula cuando me mira demasiado tiempo. Cómo se le oscurecen los ojos cuando me inclino y puede ver el escote de mi camiseta. El modo en que sus manos se cierran en puños cuando paso cerca de él y mi perfume lo envuelve.

Tres días preparándome mentalmente para lo que voy a hacer esta noche.

Para seducir a Henry Wellington.

Es viernes por la noche. Henry ha llegado a casa hace una hora, se ha duchado —puedo oler su jabón desde aquí, ese aroma a cedro que se me ha metido en la piel— y ahora está en el salón. Puedo oírlo moviéndose, el crujido del sofá de cuero cuando se sienta, el sonido de páginas pasando.

Estoy en mi habitación, de pie frente al espejo, mirándome.

Llevo puesta una de sus camisetas viejas. Una gris desgastada que me llega hasta medio muslo y que he sacado de su cesta de ropa limpia esta tarde. La tela huele a él, a su detergente, a esa mezcla de aire fresco y pino que siempre lleva pegada.

Y no llevo nada más.

Ni bragas. Ni sujetador. Solo esta camiseta y mi piel desnuda debajo.

Mi reflejo me devuelve la mirada con ojos muy abiertos y mejillas sonrojadas. Puedo ver cómo se me marcan los pezones a través de

la tela, ya duros por la anticipación. Cómo el tejido se pega a mi tripa, ahora claramente visible.

Me muerdo el labio, sintiendo cómo se me cierra el estómago con nervios y excitación a partes iguales.

Puedo hacerlo.

Voy a hacerlo.

Respiro hondo tres veces, intentando calmar el corazón que me late tan fuerte que estoy segura de que va a salirse de mi pecho, y salgo de la habitación.

El pasillo está en penumbra, solo iluminado por la luz que viene del salón. Mis pies descalzos no hacen ningún ruido sobre la madera mientras avanzo despacio, deliberadamente, hacia donde está Henry.

Me detengo en el umbral del salón y lo observo un momento.

Está sentado en el sofá con las piernas estiradas, un libro abierto en el regazo, y esa expresión concentrada que hace que se le frunza el ceño. Lleva puestos unos pantalones de pijama que cuelgan peligrosamente bajo de sus caderas, y nada más. El pecho desnudo, los músculos marcándose bajo la piel cada vez que respira, el vello oscuro que desciende desde su ombligo hasta desaparecer bajo el elástico.

Es tan guapo que me duele mirarlo.

Y va a ser mío.

Esta noche, va a ser completamente mío.

Entro en el salón con pasos lentos, y Henry debe sentir mi presencia porque levanta la vista del libro.

Y se queda completamente inmóvil.

Puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de lo que llevo puesto. De lo que no llevo puesto. Cómo sus ojos se deslizan desde mi cara hasta mi pecho —donde los pezones se marcan obscenamente a través de la tela— y luego más abajo, hasta mis piernas desnudas.

El libro se le resbala de las manos y cae al suelo con un golpe sordo.

—Cameron —dice, y su voz sale ronca—. ¿Qué haces?

—No podía dormir —lo interrumpo, caminando hacia la cocina que está justo al lado del salón—. Voy a por agua.

Paso por delante de él deliberadamente cerca, lo suficiente como para que mi perfume lo envuelva, y puedo oírlo tragar saliva.

Llego a la cocina y abro la nevera, inclinándome más de lo necesario para coger una botella de agua del estante inferior. La camiseta se me sube con el movimiento, dejando al descubierto la curva inferior de mi culo.

Puedo sentir su mirada clavada en mí como si me estuviese tocando con las manos.

Cojo la botella con dedos que tiemblan ligeramente —por nervios, por excitación, por la certeza de que esto va a cambiar todo— y me incorporo despacio. Muy despacio.

Cierro la nevera y me giro, apoyándome contra la encimera, y entonces abro la botella. Bebo un sorbo largo, dejando que una gota se escape y baje por mi barbilla hasta mi cuello.

Henry está de pie ahora. Ha dejado el sofá y está junto al umbral que separa el salón de la cocina, con las manos apretadas en puños a los lados de su cuerpo y una expresión en la cara que hace que se me acelere el pulso.

—Ellie —dice, y su voz suena como un gruñido bajo—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Beber agua —respondo con toda la inocencia que puedo fingir —. Tenía sed.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—No tengo ni idea —replico, bebiendo otro sorbo—. ¿De qué hablas?

Henry da un paso hacia mí. Sus ojos no se apartan de la gota de agua que sigue bajando por mi cuello.

—Estás jugando con fuego.

—¿Ah, sí?

—Sí —confirma, y su voz ha bajado hasta convertirse en algo peligroso—. Y si sigues así, te vas a quemar.

—Quizás quiero quemarme.

Dejo la botella en la encimera detrás de mí y me cruzo de brazos de forma deliberada, sabiendo que el gesto tensa la camiseta sobre mi pecho, haciendo que se me marquen todavía más los pezones.

Henry se queda mirando fijamente, y puedo ver cómo se le tensa la mandíbula.

—Esa es mi camiseta.

—Lo sé.

—¿Por qué la llevas puesta?

—Porque me gusta cómo huele —admito—. Huele a ti.

Veo cómo traga saliva.

—Ellie.

—¿Quieres que me la quite? —pregunto, llevando las manos al borde de la tela.

—No.

—¿No?

—No lo hagas —dice, pero hay súplica en su voz—. No me provoques más.

—¿Por qué no? —doy un paso hacia él—. ¿Qué va a pasar si lo hago?

Henry retrocede, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Voy a perderte el control.

—Bien —replico, dando otro paso—. Piérdelo. Quiero que lo pierdas.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé —insisto—. Sé exactamente lo que estoy diciendo. Llevo días pensando en esto. En ti. En nosotros. En cómo fue aquella noche en tu camioneta.

Otro paso más. Estamos tan cerca ahora que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo.

—No estoy jugando, Henry —susurro—. No estoy intentando provocarte por diversión. Te deseo. De verdad. Y sé que tú también me deseas.

Señalo el bulto evidente en sus pantalones.

—Puedo verlo. Cada vez que estás cerca de mí. Cada vez que me miras. Te pones duro y luego huyes. Y estoy cansada de eso. Estoy cansada de quererte y no poder tenerte.

—Joder, Ellie.

—No —lo interrumpo, colocando una mano sobre su pecho desnudo y sintiendo cómo late su corazón, descontrolado—. Esta vez

no vas a huir. Esta vez vas a quedarte y vamos a terminar lo que hemos empezado.

Henry me mira con una intensidad que hace que se me olvide cómo respirar.

—¿Y después qué? —pregunta con voz tensa—. ¿Después de que te folle hasta que no puedas caminar? ¿Después de que te haga gritar mi nombre? ¿Qué pasará después?

—No lo sé —admito con honestidad brutal—. Pero quiero averiguarlo. Contigo.

El silencio se extiende entre nosotros, tan cargado que casi chisporrotea.

Y entonces Henry hace la pregunta que sé que ha estado atormentándolo.

—¿No te da asco? —pregunta en voz baja—. Mi pierna. ¿No te da asco que me falte un trozo?

Y ahí está.

Su mayor miedo. Su mayor inseguridad. La razón por la que me mantiene a distancia a pesar de desearme.

Lo miro. Realmente lo miro. Veo el miedo desnudo en sus ojos. La vergüenza que intenta ocultar. La certeza absoluta de que voy a decir que sí. Que voy a confirmar que es menos. Que no es suficiente. Que está roto de una forma que no puede arreglarse.

Y algo dentro de mí se rompe también.

—Eres un idiota —digo con firmeza, subiendo mi otra mano hasta su cara y obligándolo a mirarme—. Un idiota integral si piensas eso siquiera por un segundo.

—Ellie…

—No —lo interrumpo—. Vas a escucharme y no vas a interrumpirme hasta que termine. ¿Entendido?

Henry asiente, y puedo ver cómo le late un músculo en la mandíbula.

—Eres el hombre más sexy que he conocido en mi vida —digo, y dejo que cada palabra se grabe en él—. El más fuerte. El más cariñoso, aunque intentes ocultarlo detrás de toda esa hostilidad. Eres brillante y divertido cuando te dejas serlo. Eres un padre

increíble para una niña que todavía no ha nacido. Y el hecho de que te falte un trozo de pierna no cambia absolutamente nada de eso.

Deslizo mi mano desde su pecho hasta su abdomen, sintiendo cómo se le contraen los músculos bajo mis dedos.

—De hecho —continúo, bajando la voz hasta convertirla en algo oscuro—. Me pones todavía más cachonda sabiendo todo lo que has sobrevivido. Todo lo que has superado. Cada cicatriz que tienes me recuerda lo fuerte que eres. Lo valiente. Lo jodidamente perfecto.

Me pongo de puntillas, acercando mi boca a la suya hasta que nuestros labios casi se tocan.

—Así que si no puedes ver eso —susurro—. Si no puedes ver lo increíble que eres. Es tu problema, Wellington. No el mío.

Y entonces lo beso.

Henry se queda completamente paralizado durante un segundo eterno.

No se mueve. No respira. Solo está ahí, con mis labios presionados contra los suyos y mis palabras todavía flotando en el aire entre nosotros.

Como si acabase de decirle algo que ha roto todos sus esquemas.

Como si en vez de decirle algo bonito lo hubiese golpeado con un martillo.

Y entonces explota.

Sus manos me cogen de la cintura con tanta fuerza que me arranca un jadeo, levantándome del suelo como si no pesase nada, y me sienta en la encimera de la cocina con un movimiento que hace temblar los platos.

Se coloca entre mis piernas, separándolas con sus caderas, y me devuelve el beso con una intensidad que me deja sin aire.

No es tierno. No es delicado.

Es pura necesidad desesperada.

Me devora como si llevase años hambriento y yo fuese su primera comida en meses. Su lengua invade mi boca, reclamando, dominando, exigiendo una rendición que le doy sin pensarlo.

Enredo mis dedos en su pelo y tiro con fuerza, arrancándole un gruñido que vibra a través de todo mi cuerpo y se asienta bajo en mi vientre como fuego líquido.

—Llevo semanas soñando con esto —dice contra mis labios, y su voz suena destrozada—. Semanas imaginándome follándote en cada superficie de esta casa.

Sus manos se deslizan bajo la camiseta, subiendo por mis costados con una lentitud tortuosa, y cuando sus pulgares rozan la parte inferior de mis pechos, me arqueo hacia él buscando más contacto.

—Henry —jadeo—. Por favor.

—¿Por favor qué? —pregunta, deteniéndose justo antes de tocarme donde más lo necesito—. Usa tus palabras, cariño. Dime exactamente qué quieres.

—Tócame —suplico, y no me importa lo desesperada que sueno —. Toca mis pechos. Por favor.

—¿Así? —pregunta, cerrando finalmente las manos alrededor de ellos.

El placer me atraviesa como un rayo.

—Sí —jadeo—. Dios, sí.

Henry me amasa con una firmeza que bordea el dolor, pellizcando los pezones entre sus dedos hasta que estoy gimiendo sin control.

—Los tienes tan sensibles —murmura, bajando la cabeza para tomar uno en su boca—. ¿Es por el embarazo?

No puedo responder. No puedo hacer nada excepto arquearme contra él mientras su lengua se enrosca alrededor de mi pezón, chupando, mordiendo suavemente, enviando descargas de placer directamente a mi centro.

—Respóndeme —ordena contra mi piel.

—Sí —consigo jadear—. Todo está más sensible. Todo el tiempo.

—Joder —gruñe, pasando al otro pecho y dándole el mismo tratamiento tortuoso—. Eso significa que puedo hacerte esto…

Muerde con más fuerza, y el grito que se me escapa es medio dolor, medio placer.

—Y sentirlo aquí.

Su mano se desliza entre mis muslos, encontrándome empapada y palpitante.

—Estás tan mojada —dice con admiración oscura—. ¿Esto también es por el embarazo?

—Es por ti —admito, porque ya no tiene sentido seguir mintiéndonos—. Todo es por ti, idiota.

Henry levanta la cabeza para mirarme, y lo que veo en sus ojos hace que se me corte la respiración.

Hambre. Pura, cruda, devastadora.

—¿Sabes lo que me haces? —pregunta, deslizando un dedo por mi entrada sin llegar a penetrarme—. ¿Tienes alguna puta idea de lo duro que me pones solo con existir?

—Enséñamelo —lo desafío.

Henry me coge de las muñecas con una mano —solo una, porque es lo suficientemente grande como para sujetarme las dos— y me las coloca por encima de la cabeza, inmovilizándome contra los armarios que tengo detrás.

—No te muevas —ordena—. Mantén las manos ahí.

—¿Y si no quiero?

—Entonces paro —dice con simplicidad devastadora—. Y te dejo así. Mojada. Necesitada. Sin alivio.

Trago saliva.

—Eres un capullo.

—Lo sé —confirma con una sonrisa oscura—. ¿Vas a ser buena?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, voy a ser buena.

—Buena chica.

Me suelta las muñecas, pero mantengo las manos donde están, y Henry baja la mirada con aprobación.

—Ahora —dice, deslizando ambas manos por mis muslos—. Vamos a ver cuántas veces puedo hacerte que te corras antes de follarte.

—¿Cuántas…? —empiezo, pero pierdo el hilo del pensamiento cuando mete dos dedos dentro de mí de golpe y me hace alcanzar las estrellas.

El grito que suelto resuena por toda la cocina.

—Una —cuenta con satisfacción, bombeando dentro de mí con un ritmo que es todo menos delicado.

—Dios —jadeo, luchando contra el impulso de bajar las manos y agarrarme a él.

—Cada mañana —dice, añadiendo un tercer dedo que me estira hasta el límite—. Me despierto duro pensando en ti. En cómo gemiste mi nombre aquella noche. En cómo te sentiste apretándome cuando te corriste.

Su pulgar encuentra mi clítoris y presiona, y el placer se intensifica hasta volverse casi insoportable.

—Cada noche —continúa, bombeando más rápido—. Me masturbo en la ducha imaginando que eres tú la que me toca. Que es tu boca la que está alrededor de mi polla. Que son tus manos las que me hacen correr.

—Henry —jadeo, sintiendo cómo el orgasmo se acerca como una avalancha.

—Y cada segundo que paso cerca de ti —gruñe, curvando los dedos dentro de mí hasta encontrar ese punto que hace que vea estrellas—. Tengo que luchar contra las ganas de arrancarte la ropa y follarte hasta que grites mi nombre y todo el pueblo sepa que eres mía.

El orgasmo me golpea como un tren.

Mi cuerpo entero se convulsiona, apretándose alrededor de sus dedos con tanta fuerza que duele, y las oleadas de placer me atraviesan una tras otra sin piedad.

—Eso es —dice Henry con satisfacción oscura—. Córrete en mis dedos. Déjame sentir cómo me aprietas.

Cuando finalmente bajo del precipicio, estoy temblando tanto que tengo que agarrarme al borde de la encimera para no caerme.

Henry retira sus dedos despacio, arrancándome un gemido.

—Podría pasarme horas comiéndote y nunca sería suficiente —dice cuando termina.

—Entonces hazlo —lo desafío, aunque mi voz sale temblorosa—. Cómeme.

Henry sonríe. Es una sonrisa oscura, prometedora, que hace que se me erice toda la piel.

—¿Estás segura? Porque una vez que empiece, no voy a parar hasta que me supliques que no puedes más.

—Estoy segura.

—Buena chica.

Se inclina y cumple su promesa.

El primer contacto de su lengua me arranca un grito que probablemente despierte a los animales del bosque.

Me lame con lentitud tortuosa y luego repite el movimiento una y otra vez hasta que estoy gimiendo sin control.

—Tan dulce —murmura contra mí—. Tan jodidamente dulce.

Hunde la lengua dentro de mí, y el placer es tan intenso que bajo las manos instintivamente, enredándolas en su pelo.

Henry levanta la cabeza inmediatamente.

—He dicho que no te movieras.

—No puedo… necesito agarrarme a algo…

—Agárrate al borde de la encimera —ordena—. Las manos ahí. O paro.

Obedezco con un gemido frustrado, y Henry vuelve a su tarea con renovado entusiasmo.

Me devora como si fuese lo único que necesita para vivir. Su lengua se mueve dentro de mí, follándome con una precisión que me está volviendo loca, mientras sus manos me sujetan las caderas.

—Henry —jadeo—. Estoy cerca otra vez.

—Lo sé —dice contra mí—. Puedo sentir cómo palpitas. Cómo te aprietas. Vas a correrte en mi boca, ¿verdad, cariño?

—Sí.

—Hazlo entonces —ordena—. Córrete. Ahora.

Y mi cuerpo obedece.

Este orgasmo es todavía más intenso que el primero, arrancándome sollozos mientras me convulsiono contra su boca. Henry no se detiene, prolongando cada segundo hasta que estoy suplicándole que pare porque es demasiado, demasiado intenso.

Solo entonces se aparta, besando el interior de mis muslos con ternura inesperada.

—Tres —cuenta, levantándose con los labios brillantes por mi humedad—. Vamos a por el cuarto.

—No puedo más…

—Sí puedes —me interrumpe, cogiéndome en brazos con facilidad sorprendente.

Me lleva al salón y me tumba en el sofá, siguiéndome hacia abajo hasta que su cuerpo cubre el mío completamente.

—Una cosa más —dice, mirándome con seriedad repentina—. ¿Estás segura de que puedo follarte con seguridad? Con el bebé.

—El médico dijo que sí —lo tranquilizo—. Que es completamente seguro.

—¿Segura?

—Segurísima —confirmo—. Ahora deja de hablar y fóllame.

Henry gruñe, bajándose los pantalones lo justo para liberar su erección, y entonces la siento. La punta presionando contra mi entrada.

—Mírame —ordena—. Quiero que me veas cuando te llene.

Abro los ojos que no me había dado cuenta de que había cerrado, y lo encuentro mirándome con una intensidad que me quema por dentro.

—Quiero que sepas exactamente quién te está haciendo sentir así —dice—. Quién es el único que puede tenerte así.

Y entonces se hunde dentro de mí.

Lento esta vez. Centímetro a centímetro. Dejándome sentir cada pulgada mientras me estira, me llena, me completa de una forma que va más allá de lo físico.

—Joder —gruño, arqueándome contra él—. Henry.

—Dime cómo se siente —exige, deteniéndose cuando está completamente dentro—. Dime lo que te hago sentir.

—Llena —jadeo—. Me siento tan llena. Tan completa. Como si estuvieses hecho para mí.

—Porque lo estoy —dice con voz feroz—. Estoy hecho para ti. Esta polla está hecha para tu coño. Para llenarte. Para hacerte gritar.

Empieza a moverse entonces. Despacio al principio, casi con reverencia, como si estuviese memorizando cada sensación.

Pero yo no quiero que lo haga lento.

Quiero que me folle hasta olvidar mi nombre.

—Más rápido —suplico—. Más fuerte. No voy a romperme.

—¿Estás segura?

—Estoy embarazada, no enferma —replico—. Fóllame como quieres follarme de verdad.

Algo salvaje se enciende en sus ojos.

—Ten cuidado con lo que pides —advierte.

Y entonces se suelta.

Me folla contra el sofá con embestidas brutales que hacen que todo el mueble se sacuda. Profundo. Duro. Sin piedad.

—Así —jadeo, clavando las uñas en sus hombros—. Henry, sí, así.

Henry baja la cabeza para morder mi cuello, justo donde el pulso late descontrolado, y el dolor mezclado con el placer hace que vea estrellas.

—Eres mía —gruñe contra mi piel—. Dilo.

—¿Qué?

Se detiene completamente, enterrado hasta el fondo dentro de mí, y me mira con ojos que arden.

—Di que eres mía —repite—. Quiero oírlo salir de tu boca.

—Soy tuya —jadeo, porque en este momento es la verdad más absoluta del universo—. Toda tuya.

—Joder, sí —gruñe, y vuelve a moverse con renovada ferocidad.

Una de sus manos se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando mi clítoris y frotándolo en círculos que son perfectos, devastadores, exactamente lo que necesito.

—Córrete —ordena—. Quiero sentirte apretándome cuando te corras en mi polla. Quiero sentir cómo me ordeñas.

El orgasmo me golpea como un tsunami.

Mi cuerpo entero se convulsiona, cada músculo tensándose hasta el punto de dolor, y el grito que se me escapa es tan fuerte que estoy segura de que se oye hasta la carretera.

Henry gruñe en mi boca, sus embestidas se vuelven erráticas, y entonces lo siento. El calor de su liberación llenándome, marcándome desde dentro, mientras se derrama con sacudidas que parecen no terminar nunca.

—Ellie —jadea mi nombre como una plegaria—. Joder, Ellie.

Se derrumba sobre mí, con cuidado de no aplastar mi tripa, apoyando la frente en mi hombro mientras ambos intentamos recordar cómo respirar.

El silencio que nos envuelve es pesado. Cargado. Lleno de cosas que ninguno de los dos se atreve a decir.

Deslizo mis dedos por su pelo, húmedo por el sudor, y siento cómo late su corazón contra mi pecho. Tan rápido como el mío. Tan descontrolado.

—Ha sido… —empiezo.

—Increíble —termina por mí, levantando la cabeza para mirarme.

Y por un momento —un momento perfecto, suspendido en el tiempo— veo algo en sus ojos que hace que se me pare el corazón.

Algo que se parece peligrosamente al amor.

Pero entonces parpadea, y desaparece, reemplazado por esa expresión cerrada que ya conozco demasiado bien.

Se retira de mí despacio, y el movimiento me arranca un gemido. Me ayuda a sentarme, y entonces se sube los pantalones con movimientos que son casi bruscos.

—Deberías dormir —dice sin mirarme—. Es tarde.

Y ahí está.

La distancia volviendo a instalarse entre nosotros como un muro.

—Henry.

—Buenas noches, Ellie.

Se va antes de que pueda detenerlo. Antes de que pueda decirle que no quiero que esto sea solo sexo. Que quiero más. Que lo quiero a él.

Me quedo ahí sentada en el sofá, con su liberación todavía dentro de mí y mi cuerpo vibrando de placer, y me doy cuenta de algo que me aterra.

Acabo de conseguir lo que quería.

Me he acostado con Henry otra vez.

Ha sido el mejor sexo de mi vida.

Pero sigo sin tenerlo de verdad.

Y no sé si algún día lo voy a conseguir.

CAPÍTULO 25

ELLIE

Han pasado dos semanas desde aquella noche en la cocina.

Dos semanas en las que Henry y yo hemos caído en un patrón que me está destrozando lentamente desde dentro.

Nos acostamos juntos. Casi todas las noches. A veces en mi cama. A veces en la suya. Una vez contra la pared del pasillo porque no pudimos llegar más lejos.

El sexo es increíble. Devastador. El mejor que he tenido en mi vida.

Henry me conoce de formas que yo misma desconocía. Sabe exactamente dónde tocarme para hacerme gritar. Cómo moverme para que vea estrellas. Qué decirme para que me corra tan fuerte que olvide mi propio nombre.

Pero después…

Después siempre pasa lo mismo.

Se aparta. Se viste. Se va.

Como si nada hubiese pasado. Como si no acabásemos de compartir algo tan íntimo que debería significar más que solo liberación física.

Y yo me quedo ahí, sola, con mi cuerpo todavía vibrando y mi corazón rompiéndose un poco más cada vez.

Porque me he dado cuenta de algo que me aterra.

Amo a Henry Wellington.

Completamente. Irremediablemente. Desesperadamente.

No es solo deseo. No es solo atracción. No es solo que me haga sentir cosas que nunca había sentido.

Es más que eso.

Es cómo cuida de mí sin que tenga que pedírselo. Cómo le habla a nuestra hija todas las noches antes de dormir. Cómo me mira cuando piensa que no me doy cuenta, con una ternura que desaparece en cuanto nuestros ojos se encuentran.

Es todo eso y más.

Y él no se permite sentir lo mismo.

Él no quiere acercarse a mí de esa forma. No quiere que sus sentimientos se involucren en nuestra relación.

Para él esto es solo sexo. Conveniente. Dos personas que viven juntas aliviándose mutuamente porque es más fácil que tener una relación.

Nada más.

Y eso me está matando.

Son las siete de la tarde y estoy sentada en la mesa de la cocina, con un plato de comida que he preparado enfriándose frente a mí, esperando a que Henry llegue a casa.

Como todas las noches.

La puerta se abre finalmente, y lo oigo quitarse las botas en la entrada. Sus pasos pesados acercándose. El sonido de llaves cayendo sobre la mesa del recibidor.

Y entonces aparece en el umbral de la cocina, con el uniforme de guardabosques todavía puesto y esa expresión cansada que siempre tiene al final del día.

—Hola —dice, y su voz suena neutral. Distante.

—Hola —respondo—. He hecho pasta. Tu plato está en el horno, manteniéndose caliente.

Henry asiente, me da las gracias y se dirige hacia el horno, sacando el plato y sentándose frente a mí.

Comemos en silencio.

Un silencio que se ha vuelto demasiado común últimamente. Donde antes había conversaciones —triviales, sí, pero conversaciones al fin y al cabo— ahora solo hay este vacío incómodo.

Porque ya no sabemos cómo hablarnos sin acabar en la cama.

Y cuando estamos en la cama, no hay palabras. Solo gemidos y jadeos y promesas susurradas en el calor del momento que

desaparecen en cuanto termina.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunto finalmente, porque el silencio me está asfixiando.

—Bien. El tuyo.

—Bien también.

Vuelve el silencio.

Henry sigue comiendo, sin levantar la vista del plato, y algo dentro de mí se rompe.

No puedo seguir así.

No puedo seguir fingiendo que esto me parece bien. Que me conformo con migajas cuando lo que quiero es todo.

—Henry —digo, y mi voz sale más firme de lo que me siento—. Tenemos que hablar.

Deja el tenedor en el plato y finalmente me mira.

—¿De qué?

—De esto. De nosotros. De lo que sea que estamos haciendo.

Algo se cierra en su expresión.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que llevamos dos semanas acostándonos juntos —suelto—. Y no hemos hablado ni una sola vez de lo que significa. De si esto va a algún lado. De si tú sientes…

Me detengo, porque las palabras se me atascan en la garganta.

—¿Si siento qué? —pregunta, y su voz ha bajado hasta convertirse en algo peligroso.

—Algo —termino finalmente—. Si sientes algo por mí o si esto es solo conveniente para ti.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con cuchillo.

Henry se levanta de la silla con movimientos bruscos, y puedo ver cómo se le tensan los hombros.

—No hagas esto, Ellie.

—¿Hacer qué? —pregunto, levantándome también—. ¿Preguntarte si sientes algo por mí? ¿Querer saber si esto significa algo para ti?

—Ya sabes lo que significa.

—No —replico, y puedo sentir cómo la frustración me sube por la garganta como bilis—. No lo sé. Porque nunca me dices nada. Nunca hablas de lo que sientes. Solo me follas y luego te vas como si no hubiese pasado nada.

Henry se pasa las manos por la cara.

—Ellie.

—Dime la verdad —lo interrumpo, y puedo oír cómo me tiembla la voz—. ¿Sientes algo por mí? ¿Algo más allá del deseo? ¿O solo soy conveniente porque vivo aquí y estoy embarazada de tu hija?

—No es eso.

—Sí o no, Henry —insisto—. Es una pregunta simple. ¿Sientes algo por mí?

Veo cómo se le tensa la mandíbula. Cómo aprieta los puños. Cómo algo cruza su rostro que desaparece tan rápido que casi pienso que lo he imaginado.

Y entonces dice la peor cosa posible.

—No puedo darte lo que quieres.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué?

—No puedo darte lo que quieres —repite, y hay algo en su voz que suena hueco—. Lo que sea que estás buscando… no puedo dártelo.

—No te estoy pidiendo que…

—Sé lo que me estás pidiendo —me interrumpe—. Y no puedo. Lo siento.

Se gira hacia la puerta, alejándose de mí, y algo dentro de mí se rompe completamente.

—¿Eso es todo? —pregunto, y las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas—. ¿Ni siquiera vas a intentar explicarte? ¿Vas a largarte como haces siempre?

Henry se detiene en el umbral, con la espalda hacia mí, pero no se gira.

—Es mejor así.

—¿Mejor para quién? —exploto—. ¿Para ti? ¿Porque es más fácil huir que enfrentarte a lo que sientes?

—No siento nada.

Las palabras me atraviesan como cuchillos.

—Mentira —susurro—. Estás mintiendo.

—Piensa lo que quieras —dice, y entonces sale de la cocina.

Lo oigo cruzar el salón. Coger las llaves. Abrir la puerta principal.

—¿Adónde vas? —grito, corriendo hacia el recibidor.

—Fuera —responde sin mirarme—. Necesito aire.

—Henry, espera.

Pero no espera.

Sale por la puerta y la cierra detrás de él, y un segundo después oigo el motor de su camioneta arrancando.

Me quedo ahí de pie, en medio del recibidor vacío, con las lágrimas corriendo por mis mejillas y un dolor en el pecho que no tiene nada que ver con el embarazo.

Se ha ido.

Le he preguntado directamente si siente algo por mí y se ha ido.

Lo cual es respuesta suficiente, ¿no?

Me apoyo contra la pared, y me permito llorar.

Llorar por lo estúpida que he sido. Por creer que esto podía ser más. Por enamorarme de un hombre que claramente no puede corresponderme.

Por pensar que quizás, solo quizás, podría tener lo que siempre he querido.

Una familia. Un hogar. Amor real.

Pero Henry no puede darme eso.

No va a dármelo.

Y yo no puedo seguir haciendo esto.

No puedo seguir viviendo en esta casa, acostándome con él, enamorándome más cada día mientras él mantiene las distancias como si yo fuese un problema que resolver.

No puedo seguir rompiéndome por alguien que no me quiere o siente que no puede quererme. Lo mismo me da.

Me separo de la pared con piernas que apenas me sostienen y camino hacia mi habitación. Cojo el teléfono de la mesita de noche con manos que tiemblan, y marco el número de Sage antes de poder arrepentirme.

Responde al tercer tono.

—¿Ellie? —dice, y puedo oír la sorpresa en su voz—. ¿Estás bien?

—No —admito, y mi voz se quiebra—. No, no estoy bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Es el bebé?

—El bebé está bien. Soy yo la que no lo estoy —me detengo, respirando hondo—. Sage, ¿puedo volver? ¿A vivir con vosotros? Sé que es mucho pedir y que ya habéis hecho tanto por mí, pero no puedo seguir aquí.

—Claro que puedes volver —responde inmediatamente, y hay tanta calidez en su voz que me hace llorar más—. Siempre tienes sitio aquí, Ellie. Siempre. ¿Qué ha pasado con Henry?

—Yo… —empiezo, pero no sé cómo explicarlo sin revelar demasiado—. Ha quedado claro que esto no va a funcionar. Vivir juntos. Pensé que quizás podríamos, pero no. No puede ser.

Oigo cómo Sage suspira al otro lado de la línea.

—Lo siento mucho, cariño. Mi hermano es un idiota.

—No es un idiota —la corrijo, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Es solo que no puede darme lo que necesito. Y no es su culpa. Es la mía por esperar algo que nunca iba a pasar.

—No es tu culpa —dice Sage con firmeza—. Gracias por intentarlo. Por intentar estar cerca de él. Ojalá entrase en razón. Ojalá se diese cuenta de lo afortunado que es de tenerte. Ojalá se diese cuenta de que a pesar de todo se merece ser feliz.

Pero no va a hacerlo.

Y yo no puedo seguir esperando a que lo haga.

—¿Cuándo quieres que vayamos a recogerte? —pregunta Sage.

—Mañana. Si es posible.

Antes de que cambie de opinión.

—Mañana a primera hora estaremos ahí —promete—. Dominic y yo. Te ayudaremos con tus cosas.

—Gracias, Sage. De verdad.

—Para eso están las amigas —responde—. Y Ellie, vas a estar bien. Tú y tu niña. Vais a estar bien.

Quiero creerla.

Dios, cómo quiero creerla.

Pero cuando cuelgo el teléfono y me tumbo en la cama, con la mano sobre mi tripa y el sonido del silencio llenando la cabaña vacía,

no puedo evitar sentir que acabo de renunciar a algo que nunca voy a recuperar.

Porque Henry no va a venir a buscarme.

No va a decirme que se ha equivocado. Que me quiere. Que no puede vivir sin mí.

Va a dejarme ir.

Como siempre supe que haría.

Y yo voy a tener que aprender a vivir con eso.

Aunque me mate en el proceso.

Me acurruco bajo las sábanas, todavía con la camiseta de Henry puesta porque soy masoquista, y dejo que las lágrimas caigan sobre la almohada.

Mañana empiezo de nuevo.

Mañana vuelvo a casa de Sage y Dominic.

Mañana me alejo de Henry y de esta vida que pensé que podíamos construir juntos.

Pero esta noche…

Esta noche me permito llorar por lo que podría haber sido.

Por el futuro que imaginé donde nos despertábamos juntos cada mañana. Donde nos besábamos antes de que él se fuese a trabajar. Donde cenábamos hablando de nuestro día. Donde criábamos a nuestra hija juntos no por obligación, sino porque queríamos.

Donde éramos una familia de verdad.

No solo en papel.

Sino en el corazón.

Pero ese futuro nunca va a pasar.

Y tengo que aceptarlo.

Aunque me rompa por dentro.

Me quedo dormida con las lágrimas todavía húmedas en mis mejillas y el sonido de la camioneta de Henry volviendo horas después, cuando ya es casi de madrugada.

Oigo sus pasos en el pasillo. Cómo se detiene frente a mi puerta. El silencio que se extiende durante tres segundos eternos.

Y luego sus pasos alejándose hacia su habitación.

Y sé que ha tomado su decisión.

Igual que yo he tomado la mía.

Mañana me voy.
Y esta vez, no voy a mirar atrás.
Aunque me cueste todo lo que tengo no hacerlo.

CAPÍTULO 26

ELLIE

Sage y Dominic llegan a las nueve de la mañana en punto.

Los he oído aparcar desde mi habitación y he tenido que hacer un esfuerzo consciente para no echarme a llorar otra vez.

Porque esto es real.

Esto está pasando de verdad.

Me voy.

Dejo la cabaña de Henry. Dejo esta vida que pensé que podíamos construir juntos. Dejo la esperanza de que algún día él pudiese quererme como yo lo quiero a él.

He pasado toda la noche despierta. Luego he hecho las maletas con manos que temblaban y el corazón rompiéndose un poco más con cada prenda que doblaba. He sacado toda mi ropa del armario que Henry había vaciado para mí cuando llegué. He recogido mis libros de la estantería. Mis productos de baño del cuarto de baño que tiene cerrojo en la puerta, como pedí.

He borrado cada rastro de mi presencia en esta casa.

Excepto uno.

La camiseta de Henry que llevo puesta. Esa gris desgastada que huele a él y que me he puesto esta mañana porque soy masoquista y necesitaba sentirlo cerca una última vez.

Me la voy a quedar. Aunque sea patético. Aunque sea robar. Aunque me duela cada vez que me la ponga porque me recordará todo lo que podríamos haber sido y nunca seremos.

Oigo el golpe de las puertas del coche cerrándose, y luego pasos subiendo las escaleras del porche.

—¿Ellie? —la voz de Sage atraviesa la puerta—. ¿Estás lista?

No.

No estoy lista.

Nunca voy a estar lista para esto.

Pero abro la puerta de todas formas, porque quedarme aquí esperando a que Henry cambie es solo alargar la agonía.

Sage está de pie en el umbral con una expresión de preocupación tan genuina que se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Dominic está detrás de ella, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido en esa expresión seria que siempre tiene.

—Hola —consigo decir, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía.

—Oh, cariño —Sage cruza el umbral y me envuelve en un abrazo tan apretado que casi no puedo respirar.

Y eso es todo lo que necesito para romperme.

Las lágrimas caen sin control mientras me aferro a ella, y Sage no dice nada. Solo me sostiene, acariciándome el pelo como imagino que hacen las hermanas de verdad, murmurando cosas sin sentido que de alguna forma lo arreglan todo.

—Ya está —susurra finalmente—. Vamos a sacarte de aquí. ¿De acuerdo?

Asiento contra su hombro, incapaz de hablar.

Dominic entra entonces, y su presencia llena la casa de una forma que me hace sentir extrañamente segura. Se acerca a mis maletas sin decir nada y las coge con una facilidad que me recuerda que antes de ser médico de pueblo fue cirujano de élite que levantaba pesas en un gimnasio privado.

—Yo me encargo de esto —dice con voz firme—. Tú sal con Sage cuando estés lista.

Y entonces nos deja solas.

Sage me aparta lo suficiente para mirarme a la cara, limpiándome las lágrimas con los pulgares.

—¿Estás segura de esto? —pregunta en voz baja—. Porque si no lo estás, si hay alguna parte de ti que quiere quedarse podemos esperar. Podemos hablar con Henry. Podemos…

—No —la interrumpo, y las palabras salen con más firmeza de lo que me siento—. No quiero hablar con él. No puedo seguir así, Sage. Me está matando.

Veo cómo se le oscurecen los ojos con comprensión.

—¿Te ha hecho daño?

—No —me apresuro a decir—. Es solo que no puede darme lo que necesito. Y yo no puedo seguir esperando a que pueda.

Sage asiente lentamente.

—¿Y el bebé? ¿Cómo lo vais a hacer?

—Podemos ser padres sin estar juntos —digo, y tengo que obligarme a creer mis propias palabras—. Mucha gente lo hace. No tiene por qué ser complicado.

Aunque ya sé que va a serlo.

Va a ser lo más complicado que he hecho en mi vida.

Criar a una hija con un hombre del que estoy enamorada pero que no puede corresponderme. Verlo todas las semanas cuando venga a visitarla. Compartir cumpleaños y Navidades y todos esos momentos importantes mientras finjo que no me duele que seamos solo dos extraños que comparten una hija.

Va a ser una tortura.

Pero es mejor que esto.

Mejor que vivir con él. Acostarme con él. Enamorarme más cada día mientras él mantiene su corazón bajo llave.

—Vamos —dice Sage finalmente, cogiéndome de la mano—. Vámonos antes de que sea más difícil.

Tiene razón.

Cada segundo que paso aquí hace que todo sea más difícil.

Miro hacia la habitación una última vez. La cama donde hemos dormido juntos. La ventana donde me he quedado mirando el bosque imaginando futuros que nunca van a pasar. El espacio que durante unas semanas se sintió como un hogar.

Y entonces me obligo a salir.

Dominic ya ha metido mis maletas en el coche y está esperando junto a la puerta del conductor con una expresión que no puedo descifrar.

—¿Lista? —pregunta cuando llegamos.

—Sí.

Pero antes de que pueda subir al coche, me giro hacia la cabaña una última vez.

Las ventanas reflejan el sol de la mañana. El humo sale de la chimenea. Los pinos la rodean como guardianes silenciosos.

Es tan hermosa que me duele mirarla.

Porque esta podría haber sido mi casa.

Henry podría haber sido mi hogar.

Pero no puede ser.

Así que me subo al asiento trasero del coche, me abrocho el cinturón, y no miro atrás mientras Dominic arranca y nos alejamos por el camino de tierra.

No miro atrás aunque cada fibra de mi ser me grite que lo haga.

No miro atrás aunque una parte de mí esté rogando que Henry venga y me pida que me quede.

Pero no lo hace.

Y cuando llegamos a la carretera principal y la cabaña desaparece entre los árboles, me permito llorar otra vez.

Llorar por lo que podría haber sido.

Por el amor que sentí pero que nunca fue correspondido.

Por la familia que imaginé pero que nunca va a existir.

Sage se gira desde el asiento del copiloto y me coge la mano, apretándola con fuerza.

No dice nada.

No tiene que hacerlo.

Solo me sostiene la mano durante todo el trayecto de vuelta a su casa, mientras yo miro por la ventana con lágrimas cayendo sin control y un vacío en el pecho que sé que nunca va a llenarse.

Porque he dejado mi corazón en esa cabaña.

Con un hombre que nunca va a poder amarlo.

HENRY

Llego a casa cuando el sol ya se ha puesto.

He pasado todo el día en la montaña, inventándome trabajo que no existía, posponiendo el momento de volver a la cabaña porque no sé cómo estar cerca de ella.

El camino de entrada está vacío cuando aparco. No hay luces encendidas.

Y algo en mi pecho se cierra como un puño.

Bajo de la camioneta con movimientos lentos, como si estuviese caminando hacia mi propia ejecución, y subo las escaleras del porche con piernas que pesan como plomo.

Entro, y el silencio me golpea como una bofetada.

Es un silencio diferente del que normalmente llena esta cabaña. No es el silencio de alguien que está en su habitación. No es el silencio de alguien que está a punto de salir a recibirte.

Es el silencio de un lugar vacío.

—¿Ellie? —llamo de todas formas, porque soy un idiota con esperanza.

Nada.

Solo me responde el eco de mi propia voz rebotando contra las paredes.

Me dirijo hacia su habitación con pasos que suenan demasiado fuertes en el silencio. La puerta está entreabierta, y cuando la empujo completamente, lo que veo confirma lo que ya sabía.

Se ha ido.

El armario está vacío. Las estanterías. El baño. No queda un solo rastro de que Ellie haya vivido aquí.

Excepto su olor.

Su perfume todavía flota en el aire. Esa mezcla cara de flores y algo dulce que se me ha metido en la piel durante todas estas semanas. Que se ha convertido en algo tan familiar como mi propio olor.

Y ahora se está desvaneciendo.

Me siento en el borde de su cama —de la que era su cama— y me quedo mirando la habitación vacía.

Sabía que esto iba a pasar.

Desde el principio lo sabía.

Sabía que tarde o temprano Ellie se daría cuenta de que merecía más. Más de lo que yo podía darle. Más de lo que un hombre roto como yo tiene para ofrecer.

Y ha hecho bien en irse.

Ha hecho lo correcto.

Porque yo solo iba a lastimarla más. Iba a seguir tomando lo que me daba sin poder corresponder. Iba a seguir escondiéndome detrás

de excusas y miedos en lugar de ser el hombre que ella merece.

Ha hecho bien.

Pero joder, duele.

Duele tanto que no puedo respirar.

Me levanto de la cama y salgo de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí porque no puedo seguir mirando ese espacio vacío sin que se me rompa algo por dentro.

Me dirijo a la cocina porque necesito tomar algo. Cualquier cosa. Un vaso de agua. Un trago de whisky. Algo que me ayude a tragar este nudo en la garganta que me está asfixiando.

Abro el armario donde guardo los vasos con manos que tiemblan, y cojo uno al azar.

Y entonces lo veo.

El bol donde comió el helado que yo le traje.

Y algo dentro de mí explota.

El vaso sale volando de mi mano antes de que pueda detenerlo, estrellándose contra la pared con un estruendo que resuena por toda la cabaña. Se hace añicos, esparciendo cristales por todo el suelo de la cocina como lágrimas congeladas.

—Joder —gruño, pasándome las manos por la cara—. Joder, joder, joder.

Me quedo ahí de pie, mirando los cristales brillando bajo la luz de la cocina, y la realidad de lo que acabo de hacer se asienta sobre mí.

He tirado un vaso contra la pared.

Como un puto adolescente con problemas de control.

Como alguien peligroso.

Y eso es exactamente lo que soy, ¿verdad? Alguien peligroso. Alguien que no puede controlar sus emociones. Alguien que no debería estar cerca de nadie.

Especialmente no cerca de Ellie.

Me obligo a respirar. Una vez. Dos veces. Tres.

Y entonces empiezo a recoger los cristales con las manos desnudas, sin molestarme en buscar guantes o una escoba.

El primer corte me atraviesa el dedo índice, y veo la sangre brotar con una claridad extraña. Roja. Brillante. Real.

Sigo recogiendo cristales.

Otro corte en la palma. Otro en el pulgar.

Merezco esto.

Merezco el dolor físico por todo el dolor emocional que le he causado a Ellie. Por ser demasiado cobarde para darle lo que necesita. Por estar demasiado roto para ser lo que ella merece.

Cuando termino de recoger todos los cristales, tengo las manos sangrando y un vacío en el pecho que ninguna herida física puede llenar.

Me lavo las manos bajo el grifo, viendo cómo el agua se tiñe de rosa mientras arrastra la sangre, y me obligo a pensar con claridad.

Necesito saber que está bien.

No voy a acercarme a ella. No voy a suplicarle que vuelva. No voy a hacerle más daño del que ya le he hecho.

Pero necesito saber que está bien. Que ella y el bebé están bien. Necesito saber dónde se está quedando.

Solo eso.

Y luego la dejaré en paz.

Como debería haber hecho desde el principio.

Cojo el teléfono con manos que todavía sangran ligeramente y busco su número.

Marco.

Suena una vez. Dos veces. Tres.

Buzón de voz.

Su voz grabada me atraviesa como una flecha.

«Hola, has llamado a Ellie Cameron. Deja un mensaje y te llamaré en cuanto pueda.»

Cuelgo sin dejar mensaje.

Vuelvo a marcar.

Esta vez suena cinco veces antes de ir al buzón.

Cuelgo otra vez.

Pero llamo una tercera vez. Porque soy un desesperado patético que no sabe cuándo rendirse.

Suena dos veces, y entonces alguien responde.

Pero no es Ellie.

—¿Wellington? —la voz de Dominic atraviesa el teléfono como un cuchillo—. ¿Se puede saber qué coño quieres?

Me quedo completamente inmóvil.

—Yo. Necesito hablar con Ellie.

—Pues Ellie no quiere hablar contigo —replica, y puedo oír la furia contenida en cada palabra—. Así que te voy a pedir amablemente que dejes de llamarla y la dejes en paz.

—Solo necesito saber que está bien.

—¿Ahora te importa si está bien? —suelta una risa amarga—. Qué conveniente, Wellington. Qué oportuno que te preocupes por ella ahora que se ha ido.

—Dominic.

—No —me interrumpe—. No quiero oír tus excusas. No quiero oír cómo justificas haberla tratado como una mierda. Ellie era la mejor amiga de mi hermana. Mi hermana, que está muerta. Y tú la has hecho llorar tanto que apenas puede respirar.

Cada palabra es como un puñetazo.

—Lo sé —consigo decir—. Lo sé y lo siento. Pero solo necesito… joder, Dominic, solo necesito saber que está bien. Que el bebé está bien. Solo eso. Te juro que no voy a acercarme a ella. Voy a dejarla en paz. Solo… dime que está bien.

El silencio al otro lado de la línea se extiende durante tres segundos eternos.

Y entonces Dominic habla, y su voz ha perdido parte de esa furia.

—Está aquí —dice finalmente—. Está bien. El bebé está bien. Ahora déjala en paz, Wellington. Déjala que se recupere de ti.

Y cuelga.

Me quedo ahí de pie, con el teléfono en la mano y las palabras de Dominic resonando en mi cabeza.

Déjala que se recupere de ti.

Como si yo fuese una enfermedad. Un virus del que tiene que curarse.

Y quizás lo soy.

Dejo el teléfono sobre la encimera y me quedo mirando por la ventana hacia la oscuridad del bosque.

Debería ir a dormir. Debería intentar descansar. Debería hacer algo productivo con las próximas horas.

Pero sé que no voy a poder dormir.

Sé que en cuanto cierre los ojos van a volver las pesadillas. El oso. La caída. Dylan gritando mi nombre. Pero esta vez será peor. Esta vez las pesadillas incluirán a Ellie alejándose de mí. Llorando por mi culpa. Desapareciendo hasta que no quede nada excepto el olor de su perfume desvaneciéndose en el aire.

Y no puedo enfrentarme a eso.

No esta noche.

Así que hago lo único que sé hacer cuando el dolor se vuelve insoportable.

Me dirijo al cobertizo donde guardo el hacha y la leña, y empiezo a cortar.

Es casi medianoche. La oscuridad es casi total excepto por la luz del porche que apenas alcanza hasta donde estoy. La temperatura ha bajado hasta rozar la congelación, y puedo ver mi aliento formando nubes blancas en el aire.

Pero no me importa.

No siento el frío. No siento el dolor en el muñón que protesta por el esfuerzo. No siento nada excepto la necesidad de moverme, de hacer algo, de destruir algo que no sea mi propia vida.

Levanto el hacha por encima de mi cabeza y la dejo caer sobre el tronco con toda la fuerza que tengo. El golpe resuena entre los pinos, y la madera se parte limpiamente.

Otro tronco. Otro golpe. Otro.

El sudor empieza a empaparme la camiseta a pesar del frío. Los músculos me arden. Las manos me duelen donde los cristales me cortaron.

Pero sigo.

Porque si paro, si me detengo aunque sea un segundo, voy a tener que enfrentarme a la verdad.

A que he perdido a Ellie.

A que la he alejado yo mismo.

A que ella ha hecho bien en irse porque yo no puedo darle lo que necesita.

Y esa verdad me está matando más que cualquier dolor físico.

Así que sigo cortando leña bajo las estrellas, con el frío mordiéndome la piel y el vacío comiéndome por dentro, hasta que el

agotamiento me vence y tengo que detenerme.

Me apoyo contra el hacha, jadeando, con el cuerpo temblando del esfuerzo, y levanto la vista hacia el cielo nocturno.

Las estrellas brillan con una claridad brutal. Miles de ellas. Millones. Un universo entero que sigue girando sin importar que mi vida se haya desmoronado.

Y me pregunto si Ellie está mirando las mismas estrellas ahora mismo.

Si está pensando en mí.

Si está llorando todavía.

Si se arrepiente de haberse ido.

O si está aliviada de finalmente haberse liberado de mí.

No tengo respuestas.

Solo tengo este vacío. Este dolor. Esta certeza de que he jodido la única cosa buena que me ha pasado en años.

Y no tengo ni puta idea de cómo arreglarlo.

O si siquiera debería intentarlo.

Porque quizás lo mejor que puedo hacer por Ellie es exactamente lo que estoy haciendo.

Dejarla ir.

Dejar que sea feliz sin mí.

Dejar que críe a nuestra hija sin tener que cargar con el peso de mi mierda emocional.

Es lo correcto.

Lo sé.

Pero joder, duele tanto que no sé cómo voy a sobrevivir a esto.

Me obligo a soltar el hacha y camino de vuelta a la cabaña con pasos pesados. Entro, cierro la puerta detrás de mí, y me quedo de pie en medio del salón vacío.

La casa se siente diferente sin ella.

Más fría. Más oscura. Más vacía.

Como mi vida antes de que apareciese.

Y me doy cuenta de algo que me aterra.

No sé cómo volver a vivir sin ella.

No sé cómo despertar cada mañana sabiendo que no está aquí. Que no voy a verla cocinando con mi camiseta puesta. Que no voy a

poder poner la mano sobre su tripa y sentir a nuestra hija moviéndose.

No sé cómo sobrevivir a esto.

Pero voy a tener que aprender.

Porque esta es mi realidad ahora.

Y tengo que aceptarla.

Aunque me muera en el proceso.

CAPÍTULO 27

HENRY

El puñetazo me pilla completamente desprevenido.

Un segundo estoy abriendo la puerta de mi cabaña, preguntándome qué coño hace Dominic Kane aquí a las siete de la mañana, y al siguiente mi cabeza gira hacia un lado con tanta fuerza que veo estrellas.

El sabor metálico de la sangre me inunda la boca.

—¿Qué cojones haces? —pregunto, llevándome la mano al labio partido.

Pero antes de que pueda terminar la frase, Dominic me agarra de la camiseta y me empuja contra el marco de la puerta con una fuerza que no esperaba de un cirujano.

—Esto —dice con voz peligrosamente calmada— es por hacerle daño a Ellie.

La rabia me explota en el pecho como pólvora.

Le aparto las manos de un manotazo y doy un paso hacia él, cerrando los puños a los lados, listo para devolverle el golpe.

Pero entonces veo su expresión.

No es solo furia. Hay dolor ahí. Dolor real, profundo, del tipo que reconozco porque vivo con él cada día.

Y la rabia se desinfla como un globo pinchado.

Tiene razón.

—Me merezco el puñetazo —digo en cambio, pasándome la lengua por el labio partido—. Ese y probablemente diez más.

Dominic me mira con sorpresa que no intenta ocultar.

—¿Eso es todo? ¿No vas a pegarme?

—Quiero hacerlo —admito—. Pero tienes razón.

Dominic se pasa una mano por la cara, y puedo ver las ojeras bajo sus ojos. Como si él tampoco hubiese dormido demasiado.

—¿Puedo pasar? —pregunta finalmente—. O prefieres que sigamos discutiendo en el porche.

Me hago a un lado sin decir nada, y Dominic entra en mi cabaña con pasos decididos. Se queda de pie en medio del salón, mirando alrededor con esa expresión clínica que siempre tiene.

—Necesito café —dice, y no es una pregunta.

—Tengo en la cocina.

Lo sigo hasta allí, y Dominic se sirve una taza sin esperar invitación. Bebe un sorbo largo, hace una mueca —probablemente porque mi café podría despertar a un muerto— y luego se apoya contra la encimera.

—Ellie ha llorado durante toda la noche —dice sin preámbulos—. Sage ha tenido que quedarse con ella en su habitación porque cada vez que intentaba irse, volvía a derrumbarse.

Las palabras me atraviesan como cuchillos.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —repite Dominic, y hay algo afilado en su tono—. Qué bien. Tus disculpas seguro que van a arreglar el corazón que le has roto.

—No sé qué quieres que te diga.

—Quiero que me digas por qué —explota finalmente, dejando la taza en la encimera con tanta fuerza que el café se derrama—. Por qué has dejado que se vaya. Por qué la has tratado como si no significase nada. Por qué eres tan jodidamente cobarde.

—Porque no me la merezco —suelto, y las palabras salen con una vehemencia que me sorprende a mí mismo—. Porque es demasiado buena para alguien como yo. Porque todo lo que toco lo destruyo. Porque…

—Porque te odias a ti mismo —me interrumpe Dominic—. Y prefieres sacrificar tu felicidad antes que arriesgarte a ser feliz.

—No es tan simple.

—Sí lo es —replica con firmeza—. Es exactamente tan simple. Y lo sé porque yo hacía exactamente lo mismo.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿Qué?

Dominic suspira, pasándose una mano por el pelo en un gesto que reconozco como frustración.

—Cuando conocí a Sage —empieza, eligiendo las palabras con cuidado—. Pensé que estaba loco. Que no podía estar sintiendo lo que sentía por una chica de veinticuatro años. Una maestra de pueblo. Alguien tan diferente de mí que no tenía ningún sentido.

Bebe otro sorbo de café.

—Pero sobre todo pensaba que no me la merecía. Que alguien como yo —un cirujano obsesionado con el control, incapaz de conectar emocionalmente con nadie— no tenía derecho a alguien tan puro, tan bueno, tan jodidamente perfecto como ella.

Me mira directamente a los ojos.

—Así que hice lo mismo que estás haciendo tú. La alejé. Me comporté como un cabrón. Me convencí de que era lo mejor para ella.

—¿Y qué cambió? —pregunto, aunque no estoy seguro de querer saber la respuesta.

—Ella —dice simplemente—. Sage no me dejó huir. Me obligó a enfrentarme a mis mierdas. Me demostró que merecía ser amado a pesar de todos mis defectos. Que podía ser mejor. Que *quería* ser mejor. Por ella.

Se acerca a mí, acortando la distancia hasta que estamos frente a frente.

—Tú tienes que hacer lo mismo, Wellington. Tienes que sacarte la cabeza del culo y luchar por Ellie.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no soy suficiente —exploto—. Porque estoy roto. Porque tengo pesadillas todas las noches. Porque mi compañero murió delante de mis narices y yo sigo aquí, respirando, viviendo, cuando él no tiene nada de eso.

Las palabras salen atropelladas, cargadas de todo el dolor que llevo guardando durante años.

—Porque no merezco ser feliz cuando Dylan está muerto.

Dominic me mira durante un momento que se siente eterno.

Y entonces dice algo que me desarma completamente.

—Tienes un problema psicológico.

—¿Qué?

—Un problema psicológico —repite con esa voz de médico que no admite réplica—. Culpa del superviviente. TEPT. Probablemente depresión también. Y necesitas ayuda profesional para superarlo.

—No necesito un puto psicólogo.

—Sí lo necesitas —me interrumpe—. Porque lo que estás haciendo ahora mismo —castigarte por sobrevivir, negarte la felicidad, destruir lo único bueno que tienes— no es noble. Es autodestructivo. Y va a matarte.

Se acerca más, y hay algo feroz en su expresión.

—¿Sabes lo que pensé cuando murió Isabelle? —pregunta, y su voz se quiebra ligeramente cuando pronuncia el nombre de su hermana—. Mi hermana. La mujer más dulce, más cariñosa, más inteligente del mundo. Madre de dos niños que la necesitaban. ¿Sabes lo que pensé?

No respondo. No puedo.

—Pensé que debería haber muerto yo en lugar de ella —continúa, y puedo ver el dolor desnudo en sus ojos—. Que el universo se había equivocado. Que yo era el cirujano obsesionado con el trabajo, el controlador que no sabía conectar con nadie. Y ella era luz pura. Amor incondicional. Todo lo bueno del mundo.

Se le quiebra la voz.

—Me pasé meses pensando eso. Odiándome por seguir vivo. Castigándome por cada momento de felicidad que sentía.

—¿Y qué cambió? —pregunto en voz baja.

—Me di cuenta de que no era mi decisión —dice simplemente—. Que Isabelle no habría querido que me convirtiera en un amargado que se niega el amor. Que la mejor forma de honrar su memoria era vivir. De verdad vivir. No solo existir.

Me mira con una intensidad que me atraviesa.

—Tu compañero Dylan —dice—. ¿Querría que pasases el resto de tu vida solo? ¿Miserable? ¿Negándote el amor cuando lo tienes justo delante?

La pregunta me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme contra la encimera.

—Yo…

—No —me interrumpe—. No me respondas a mí. Respóndete a ti mismo. De verdad. ¿Crees que él querría esto para ti?

No.

Dylan no querría esto.

Dylan, que era todo sonrisas y bromas. Que encontraba alegría en las cosas más pequeñas. Que amaba su trabajo, a su familia, a la vida misma con una intensidad que siempre me asombró.

Dylan querría que yo fuese feliz.

—Tienes que ir a terapia —dice Dominic con firmeza—. Tienes que trabajar en esa culpa. En ese odio hacia ti mismo. Porque si no lo haces, vas a perder a Ellie para siempre. Y vas a perderte a ti mismo también.

—Es demasiado tarde.

—No lo es —me interrumpe—. Todavía no. Pero tienes que actuar ya. Tienes que luchar por ella.

—No sé cómo.

—Empieza por lo más básico —dice—. Dile la verdad. Dile que estás jodido pero que quieres arreglarte. Por ella. Por tu hija. Por ti mismo.

Se acerca a la puerta, y entonces se detiene.

—Ahora me voy a trabajar —anuncia, girándose para mirarme una última vez—. Sage y los niños también se han ido a la escuela. Lo cual significa que Ellie está sola en casa.

Me mira con una intensidad que me atraviesa.

—Si tienes el valor de luchar por lo que de verdad importa. Si tienes el valor de dejar de maltratarte y empezar a vivir. Está ahí. Esperando.

Y entonces sale, dejándome solo con sus palabras resonando en mi cabeza como campanas.

Me quedo ahí de pie, en medio de mi cocina vacía, con el sabor a sangre todavía en la boca y un torbellino de pensamientos dando vueltas en mi cabeza.

¿Y si tiene razón?

¿Y si lo que estoy haciendo —castigarme por sobrevivir, negarme el amor— no es honrar la memoria de Dylan sino desperdiciar el regalo que me dio?

Porque Dylan me salvó. Ese día, cuando el oso atacó, fue él el que llamó su atención. Él me dio la oportunidad de vivir.

¿Y yo qué he hecho con esa oportunidad?

Esconderme. Aislarme. Convertirme en una sombra de quien era.

¿Eso es lo que Dylan querría?

No.

La respuesta es tan clara, tan obvia, que no sé cómo no la he visto antes.

Dylan querría que viviese. Que amase. Que fuese feliz.

Y Ellie…

Ellie me está dando la oportunidad de hacer exactamente eso.

De vivir de verdad. De amar sin miedo. De construir algo hermoso de las cenizas de mi vida rota.

Pero tengo que dar el paso.

Tengo que sacar la cabeza del culo, como ha dicho Dominic, y luchar por ella.

Tengo que dejar de castigarme y empezar a vivir.

La pregunta es: ¿puedo hacerlo?

¿Puedo ser lo suficientemente valiente como para abrirme? ¿Para decirle la verdad? ¿Para pedirle que me dé otra oportunidad?

¿Puedo arriesgarme a que me rechace?

Me paso las manos por la cara, sintiendo el cansancio acumulado en cada músculo de mi cuerpo.

Y entonces pienso en Ellie.

En su risa. En su sonrisa. En cómo me mira como si pudiera ver todas mis grietas y no le importasen.

En cómo le habla a nuestra hija. En cómo su mano busca la mía cuando está nerviosa. En cómo se queda dormida contra mí con una confianza que no merezco pero que quiero merecer.

Pienso en Rose.

En mi hija que va a nacer en unos meses. Que va a crecer preguntándose por qué su padre no luchó por su madre. Por qué eligió la cobardía en lugar del coraje.

Y me doy cuenta de algo.

No puedo hacer esto solo.

No puedo ser el hombre que Ellie merece, el padre que Rose merece, si no arreglo primero lo que está roto dentro de mí.

Dominic tiene razón.

Necesito ayuda.

Necesito terapia.

Y necesito hacerlo ya.

Antes de que sea demasiado tarde.

Antes de que pierda a Ellie para siempre.

Cojo el teléfono con manos que tiemblan y busco el número del centro de salud mental del condado. Lo tengo guardado desde hace meses —mi madre me lo dio después de una de sus visitas preocupadas— pero nunca me atreví a llamar.

Hasta ahora.

Marco antes de poder arrepentirme.

Suena tres veces antes de que alguien responda.

—Centro de Salud Mental del Condado de Park, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito —empiezo, y tengo que tragar saliva antes de continuar—. Necesito una cita. Con un psicólogo. Lo antes posible.

Hay una pausa breve.

—¿Ha tenido algún episodio reciente que requiera atención inmediata?

—No. Sí. No lo sé —admito, pasándome la mano libre por el pelo —. Solo… necesito hablar con alguien. Necesito ayuda.

La voz al otro lado se suaviza.

—Entiendo. Déjeme ver qué tenemos disponible. ¿Puede esperar un momento?

—Sí.

La música de espera me taladra los oídos durante dos minutos que se sienten como horas.

Y entonces la voz vuelve.

—Tengo una cancelación para el viernes dentro de dos semanas a las diez de la mañana. ¿Le vendría bien?

—Sí. Perfecto.

—Muy bien. ¿Nombre completo?

—Henry James Wellington.

—Perfecto, señor Wellington. Le espera la doctora Chen el lunes a las diez en punto. ¿Necesita la dirección?

—No, la conozco.

—Estupendo. Si necesita cancelar o cambiar la cita, llámenos con al menos veinticuatro horas de antelación. ¿Algo más en lo que pueda ayudarle?

—No. Gracias.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono en mi mano.

Lo he hecho.

He pedido una cita con un psicólogo.

Yo, Henry Wellington, el hombre más terco de Montana, he admitido que necesito ayuda.

Acabo de dar el primer paso.

Pero hay otro paso que tengo que dar.

Uno más difícil. Más aterrador.

Tengo que ir a buscar a Ellie.

Tengo que decirle la verdad. Toda la verdad. Sin esconderme. Sin huir.

El pánico me sube por la garganta como bilis.

¿Y si me rechaza? ¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si le he hecho tanto daño que no puede perdonarme?

¿Y si voy hasta allí y me dice que se acabó? ¿Que solo quiere ser co-padres y nada más?

No sé si sobreviviría a eso.

Pero tengo que intentarlo.

Porque la alternativa es vivir el resto de mi vida preguntándome «¿y si…?»

Y eso sería peor que cualquier rechazo.

El miedo me paraliza donde estoy, con las llaves de la camioneta en la mano y el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

Puedo hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Por Ellie. Por Rose. Por Dylan, que me dio esta vida y merece que la viva plenamente.

Por mí mismo.

Me dirijo hacia la puerta con pasos que no se sienten míos, subo a la camioneta, y arranco el motor.

Y mientras conduzco hacia la casa de Sage y Dominic, hacia Ellie, solo puedo pensar una cosa.

Por favor.

Por favor que no sea demasiado tarde.

Por favor que me dé otra oportunidad.

Por favor que pueda ser el hombre que ella merece.

Aunque tenga que convertirme en alguien completamente diferente para lograrlo.

CAPÍTULO 28

HENRY

La casa de Sage y Dominic está en silencio cuando aparco en el camino de entrada.

Me quedo sentado en la camioneta un momento, con las manos aferradas al volante y el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos.

¿Qué coño estoy haciendo?

He venido aquí sin plan. Sin saber qué voy a decir. Sin saber si Ellie siquiera va a querer verme después de cómo la he tratado.

Pero Dominic tiene razón.

Tengo que luchar por ella.

Tengo que intentarlo.

Bajo de la camioneta antes de poder arrepentirme y subo las escaleras del porche con pasos que suenan demasiado fuertes en el silencio de la mañana.

Llamo a la puerta con los nudillos, y el sonido resuena como un disparo.

Espero.

Cinco segundos. Diez. Quince.

Y entonces oigo pasos al otro lado. Ligeros. Descalzos.

La puerta se abre.

Y ahí está Ellie.

Con el pelo recogido en una trenza de la que se le escapan mechones rubios. Tienen los ojos rojos e hinchados. Las mejillas manchadas por lágrimas que todavía no se ha limpiado.

Y se queda completamente inmóvil cuando me ve.

—Henry —dice, y su voz sale quebrada—. ¿Qué haces aquí?

No respondo con palabras.

No puedo.

Porque verla así —rota, llorando, sufriendo por mi culpa— hace que se me rompa algo por dentro que no sabía que todavía podía romperse.

Cruzo el umbral y la envuelvo en mis brazos antes de que pueda detenerme.

Ellie se tensa contra mí. Completamente rígida. Como si no supiese cómo reaccionar a esto. A que yo la esté abrazando sin que ella me lo haya pedido.

—Lo siento —susurro contra su pelo, y las palabras salen atropelladas—. Joder, Ellie, lo siento tanto. Siento ser un cabrón. Siento estar asustado de mis propios sentimientos. Siento no estar preparado para conocer a alguien como tú.

Ellie no se mueve. No me devuelve el abrazo. Solo está ahí, tensa como una cuerda a punto de romperse.

—¿Qué me estás queriendo decir? —pregunta finalmente, y su voz suena peligrosamente calmada—. ¿Has venido hasta aquí para disculparte otra vez? ¿Para decirme que lo sientes pero que no puedes darme lo que necesito?

—No…

—Porque si es así —me interrumpe, y puedo sentir cómo empieza a temblar entre mis brazos—. Si has venido a hablar conmigo para no abrirte a mí, para seguir escondiéndote detrás de tus excusas, puedes irte a la mierda, Henry Wellington.

—Te amo —suelto, y las palabras explotan entre nosotros como una bomba.

Ellie se queda completamente inmóvil.

—¿Qué?

—Te amo —repito, apartándome lo suficiente para mirarla a la cara—. Estoy enamorado de ti, Ellie. Completamente. Irremediablemente. Desesperadamente enamorado.

Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas otra vez, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no limpiarlas con los pulgares.

—Llevo enamorado de ti desde que te vi por primera vez —continúo, y las palabras salen sin control ahora—. Desde que

apareciste en ese pasillo empapada y preciosa y me ofreciste la mano y yo no tuve el valor de cogértela. Me miraste como si fuese el mayor idiota que habías conocido en tu vida.

—Lo eras —murmura Ellie, y puedo oír algo que suena peligrosamente a una risa ahogada.

—Lo era —confirmo—. Y sigo siéndolo. Pero estoy intentando ser mejor. Por ti. Por nuestra hija. Por mí mismo.

Ellie me mira con esos ojos azules llenos de lágrimas, y puedo ver la duda ahí. La incertidumbre. El miedo de creerme y que vuelva a romperle el corazón.

—¿Cómo sé que esta vez es diferente? —pregunta con voz temblorosa—. ¿Cómo sé que no vas a volver a alejarte?

—Porque voy a abrirme a ti. Porque te amo. Porque voy a contarte algo que nunca le he contado a nadie —digo, cogiéndola de la mano—. Ni siquiera a mi familia. Sobre el accidente. Sobre cómo perdí la pierna. Sobre por qué he estado tan jodido todos estos años.

Veo cómo se le abren los ojos.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —la interrumpo—. Necesito que lo sepas. Necesito que entiendas por qué he sido tan cabrón contigo. Por qué he estado tan asustado de dejarte entrar.

Ellie asiente lentamente, y entonces me lleva hacia el salón. Nos sentamos en el sofá, tan cerca que nuestras rodillas se tocan, y ella espera.

Respiro hondo.

Y empiezo a hablar.

—Era el mes de julio. Yo tenía veintitrés años. Dylan Matthews era mi compañero. Tenía veintiocho años, casado, con dos hijos pequeños. Era el mejor hombre que he conocido en mi vida.

Las palabras salen lentas al principio, como si tuviese que arrancarlas de algún lugar profundo dentro de mí.

—Estábamos patrullando una zona de alto riesgo cerca de un precipicio. Era un trabajo rutinario. Nada especial. Dylan iba delante, yo detrás. Estábamos hablando, relajados. Y entonces apareció la osa.

Puedo ver la escena en mi cabeza con tanta claridad que es como si estuviese ahí otra vez.

—Era una Grizzly hembra con dos cachorros. Los cachorros estaban detrás de nosotros. Ella nos vio como una amenaza. Nos atacó.

Ellie me aprieta la mano, y ese simple gesto me da la fuerza para continuar.

—Dylan gritó. Me dijo que no me moviese. Empezó a hacer ruido, a agitar los brazos. Es el protocolo estándar. Intentando alejar a la osa de mí porque él estaba más cerca de los cachorros.

Me paso la mano libre por la cara.

—Pero yo no podía quedarme ahí parado viéndolo. Así que corrí hacia él. Intenté ayudar. Y fue… fue el peor error de mi vida.

—Henry.

—Tropecé —continúo, sin dejarla interrumpirme porque si paro ahora no voy a poder terminar—. Perdí el equilibrio. Estaba justo al borde del precipicio. Intenté agarrarme a algo. No pude. Caí.

El recuerdo me golpea con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos.

—Fueron como diez metros. Quizás más. No lo sé. Solo sé que mi pierna se estrelló contra las rocas y el dolor… joder, Ellie, el dolor era tan intenso que pensé que me estaba muriendo.

—Pero no moriste —dice Ellie en voz baja.

—No. Pero Dylan sí.

Abro los ojos y la miro.

—La osa lo atacó mientras yo estaba ahí abajo, inútil, incapaz de hacer nada excepto oír sus gritos. Y entonces el silencio. Ese silencio horrible que significaba que ya no estaba gritando. Que ya no estaba respirando.

Las lágrimas me queman los ojos.

—Llamé por radio. Pedí ayuda. Pero llegaron demasiado tarde. Cuarenta y cinco minutos después. Tardaron cuarenta y cinco minutos. Y cuando llegaron hasta donde estaba Dylan… ya no había nada que hacer.

—Lo siento —susurra Ellie—. Lo siento muchísimo.

—Yo también —digo, y mi voz se quiebra—. Porque Dylan tenía una esposa esperándolo en casa. Dos hijos que necesitaban a su padre. Una vida. Y yo… yo no tenía nada. No tenía a nadie que me esperase. A nadie que me necesitase. Debería haber sido yo el que muriese, no él.

—No digas eso.

—Es la verdad —insisto—. Dylan se interpuso para protegerme. Llamó la atención de la osa deliberadamente para que yo pudiese escapar. Y murió por ello. Mientras yo sobreviví porque caí por un precipicio. Irónico, ¿verdad?

Ellie me suelta la mano y me coge la cara con ambas manos, obligándome a mirarla.

—Escúchame bien —dice con voz firme—. No fue tu culpa. Fue un accidente. Dylan hizo lo que cualquier buen compañero habría hecho. Lo que tú habrías hecho por él si las posiciones se hubieran invertido.

—Pero…

—Y la caída te salvó la vida —continúa, sin dejarme interrumpir—. Es horrible, irónico, pero cierto. Estabas atrapado abajo mientras la osa atacaba arriba. Eso es lo que te mantuvo con vida.

—No cambia el hecho de que Dylan murió por mi culpa.

—Dylan murió por una casualidad del destino. Quiso proteger a su compañero —me corrige—. Haciendo su trabajo. Siendo el hombre valiente que era. Y sé —lo sé sin conocerlo— que no querría que pasases el resto de tu vida odiándote por sobrevivir.

Las lágrimas se me escapan ahora sin que pueda detenerlas.

—Querría que vivieses —dice Ellie, y su voz se quiebra también—. Que de verdad vivieses. No solo que existieses. Querría que fueses feliz. Que amases. Que construyeses una vida que valiese la pena.

—No sé cómo hacerlo —admito, y es la verdad más honesta que he dicho en años—. No sé cómo dejar de sentir que no merezco ser feliz.

—Por eso necesitas ayuda —dice Ellie con suavidad—. Ayuda profesional. Alguien que te enseñe a perdonarte. A dejar de castigarte por algo que no fue tu culpa.

—Lo sé —respondo—. Por eso he pedido cita con una psicóloga. Me han dado cita dentro de dos semanas.

Veo cómo se le abren los ojos con sorpresa.

—¿Has pedido cita? ¿Con una psicóloga?

—Sí.

—Henry —empieza, y hay tanta emoción en su voz que me parte el corazón.

—Porque quiero estar contigo —la interrumpo—. De verdad estar contigo. No solo vivir juntos. No solo criar a nuestra hija juntos. Quiero ser tu pareja. Tu… lo que sea que quieras que sea. Pero para eso tengo que arreglar primero lo que está roto dentro de mí.

Me paso las manos por el pelo, sintiendo cómo me tiemblan.

—Tengo que ir al puto psicólogo porque esto es más fuerte que yo. Tengo que aprender a dejar de odiarme. Tengo que aprender que no es malo ser feliz. Que Dylan no querría que me pasase la vida castigándome.

La miro directamente a los ojos.

—Y quiero hacer todo lo que esté en mi mano para ser el mejor para vosotras. Para ti y para Rose. Quiero ser el hombre que merecéis. Aunque me lleve años lograrlo.

El silencio que sigue a mis palabras me pone de los nervios.

Ellie me mira con una expresión que no puedo descifrar. Con las lágrimas cayendo por sus mejillas. Con los labios temblando. Con las manos todavía en mi cara.

—Dime algo —suplico—. Lo que sea. Aunque sea que me vaya a la mierda. Solo di algo.

—Te amo —dice finalmente, y las palabras salen como un susurro.

El mundo se detiene.

—¿Qué?

—Que te amo —repite, más fuerte esta vez—. Estoy enamorada de ti, Henry Wellington. Y ha sido una tortura vivir contigo sabiendo que tú no sentías lo mismo.

—Yo siempre he sentido lo mismo —la corrijo—. Siempre. Solo que era demasiado cobarde para admitirlo.

—Eres un idiota.

—Lo sé.

—Un idiota integral.

—También lo sé.

—Pero eres mi idiota —dice, y entonces sonríe. Una sonrisa pequeña, temblorosa, pero real—. Si de verdad quieres intentarlo. Si de verdad vas a ir a terapia. Si de verdad quieres estar conmigo…

—Quiero —la interrumpo con urgencia—. Joder, Ellie, quiero todo contigo. Todo lo que estés dispuesta a darme.

Y entonces la beso.

Es diferente de todos los otros besos. Más lento. Más profundo. Cargado de todo lo que no hemos podido decirnos durante semanas.

Ellie me devuelve el beso con una intensidad que me deja sin aliento, enredando sus dedos en mi pelo y tirando con fuerza.

—Vamos a la cama —jadea contra mis labios—. Llévame a la cama.

—Estamos en casa de mi hermana y Dominic…

—Se han ido —me interrumpe—. Dominic está trabajando. Sage y los niños están en la escuela. Tenemos la casa para nosotros solos.

No necesito que me lo diga dos veces.

La cojo en brazos —más cuidadosamente esta vez, consciente de su tripa— y la llevo hacia el pasillo.

—¿Cuál es tu habitación? —pregunto.

—En el piso superior. Segunda puerta a la izquierda.

Subo las escaleras, entro en la habitación sin dejar de besarla, y cierro la puerta de una patada.

La tumbo en la cama con cuidado, siguiéndola hacia abajo hasta que mi cuerpo cubre el suyo, y por un momento simplemente nos miramos.

—Te amo —digo otra vez, porque necesito que lo sepa. Necesito que lo oiga tantas veces que nunca pueda dudarlo—. Te amo tanto que me estoy volviendo loco.

—Entonces demuéstramelo —susurra Ellie—. Hazme el amor.

Y eso es exactamente lo que hago.

Le quito el pijama con movimientos lentos, casi reverentes, y cuando se queda desnuda ante mí, me quedo sin aliento.

Es preciosa.

Su tripa redonda con nuestra hija dentro. Sus pechos llenos, sus pezones oscuros y erectos. Su piel brillando bajo la luz que entra por la ventana.

—Eres perfecta —susurro, deslizando las manos por sus costados —. Tan jodidamente perfecta que no sé qué he hecho para merecerte.

Me quito la camiseta y los pantalones, quedándome solo en bóxers, y veo cómo Ellie me mira.

Sus ojos se deslizan por mi pecho, por mi abdomen, y luego bajan hasta mi pierna derecha.

La prótesis.

Se queda mirándola un momento, y el miedo me trepa por la garganta.

Pero entonces levanta la vista hacia mí, y lo que veo en sus ojos no es asco. No es lástima.

Es amor.

Puro. Incondicional. Sin reservas.

—Ven aquí —dice, abriendo los brazos.

Y voy.

Me tumbo junto a ella, cubriéndola con mi cuerpo con cuidado de no hacer daño a nuestra hija, y la beso con una ternura que no sabía que todavía existía en mí.

—Voy a hacerte el amor —susurro contra sus labios—. Despacio. Hasta que no quede ninguna duda en tu mente de lo mucho que te quiero.

—Henry.

—Y luego —continúo, deslizando la mano entre sus muslos y encontrándola ya empapada—. Voy a follarte hasta que grites mi nombre y todo el vecindario sepa que eres mía.

Ellie suelta un gemido, arqueándose contra mi mano.

—Creído.

—Realista —la corrijo, metiendo dos dedos dentro de ella.

La respuesta de Ellie es un grito que me dice todo lo que necesito saber.

La preparo con cuidado, bombeando mis dedos dentro de ella hasta que está jadeando y suplicando, y solo entonces me coloco

entre sus piernas.

—Mírame —ordeno, y espero hasta que abre esos ojos azules—. Quiero que me veas. Que sepas exactamente quién te está haciendo el amor.

Y entonces me hundo dentro de ella.

Despacio esta vez. Centímetro a centímetro. Dejándola sentir cada pulgada mientras la lleno.

—Joder —gruño cuando estoy completamente dentro—. Siempre olvido lo bien que se siente esto. Como si estuvieses hecha para mí.

—Porque lo estoy —jadea Ellie, envolviendo sus piernas alrededor de mis caderas—. Estoy hecha para ti.

Empiezo a moverme entonces. Despacio. Profundo. Con embestidas largas que nos arrancan gemidos a ambos.

—Te amo —susurro contra su cuello—. Te amo, te amo, te amo.

Lo repito como un mantra con cada embestida. Con cada beso que deposito en su piel. Con cada caricia.

Porque necesito que lo sepa. Necesito que lo sienta en cada fibra de su ser.

—Yo también te amo —jadea Ellie, clavando las uñas en mi espalda—. Tanto. Tanto que me asusta.

—No tengas miedo —digo, acelerando el ritmo—. Nunca voy a hacerte daño otra vez. Te lo prometo.

—Más rápido —suplica—. Henry, por favor, más rápido.

Obedezco, follándola con embestidas más duras, más profundas, y puedo sentir cómo se tensa alrededor de mí.

—Vas a correrte —afirmo.

—Sí.

—Córrete conmigo —ordeno, deslizando una mano entre nuestros cuerpos para frotar su clítoris—. Quiero que nos corramos juntos.

Y así es.

El orgasmo nos golpea a ambos al mismo tiempo, arrancándonos gritos que se mezclan en el aire. Puedo sentir cómo me aprieta, cómo palpita alrededor de mí, y entonces me estoy corriendo, llenándola, marcándola desde dentro mientras repito su nombre como una plegaria.

Nos quedamos así, jadeando, sudorosos, enredados el uno en el otro, y por primera vez en años siento algo que había olvidado que existía.

Plenitud.

Como si todas las piezas rotas dentro de mí finalmente encajasen en su sitio.

—No vuelvas a irte —susurro contra su pelo—. Por favor. No vuelvas a dejarme.

—No me voy a ir —promete Ellie—. Siempre y cuando tú no vuelvas a huir.

—No voy a huir. Nunca más.

Nos quedamos así, abrazados, con mi mano sobre su tripa sintiendo a nuestra hija, y me permito creer.

Creer que quizás puedo tener esto.

Que quizás merezco ser feliz.

Que quizás Dylan estaría orgulloso de mí por luchar por lo que quiero en lugar de rendirme.

Es aterrador.

Pero es mío.

Y no pienso soltarlo nunca más.

CAPÍTULO 29

ELLIE

El viernes por la mañana me despierto con los nervios comiéndome el estómago.

Hoy es la primera cita de Henry con la psicóloga.

Y no sé quién está más nervioso: si él o yo.

Henry lleva toda la mañana dando vueltas por la cabaña como un león enjaulado. Lo he visto cambiarse de camiseta tres veces. Preparar café que no se ha bebido. Mirar el reloj cada dos minutos como si el tiempo fuese a detenerse si lo observa con suficiente intensidad.

—¿Estás bien? —pregunto finalmente, cuando ya no puedo soportar más verlo así.

—Perfectamente —responde, pero su voz suena tensa.

—Porque pareces a punto de vomitar.

—No voy a vomitar.

—¿Seguro?

—Seguro.

Pero sigue dando vueltas.

Me levanto del sofá y me acerco. Le cojo de la mano, deteniéndolo en medio de la cocina.

—Henry.

Me mira con esos ojos verdes llenos de algo que me parte el corazón.

—Estoy orgullosa de ti —digo con firmeza—. Por hacer esto. Por dar este paso. Sé lo difícil que es para ti.

—No sé si puedo hacerlo.

—Sí puedes —insisto, apretando su mano—. Y yo voy a estar contigo. Voy a esperarte fuera. Voy a estar ahí cuando salgas. Y

luego vamos a volver a casa juntos.

Henry respira hondo, y puedo ver cómo se le relajan ligeramente los hombros.

—¿Y si no funciona? ¿Y si no puedo curarme?

—Va a funcionar —lo interrumpo—. No va a ser fácil. No va a ser rápido. Pero va a funcionar. Porque tú quieres que funcione. Y eso es lo más importante.

Me pongo de puntillas y lo beso. Suave. Dulce. Lleno de todo el amor que siento por él.

—Vamos —digo cuando me aparto—. O vas a llegar tarde.

El trayecto hasta Livingston transcurre en un silencio tenso. Henry conduce con las manos aferradas al volante, los nudillos blancos, la mandíbula apretada con tanta fuerza que puedo oír cómo le crujen los dientes.

Yo mantengo mi mano sobre su muslo. No digo nada. Solo estoy ahí.

Porque a veces eso es lo único que se puede hacer.

Cuando llegamos al edificio donde está la consulta —un edificio de ladrillo rojo en el centro de Livingston— Henry aparca y se queda sentado un momento, mirando la entrada como si fuese la boca del infierno.

—Puedes hacerlo —repito.

—¿Y si no puedo hablar? ¿Y si me quedo ahí sentado como un idiota sin saber qué decir?

—Entonces la psicóloga te ayudará —le aseguro—. Para eso está. Para ayudarte a encontrar las palabras.

Henry asiente, aunque puedo ver la duda en sus ojos.

—¿Me esperas?

—Claro que te espero. Hay una zona comercial justo al lado. Voy a mirar tiendas de bebés mientras tú estás dentro.

Algo se suaviza en su expresión.

—Gracias.

—No me las des —replico—. Esto lo estás haciendo tú. Yo solo estoy aquí.

Henry me besa entonces. Rápido. Desesperado. Como si necesitase ese contacto para reunir el valor de salir del coche.

—Te amo —dice contra mis labios.

—Yo también te amo. Ahora ve.

Lo veo bajar del coche y caminar hacia la entrada del edificio con pasos que parecen costarle un esfuerzo sobrehumano. Se detiene en la puerta, se gira para mirarme una última vez, y yo le dedico mi mejor sonrisa.

Puedes hacerlo, articulo sin voz.

Henry asiente, respira hondo, y entra.

Y yo me quedo ahí sentada, con el corazón latiéndome tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos, rezando para que esto funcione.

Para que Henry pueda encontrar la paz que tanto necesita.

Para que podamos tener el futuro que ambos queremos.

La hora que Henry pasa dentro se me hace eterna.

He ido a la zona comercial como dije que haría, pero no puedo concentrarme en nada. Entro en una tienda de ropa de bebé y salgo cinco minutos después sin comprar nada. Entro en otra y hago lo mismo.

No puedo dejar de pensar en él.

En cómo estará. En si estará hablando. En si la psicóloga podrá ayudarlo.

En si esto va a funcionar de verdad.

Cuando finalmente llega la hora, casi corro de vuelta.

Y entonces lo veo salir del edificio.

Se queda de pie en las escaleras un momento, mirando al cielo, y hay algo diferente en su postura. Como si se hubiese quitado un peso de encima.

Camina hacia mí con pasos más ligeros de los que tenía cuando entró, y cuando llega hasta donde estoy, me envuelve en un abrazo tan apretado que casi no puedo respirar.

—Lo he hecho —dice contra mi pelo, y su voz suena maravillada —. Joder, Ellie, lo he hecho.

—Lo sé —susurro, abrazándolo con toda mi fuerza—. Estoy tan orgullosa de ti.

—Ha sido —se aparta lo suficiente para mirarme—. No sé. Raro. Difícil. Pero bien. Creo que ha estado bien.

—¿Vas a volver?

—El viernes que viene. A la misma hora.

Le sonrío con una felicidad que me llena el pecho hasta que duele.

—Entonces vamos a casa —digo—. Porque creo que mereces un premio por ser tan valiente.

Algo se enciende en sus ojos.

—¿Un premio?

—Un premio —confirmo, mordiéndome el labio de forma deliberada.

Henry gruñe, me coge de la mano y prácticamente me arrastra hacia la camioneta.

Me rio.

—Joder, Cameron. Me vas a matar.

—Esa es la idea.

El trayecto de vuelta a la cabaña es una tortura. Henry conduce con una mano en el volante y la otra en mi muslo, subiendo cada vez más alto hasta que estoy retorciéndome en el asiento.

—Henry —jadeo—. No puedo… si sigues tocándome así voy a correrme aquí mismo.

—Bien —gruñe—. Hazlo.

—Estamos en el coche.

—Me da igual.

Sus dedos se deslizan bajo el borde de mi vestido, encontrando el encaje de mis bragas, y entonces está metiéndolos dentro.

El primer contacto me arranca un grito.

—Mierda —jadeo, abriendo más las piernas en el asiento—. Henry, Dios.

—Córrete —ordena, bombeando sus dedos dentro de mí mientras conduce con una mano—. Quiero sentir cómo te aprietas antes de que lleguemos a casa.

No tardo mucho.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento, y tengo que morderme el labio con fuerza para no gritar

demasiado alto.

Henry retira sus dedos cuando llegamos al camino de entrada de la cabaña, y se los lleva a la boca con una sonrisa oscura.

—Deliciosa.

Apenas ha aparcado cuando ya estoy saliendo del coche, y Henry me sigue con una risa que suena más ligera de lo que le he oído nunca.

Entramos en la cabaña como dos adolescentes, quitándonos la ropa sin dejar de besarnos, dejando un rastro de prendas desde la puerta hasta el dormitorio.

—Espera —digo cuando llegamos a su cama, empujándolo para que se siente en el borde.

Henry obedece, mirándome con una intensidad que hace que se me erice toda la piel.

—Ellie.

—Shh —lo interrumpo, arrodillándome entre sus piernas—. Ahora me toca a mí.

Veo cómo se le abren los ojos cuando se da cuenta de lo que voy a hacer.

—No tienes que…

—Quiero —lo interrumpo, deslizando las manos por sus muslos hasta llegar al borde de sus bóxers—. Déjame hacerte sentir bien. Por favor.

Henry traga saliva, y puedo ver cómo le late el pulso en el cuello.

—Vale.

Le bajo los bóxers despacio, liberando su erección que ya está goteando, y me relamo los labios con anticipación.

Es enorme. Grueso. Perfecto.

Me inclino hacia delante y paso la lengua desde la base hasta la punta, saboreándolo, y Henry suelta un gemido gutural que hace que se me contraiga todo.

—Joder, Ellie.

Envuelvo mis labios alrededor de la punta y succiono, y las manos de Henry se hunden en mi pelo inmediatamente.

—Así —gruñe—. Joder, sí, así.

Bajo más, tomándolo más profundo, hasta que la punta toca el fondo de mi garganta y tengo que concentrarme en no ahogarme.

—Para —dice de repente, tirando de mi pelo para apartarme.

Me detengo, mirándolo con confusión.

—¿Qué pasa?

—Necesito estar dentro de ti —dice con voz rota—. Necesito esa conexión. Necesito sentirte.

Me levanta del suelo como si no pesase nada y me tumba en la cama, siguiéndome hacia abajo hasta que su cuerpo cubre el mío.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —susurra contra mi boca—. Lo mejor. Y no sé qué he hecho para merecerte, pero juro por Dios que voy a pasarme el resto de mi vida intentando estar a la altura.

Y entonces se hunde dentro de mí.

Despacio. Profundo. Llenándome hasta que no sé dónde termina él y dónde empiezo yo.

—Te amo —digo, enredando mis piernas alrededor de sus caderas —. Te amo tanto.

—Yo también te amo —responde, empezando a moverse con embestidas largas, profundas—. Tanto que me asusta. Tanto que no sé qué hacer con ello.

Nos movemos juntos, encontrando un ritmo perfecto que nos arranca gemidos a ambos, y puedo sentir cómo el placer se acumula otra vez, más intenso, más profundo.

—Ellie —dice Henry de repente, y hay algo en su voz que hace que abra los ojos.

—¿Sí?

—Quiero que seas mi mujer.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿Qué?

—Quiero que te cases conmigo —repite, sin dejar de moverse dentro de mí—. Quiero que seas mía. Oficialmente. Delante de todo el mundo.

—Henry —empiezo, pero no sé qué decir.

—No tienes que responder ahora —continúa, acelerando el ritmo —. Solo piénsalo. Por favor.

El orgasmo nos golpea a ambos entonces, arrancándonos gritos que se mezclan en el aire, y nos quedamos así, temblando, jadeando, completamente destruidos el uno por el otro.

Cuando finalmente puedo volver a respirar, miro a Henry con una sonrisa.

—Eres el hombre más romántico que he conocido nunca —digo con sarcasmo—. Pidiéndome matrimonio mientras me follas. Muy clásico.

Henry se ríe, y el sonido es tan hermoso que se me cierra la garganta.

—¿Eso es un no?

—Es un «deberías haberlo hecho de forma más romántica» —replico—. Pero si lo has dicho en serio… la respuesta es sí.

Henry se queda completamente inmóvil.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmo, acariciándole la cara—. Quiero casarme contigo, idiota.

Henry suelta un grito de alegría que me sobresalta, y entonces se levanta de la cama tan rápido que casi se cae.

—¿Qué haces? —pregunto, riéndome mientras lo veo correr hacia la cómoda.

—Espera, espera —dice, abriendo el cajón superior y rebuscando dentro.

Me quedo mirándolo completamente descolocada. ¿Qué está haciendo?

—¡Lo tengo! —exclama, girándose hacia mí con algo en la mano.

Una cajita de terciopelo negro.

Me quedo sin aire.

—¿Qué es eso?

Henry vuelve a la cama, arrodillándose junto a mí completamente desnudo y con la cajita en la mano, y la abre.

Dentro hay un anillo.

No es enorme. No es ostentoso. Es perfecto. Una piedra solitaria en un engaste sencillo que brilla bajo la luz de la mañana.

—Lo compré hace una semana —dice con voz temblorosa.

Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas sin que pueda detenerlas.

—Henry.

—No sabía cómo pedírtelo —continúa—. No sabía cuándo era el momento adecuado. No sabía si ibas a decir que sí. Pero ahora que has aceptado…

Saca el anillo de la cajita con dedos temblorosos.

—Ahora no te puedes escapar.

—No quiero escaparme —susurro.

—Bien —dice, y entonces me coge de la mano izquierda—. Porque eres mía, Ellie Cameron. Mía para siempre.

Desliza el anillo en mi dedo con una lentitud casi ceremonial, y cuando está en su sitio, los dos nos quedamos mirándolo.

Encaja perfectamente.

—Es precioso —consigo decir a través de las lágrimas.

—Tú eres preciosa —me corrige, besándome con una ternura que me desarma—. Y eres mía.

—Tuya —confirmo contra sus labios—. Completamente tuya.

Henry me tumba en la cama otra vez, colocándose detrás de mí, y me hace el amor despacio, reverentemente, como si tuviese todo el tiempo del mundo y quisiera usar cada segundo para demostrarme lo mucho que me quiere.

Y cuando nos corremos juntos, con mi mano —la que ahora lleva su anillo— entrelazada con la suya, me doy cuenta de algo.

Esto es real.

Henry y yo vamos a casarnos.

Vamos a ser una familia de verdad.

No solo en papel. No solo por el bebé.

Sino porque nos queremos.

Y eso es lo más aterrador y maravilloso que me ha pasado en la vida.

CAPÍTULO 30

ELLIE

Me despierto en mitad de la noche con una sensación extraña.

No es dolor. No exactamente. Es más bien una presión. Como si alguien estuviese apretando mi vientre desde dentro con manos invisibles.

Me quedo tumbada un momento, con los ojos abiertos en la oscuridad, intentando identificar qué es lo que me ha despertado.

Y entonces lo siento otra vez.

La presión. Más fuerte esta vez. Extendiéndose desde mi vientre hasta mi espalda baja en una ola que me deja sin aliento durante varios segundos.

Oh.

Oh, mierda.

—Henry —susurro, girándome hacia él.

Está profundamente dormido, con un brazo sobre mi tripa en esa posición protectora que ha adoptado durante los últimos meses, respirando con ese ritmo constante que significa que no está teniendo pesadillas.

Odio despertarlo.

Pero esto es importante.

—Henry —repito, más alto esta vez, sacudiéndolo suavemente del hombro.

—¿Mmm? —murmura sin abrir los ojos.

—Cariño, despierta.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz pastosa, abriendo un ojo—. ¿Estás bien? ¿Es Rose?

—Creo que estoy de parto.

Henry se incorpora tan rápido que casi se cae de la cama.

—¿Qué?

—He dicho que creo que estoy de parto —repito, y no puedo evitar sonreír ante su expresión de pánico absoluto.

—Joder —Henry enciende la lámpara de la mesita de noche con movimientos tan bruscos que casi la tira—. Joder, joder, joder. Vale. Vale. Tenemos que… ¿qué tenemos que hacer? ¿Llamar al hospital? ¿Ir ya? ¿Dónde está la bolsa?

—Henry, respira.

—Estoy respirando.

—No, no lo estás. Estás hiperventilando.

Henry se pasa las manos por la cara, intentando calmarse, pero puedo ver cómo le tiemblan.

—Vale. Vale. Estoy bien. ¿Tú estás bien?

—Estoy perfectamente —le aseguro—. Las contracciones todavía están muy espaciadas. Tenemos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Podrían ser horas. Podría ser todo el día.

—¿Todo el día? —repite, y el pánico vuelve a su voz—. No puedes estar de parto todo el día. Eso es… eso es demasiado tiempo. Tienes que… deberíamos ir al hospital ya.

—Henry, cálmate.

Otra contracción me golpea, esta vez más fuerte, y tengo que cerrar los ojos y respirar a través de ella. Henry me coge la mano inmediatamente, apretándola con tanta fuerza que casi me duele.

—¿Qué hago? —pregunta con voz desesperada—. Dime qué hacer.

—Solo quédate aquí —jadeo cuando la contracción empieza a ceder—. Solo necesito que estés aquí.

—No me voy a mover.

Nos quedamos así durante los siguientes veinte minutos, con Henry cronometrando cada contracción en su teléfono con una precisión obsesiva. Puedo verlo contando los segundos, anotando la duración, calculando el tiempo entre cada una como si fuese una ecuación matemática que tiene que resolver.

—Están a siete minutos —anuncia finalmente—. Duran unos cuarenta y cinco segundos cada una.

—Muy bien, doctor Wellington.

—No te rías de mí —replica, pero puedo ver el alivio en sus ojos de tener algo concreto que hacer—. Estoy intentando ser útil.

—Lo sé. Y lo estás siendo.

Otra contracción llega, y esta vez es diferente. Más intensa. Más larga. Henry me sostiene la mano mientras respiro a través de ella, contando los segundos en voz alta como me enseñaron en las clases de preparación al parto.

—Creo que deberíamos ir al hospital —digo cuando termina.

—¿Ahora?

—Ahora.

Henry salta de la cama tan rápido que olvida que no lleva la prótesis puesta. Se tambalea, y tengo que ahogar un grito cuando lo veo perder el equilibrio.

Pero se agarra al poste de la cama justo a tiempo.

—Joder —murmura, sentándose en el borde del colchón—. La prótesis. Necesito… dame un segundo.

Lo veo ponerse la prótesis con movimientos que son más torpes de lo normal porque sus manos están temblando. Se viste a toda prisa con la ropa que tiene preparada en la silla y, cuando finalmente se levanta, casi corre hacia el armario.

—¿Dónde está tu bolsa? —pregunta, sacando ropa al azar—. La que preparamos para el hospital.

—Junto a la puerta de entrada.

Sale de la habitación casi corriendo. Luego el sonido de puertas abriéndose. Cosas cayendo. Una palabrota.

Me levanto de la cama despacio, con cuidado, y me pongo el vestido premamá que tengo preparado. Justo cuando termino de abrocharlo, otra contracción me golpea.

Esta vez tengo que apoyarme contra la cómoda, respirando hondo, esperando a que pase.

—¿Ellie? —la voz de Henry suena angustiada—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —consigo responder.

Pero cuando la contracción termina y empiezo a caminar hacia la puerta, siento algo diferente.

Un chorrito caliente bajando por mis piernas.

Bajo la vista y veo el charco formándose en el suelo de madera.

Oh.

He roto aguas.

—¡Henry! —grito—. ¡Creo que acabo de romper aguas!

El silencio que sigue dura exactamente dos segundos.

Y entonces oigo pasos acercándose tan rápido que parece que van a atravesar la madera.

Henry irrumpe en la habitación como un huracán, con la bolsa del hospital en una mano y las llaves del coche en la otra, y se queda completamente inmóvil cuando ve el charco.

—Joder.

—Sí.

—Vale. Vale. Esto significa que tenemos que irnos. Ya. Ahora.

—Henry, respira.

—Estoy respirando —replica, pero está prácticamente hiperventilando—. Vamos. Al coche. Ya.

Me coge del brazo y me guía hacia la salida como si fuese de cristal y pudiese romperme en cualquier momento.

—Puedo caminar sola.

—No me importa. Te voy a ayudar de todas formas.

Bajamos las escaleras del porche con una lentitud exasperante porque Henry insiste en que vaya paso a paso, agarrada a él, como si fuese a caerme rodando si me suelta aunque sea un segundo.

—Henry, de verdad, estoy bien.

—Por Dios, Ellie, deja que te ayude.

Llegamos finalmente al coche.

—Entra. Con cuidado. Despacio.

—No soy una inválida…

—Ellie, por el amor de Dios, entra en el coche.

Me subo con una sonrisa que no puedo contener, porque verlo así —completamente descontrolado, nervioso hasta un punto cómico— es adorable y aterrador a la vez.

—Vale. Vamos al hospital. Todo va a salir bien. Estás en buenas manos. Yo te tengo. Vas a estar bien.

—Henry, creo que te estás hablando a ti mismo.

—Puede ser.

Conduce por el camino de tierra como si le fuese la vida en ello, esquivando baches con una habilidad que me sorprende considerando lo nervioso que está. Y cuando llegamos a la carretera principal, pisa el acelerador.

—Henry, no tienes que conducir rápido.

—Las contracciones están a seis minutos —replica—. Eso significa que el bebé puede venir en cualquier momento.

—No funciona exactamente así…

—No me importa cómo funcione. Voy a llevarte al hospital lo antes posible.

Otra contracción me golpea, y esta vez es tan fuerte que tengo que cerrar los ojos y concentrarme en respirar.

Henry me coge la mano inmediatamente, sin apartar la vista de la carretera.

—Respira —dice—. Uno, dos, tres, cuatro. Así. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Cómo puedes conducir y contar al mismo tiempo?

—Soy multitarea —responde, y puedo oír la tensión en su voz—. ¿Ya ha pasado?

—Casi.

—Joder. Vale. Aguanta. Ya casi llegamos.

El hospital de Livingston aparece finalmente, y Henry aparca en la entrada de urgencias.

—¿Estás bien? —pregunta, saliendo del coche y corriendo a mi lado—. ¿Te he hecho daño?

—Estoy bien.

—Espera aquí. Voy a por una silla de ruedas.

—No necesito una silla de ruedas.

—¡No te muevas! —grita, y entonces desaparece dentro del hospital.

Me quedo sentada en el coche, con otra contracción construyéndose, y no puedo evitar reírme.

Porque Henry Wellington —el hombre más calmado y controlado que conozco cuando está en la montaña— se ha convertido en un manojo de nervios ahora que estoy de parto.

Y es lo más adorable que he visto en mi vida.

Vuelve un minuto después con una silla de ruedas y una enfermera que parece encontrar la situación muy divertida.

—Señora Wellington —dice la enfermera con una sonrisa—. Su marido nos ha dicho que está de parto.

No la corrijo. Porque técnicamente voy a ser la señora Wellington en cuanto podamos organizar una boda.

Y porque me gusta cómo suena.

—Sí. Las contracciones están a unos seis minutos.

—Perfecto. Vamos a llevarla dentro y a ver cómo está todo.

Henry me ayuda a sentarme en la silla de ruedas con tanta delicadeza que parece que voy a romperme si me toca demasiado fuerte, y luego me empuja hacia dentro mientras la enfermera camina a nuestro lado.

—¿Es su primer hijo? —pregunta.

—Sí —respondo.

—Qué emocionante. ¿Han pensado ya en el nombre?

—Rose —dice Henry antes de que pueda responder yo—. Se va a llamar Rose.

—Es precioso —comenta la enfermera con una sonrisa—. Muy bien, vamos a llevarla a una habitación y a examinarla. ¿Papá, quiere quedarse durante el examen?

—Sí —responde Henry con tanta firmeza que no admite discusión —. No me voy a mover de su lado.

Me meten en una habitación, me ayudan a ponerme una bata de hospital —Henry insiste en quedarse en la habitación durante todo el proceso, lo cual es adorable— y luego llega la matrona para examinarme.

—Muy bien, Ellie —dice después de revisarme—. Estás de cuatro centímetros. Vas bien. Pero todavía te queda un rato.

—¿Cuánto es un rato? —pregunta Henry inmediatamente.

—Es difícil de decir. Cada parto es diferente. Podrían ser unas horas. Podría ser más.

Henry se pasa las manos por el pelo.

—¿Horas?

—O más —repite la matrona con paciencia—. Pero está progresando bien. El bebé está en buena posición. Todo se ve

perfecto.

Sale de la habitación, dejándonos solos, y Henry se sienta en la silla junto a la cama como si le acabasen de quitar un peso de encima.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Yo? Estoy perfectamente. ¿Tú estás bien?

—Estoy genial.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Hielo? ¿Quieres que te frote la espalda?

—Henry, cariño, relájate.

—No puedo relajarme —replica—. Vas a tener un bebé. Nuestro bebé. ¿Cómo coño se supone que voy a relajarme?

Alargo la mano hacia él, y Henry la coge inmediatamente, entrelazando nuestros dedos.

—Todo va a salir bien —le aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú estás aquí. Y mientras estés aquí, sé que todo va a salir bien.

Henry me mira con una expresión que hace que se me cierre la garganta, y entonces se inclina para besarme. Suave. Dulce. Lleno de promesas.

—Te amo —susurra contra mis labios.

—Yo también te amo.

Las siguientes horas son una mezcla borrosa de contracciones cada vez más intensas, de Henry sosteniéndome la mano y contando cada segundo, de enfermeras entrando y saliendo para comprobar mi dilatación.

A las seis de la mañana estoy de siete centímetros.

A las nueve, de nueve.

Y a las once, la matrona finalmente dice las palabras que he estado esperando.

—Muy bien, Ellie. Estás completa. Diez centímetros. Es hora de empujar.

El pánico me golpea con tanta fuerza que no puedo respirar.

—No puedo —jadeo—. No estoy lista. No puedo hacerlo.

—Sí puedes —dice Henry inmediatamente, colocándose detrás de mí como aprendimos en las clases—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Puedes hacer esto.

—No…

—Ellie, mírame —ordena, y cuando lo hago, veo tanta convicción en sus ojos que algo en mi pecho se asienta—. Vas a hacer esto. Y yo voy a estar aquí contigo. En cada segundo. ¿Vale?

—Vale.

—Muy bien —dice la matrona—. Con la siguiente contracción, quiero que empujes. Todo lo que puedas. ¿Lista?

—Lista.

La contracción llega como una ola, y empujo con toda la fuerza que tengo.

—Eso es —dice la matrona—. Muy bien. Sigue así. Otra vez.

Empujo. Y empujo. Y empujo.

Henry me sostiene durante todo el proceso, susurrando palabras de aliento en mi oído, contando cada empujón, siendo mi ancla en medio del dolor.

—Ya casi está —dice la matrona—. Puedo ver la cabeza. Uno más, Ellie. Un empujón más.

—No puedo —jadeo—. No puedo más.

—Sí puedes —dice Henry con voz firme—. Un empujón más, cariño. Solo uno más. Y luego vas a conocer a nuestra hija.

Respiro hondo, reuniendo las últimas fuerzas que me quedan, y empujo con todo lo que tengo.

Y entonces lo oigo.

Un llanto.

Agudo. Fuerte. Perfecto.

—Es una niña preciosa y perfectamente sana —anuncia la matrona con una sonrisa.

Las lágrimas empiezan a caer sin que pueda detenerlas.

—¿Está bien? —pregunto—. ¿De verdad está bien?

—Está perfecta —confirma la matrona, colocándola sobre mi pecho después de limpiarla—. Tiene diez dedos en las manos. Diez dedos en los pies. Y unos pulmones que funcionan de maravilla, a juzgar por cómo está llorando.

Bajo la vista hacia el bulto diminuto sobre mi pecho, y el mundo entero desaparece.

Es tan pequeña. Tan perfecta. Con la piel rosada y arrugada, los ojos cerrados con fuerza, la boca abierta en ese llanto que es el sonido más hermoso que he oído en mi vida.

—Hola, Rose —susurro, acariciándole la cabeza con dedos temblorosos—. Hola, cariño. Soy yo. Tu mamá.

Y entonces miro a Henry.

Y lo que veo en su cara me rompe y me reconstruye al mismo tiempo.

Está llorando. Las lágrimas corren por sus mejillas sin que haga ningún intento de limpiarlas. Mirando a nuestra hija con una expresión de asombro absoluto.

—Es preciosa —dice con voz rota—. Joder, Ellie, es la cosa más preciosa que he visto en mi vida.

—¿Quieres cogerla?

—¿Puedo?

—Claro que puedes. Es tu hija.

La matrona nos ayuda a hacer la transferencia, enseñándole a Henry cómo sostenerla correctamente, y cuando finalmente tiene a Rose en sus brazos, se queda completamente inmóvil.

—Hola, pequeña —susurra, y su voz tiembla—. Soy yo. Tu papá. Y quiero que sepas que ya eres lo más importante de mi vida. Tú y tu mamá. Vais a ser siempre lo más importante.

Rose deja de llorar al oír su voz, como si lo reconociese, y algo en mi pecho se expande hasta que duele.

—Va a tener tus ojos —dice Henry, mirándome con una sonrisa—. Azules. Como el cielo.

—Y tu nariz —replico—. Y tu ceño fruncido.

Henry se ríe a través de las lágrimas.

—No frunzo el ceño.

—Acabas de hacerlo.

—Mentira.

—Verdad.

Nos reímos juntos, mirando a nuestra hija y me doy cuenta de algo.

Esto es todo lo que siempre he querido.

Esta familia. Este amor. Este momento perfecto donde nada más importa excepto nosotros tres.

—Gracias —dice Henry de repente.

—¿Por qué?

—Por ella —responde, mirando a Rose—. Por darme esto. Por darme la familia que nunca pensé que tendría. Por amarme a pesar de todo.

—Siempre —susurro—. Siempre voy a amarte.

—Y yo siempre voy a amaros a vosotras —promete—. A las dos. Para siempre.

Y cuando Rose bosteza, cuando sus ojitos se cierran y se queda dormida en los brazos de su padre, sé que todo ha valido la pena.

Cada lágrima. Cada pelea. Cada momento de dolor.

Todo ha valido la pena por llegar a este momento.

A esta familia.

A este amor que es más grande que cualquier cosa que haya sentido antes.

EPÍLOGO

AIDEN

El whisky me quema la garganta cuando bebo, pero pido otro de todas formas.

Porque si hay algo que he aprendido en las últimas seis horas es que no importa cuánto beba, no consigo borrar su cara de mi cabeza.

Scarlett Walton.

Mi mejor amiga.

La mujer de la que llevo años enamorado.

Y ahora está prometida con otro.

El camarero —Mike, que me conoce desde antes de que tenga edad para beber legalmente— me pone el vaso delante con una expresión que dice claramente que piensa que debería irme a casa.

—Es el último —advierte—. Después te llamo un taxi.

—No necesito un taxi —murmuro, cogiendo el vaso—. Tengo mi camioneta.

—No vas a conducir en este estado.

—Que te jodan, Mike.

Y en un alarde de rapidez que mi cerebro intoxicado por el alcohol no puede seguir, Mike me quita las llaves de la camioneta que tenía sobre la barra.

—Mañana cuando te despiertes con resaca me darás las gracias.

No voy a darle las gracias.

Voy a despertarme mañana con dolor de cabeza y el mismo vacío en el pecho que llevo sintiendo desde que vi la noticia esta mañana.

«SCARLETT WALTON SE COMPROMETE CON JULIAN VANE. LA BODA DEL AÑO SE CELEBRARÁ EN PRIMAVERA.»

La foto que acompañaba el artículo me atravesó como una bala.

Scarlett sonriendo para la cámara. Perfecta. Radiante. Con un vestido blanco que dejaba entrever su precioso cuerpo. Y a su lado, Julian Vane. Alto. Guapo de esa forma perfecta que tienen los ricos. Con la mano en su cintura como si tuviese todo el derecho del mundo a tocarla.

Como si ella fuese suya.

Le doy otro trago al whisky.

—¿Tienes un mal día?

—El peor.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Vale.

Pero Mike no se marcha. Solo se queda ahí, limpiando vasos que ya están limpios, lanzándome miradas preocupadas cada treinta segundos.

El problema es que no hay nada de qué hablar.

¿Qué voy a decirle? ¿Que me he pasado los últimos tres años enamorado de una mujer que está completamente fuera de mi alcance? ¿Que cada vez que cierro los ojos la veo a ella?

Scarlett Walton es la heredera de un imperio. Una mujer que creció en mansiones con personal de servicio y coches que cuestan más que mi casa.

Y yo…

Yo soy un bombero de un pueblo de dos mil habitantes. Un tipo que vive en un apartamento sobre el parque de bomberos porque es conveniente.

No estamos ni siquiera en la misma galaxia.

Lo supe desde el principio. Desde que la conocí en la universidad y me sonrió haciendo que se me olvidase mi propio nombre.

Pero eso no impidió que me enamorase de ella como un idiota.

Que pasase tres años siendo su amigo. Su confidente. El tipo con el que se reía cuando necesitaba escapar de su vida perfecta por unas horas.

El tipo que nunca tuvo el valor de decirle lo que sentía porque sabía —siempre lo supo— que ella nunca le vería de esa forma.

Porque Scarlett Walton no se casa con bomberos de pueblo.

Se casa con tipos como Julian Vane. Ricos. Educados. Que pueden darle la vida que merece.

Así que ¿por qué coño me duele tanto?

—Creo que ya has tenido suficiente —dice Mike, y cuando levanto la vista lo veo quitándome el vaso de delante.

—Dame otro.

—No.

—Mike.

—He dicho que no, Wellington. Estás borracho. Y no voy a ser responsable de que te desmayes por el alcohol.

—Entonces dame mis llaves y me voy.

—Tampoco.

Me levanto del taburete —demasiado rápido, el mundo se inclina peligrosamente— y tengo que agarrarme a la barra para no caerme.

—Dame. Mis. Llaves.

—No —repite Mike con esa calma irritante—. Ya he llamado a alguien para que venga a recogerte.

—¿A quién coño has llamado?

—A tu hermano Cole.

Por supuesto.

Por supuesto que ha llamado a Cole.

—Eres un puto traidor —murmuro, dejándome caer de nuevo en el taburete porque las piernas no me sostienen.

—Soy tu amigo. Hay una diferencia.

No me lo parece. Pero no tengo energía para discutir.

Así que me quedo ahí sentado, con la cabeza apoyada en la barra, esperando a que aparezca mi hermano a rescatarme como si fuese un adolescente que ha bebido demasiado en su primera fiesta.

He tocado fondo, joder.

La puerta del bar se abre diez minutos después, y ni siquiera tengo que levantar la vista para saber quién es.

—Aiden —dice Cole con esa voz de sheriff que usa cuando está cabreado.

—Hermano —respondo sin mover la cabeza.

—Vamos. Nos vamos a casa.

—No quiero ir a casa.

—Pues mala suerte. Porque no voy a dejarte aquí para que sigas bebiendo hasta caer en coma etílico.

Me obligo a levantar la cabeza, y ahí está mi hermano. Con el uniforme todavía puesto porque probablemente estaba trabajando cuando Mike lo llamó. Con el ceño fruncido y los brazos cruzados en esa pose de «no me toques los cojones» que todos los Wellington dominamos.

Cole me coge del brazo y me levanta del taburete con más fuerza de la necesaria.

—Vamos.

—No necesito tu ayuda.

—Pues la vas a tener de todas formas.

Me arrastra fuera del bar —literalmente me arrastra porque mis piernas no cooperan tanto como me gustaría— y me mete en su coche patrulla con movimientos eficientes que me irritan.

—Podrías ser más delicado —murmuro cuando cierra la puerta.

—Podría —confirma, subiéndose al asiento del conductor—. Pero no voy a serlo.

Arranca el motor y conduce hacia mi apartamento en un silencio que dura exactamente dos minutos antes de que explote.

—¿Qué coño te pasa? —pregunta sin apartar la vista de la carretera.

—Nada.

—Mentira. No te he visto borracho así desde… joder, desde nunca. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Aiden.

—He dicho que nada —exploto, y mi voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Vale? No ha pasado nada. Solo quería emborracharme. ¿Tan raro es eso?

Cole me mira de reojo, y puedo ver cómo aprieta la mandíbula.

—Vale. No quieres hablar. Entendido.

—Genial.

—Pero cuando quieras hacerlo, estoy aquí.

—Vete a ser feliz con tu familia perfecta y déjame en paz.

Las palabras salen cargadas de un veneno que no sabía que tenía, y veo cómo Cole se tensa.

—¿Mi familia perfecta?

—Sí —confirmo—. Lauren. Luna. El bebé que viene en camino. Tu vida jodidamente perfecta donde todo ha salido bien. Enhorabuena, hermano. Lo has conseguido todo.

Cole aparca frente a mi apartamento con un frenazo que hace que me golpee contra el salpicadero.

—Escúchame bien, idiota —dice, girándose hacia mí con una expresión que nunca le había visto—. Sabes perfectamente la mierda de vida que he tenido durante años. Así que no pagues lo que te pase conmigo porque ahora sea feliz.

Me mira con una intensidad que me despeja ligeramente.

—No te pega esta pose de amargado —dice finalmente, con voz más suave—. No eres así. Eres el hermano que siempre ve el lado bueno de la vida. El que hace reír a todo el mundo.

No respondo.

Porque tiene razón y lo odio por ello.

Cole suspira.

—Cuando quieras hablar, estoy aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora sube a tu casa y duerme la mona. Mañana todo se verá diferente.

No se va a ver diferente.

Mañana Scarlett seguirá prometida con otro. Y yo seguiré siendo el idiota que la ama en silencio.

Pero no digo nada. Solo salgo del coche y subo las escaleras hacia mi apartamento con pasos que parecen pesar toneladas.

Entro, cierro la puerta detrás de mí, y me quedo de pie en medio del salón oscuro.

Debería ir a dormir.

Debería meterme en la cama y dejar que el alcohol me noquee hasta mañana.

Pero mis pies me llevan hasta el sofá, me tumbo, y antes de que pueda detenerme, he sacado el móvil del bolsillo.

No debería hacer esto.

Sé que no debería.

Pero abro Instagram de todas formas.

Su perfil aparece inmediatamente. Porque lo miro todos los días.

@ScarlettWalton

La foto de perfil es de hace unos meses. Está sentada en un jardín impresionante. Sonriendo a la cámara con esa sonrisa que hace que se me cierre la garganta.

Es la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Antes de que pueda controlarme abro los mensajes directos.

Nuestra conversación aparece. La última vez que hablamos fue hace dos semanas.

Scarlett: ¿Cómo va todo por el pueblo?

Yo: Tranquilo. Como siempre. ¿Y tú? ¿Qué tal la ciudad?

Scarlett: Aburrida. Echo de menos Montana.

Yo: Montana te echa de menos también.

Quería decir «yo te echo de menos también», pero no tuve el valor.

Como siempre.

Subo en la conversación, releyendo mensajes de hace semanas, buscando algo. ¿Alguna pista? ¿Alguna señal de que ella ya sabía que se iba a prometer? ¿De que esto estaba planeado?

Pero no hay nada.

Solo conversaciones normales. Ella preguntándome por el pueblo. Yo contándole anécdotas del parque de bomberos. Ella riéndose de mis historias. Yo preguntándole por su escritura.

Como dos amigos.

Nada más.

¿Sabría ya entonces que iba a casarse? ¿Piensa alguna vez en mí de la forma en que yo pienso en ella?

El whisky ha bajado todas mis defensas, ha aniquilado ese filtro que normalmente me mantiene cuerdo, y antes de que pueda detenerme, estoy escribiendo.

Yo: Te echo de menos.

Mi dedo se queda suspendido sobre el botón de enviar durante un segundo eterno.

Esto es una mala idea.

La peor idea que he tenido en mi vida.

Pero pulso de todas formas porque quiero que lo sepa.

Me dejo caer hacia atrás, cerrando los ojos.

Lo he hecho. Soy un idiota.

El teléfono vibra en mi mano.

Abro los ojos de golpe.

Lo ha leído.

Y está escribiendo.

Puedo ver los tres puntos parpadeando en la pantalla, y el corazón me late tan rápido que puedo escucharlo en mis oídos.

Los puntos siguen ahí. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Como si estuviese escribiendo algo, borrándolo, volviéndolo a escribir.

Y entonces desaparecen completamente.

Y no llega ningún mensaje.

Me quedo mirando la pantalla durante treinta segundos que se sienten como horas, esperando algo que claramente no va a llegar.

Por supuesto.

Por supuesto que no va a responder.

Por supuesto que va a ignorar el mensaje de borracho del amigo patético que está enamorado de ella.

Dejo el móvil sobre la mesa de centro y me cubro la cara con las manos.

Idiota.

Soy un puto idiota.

Y entonces el teléfono suena.

No es un mensaje.

Es una llamada.

De Scarlett.

Me incorporo tan rápido que el mundo da vueltas a mi alrededor, y tengo que parpadear tres veces para asegurarme de que no estoy alucinando.

Pero no.

Ahí está su nombre brillando en la pantalla, con esa foto que le hice hace dos años cuando vino a visitarme al pueblo. Se está

riendo, con el pelo despeinado por el viento y las mejillas sonrojadas por el sol.

Scarlett Walton

Casi se me pasa la borrachera del susto.

Respondo con manos que tiemblan tanto que casi se me cae el móvil.

—¿Hola?

—Aiden —su voz atraviesa el teléfono como seda líquida, y joder, he echado tanto de menos ese sonido que me duele el pecho solo con oírlo—. Hola.

—Hola —consigo decir, aunque mi voz sale ronca.

—Justo quería llamarte —dice, y noto tensión en el tono de su voz —. Cuando he visto tu mensaje. Llevaba toda la noche pensando en ti.

El corazón se me para.

Literalmente se detiene durante un segundo completo antes de volver a latir como un loco.

—¿Sí?

—Sí.

Trago saliva, intentando humedecer la garganta que de repente se me ha cerrado completamente.

—He visto la noticia —suelto finalmente, porque alguien tiene que decirlo—. Del compromiso. Enhorabuena.

El silencio que sigue dura demasiado.

—Gracias —responde finalmente, pero su voz suena extraña. Hueca.

Otra vez se hace el silencio.

—Supongo que vas a invitarme a la boda —digo, y las palabras me salen más amargas de lo que pretendía.

—No te he llamado para invitarte a mi boda.

Me quedo completamente inmóvil.

—¿No?

—No —confirma, y ahora su voz suena diferente. Más firme—. Te he llamado porque… necesito pedirte un favor.

¿Un favor?

Por Dios, que no me pida que sea el padrino.

—Claro —digo, y tengo que obligarme a mantener la voz neutral —. Lo que necesites.

—Quiero escribir una novela. Sobre bomberos —dice, y las palabras salen atropelladas, como si las hubiese estado ensayando —. Y tú eres bombero. Y eres muy bueno en lo que haces. Y he pensado que quizás podrías ayudarme con la investigación.

—¿Investigación?

—Sí. Necesito pasar tiempo viendo cómo trabajas. Entrevistándote. Aprendiendo sobre tu día a día. Todo lo que hace un bombero. Las llamadas. Los rescates. La vida en el parque. Todo.

Frunzo el ceño, intentando procesar sus palabras a través de la niebla del alcohol.

—Por eso necesito quedarme unas semanas en Sunset Valley —dice en voz baja—. Contigo. En tu casa. Si no te importa. Para poder hacer la investigación correctamente.

Me quedo sin palabras.

¿Estoy soñando?

—¿Quieres quedarte conmigo? —repito, porque claramente estoy alucinando por el alcohol—. ¿En mi casa?

—Si no es una molestia —se apresura a añadir, y puedo oír nerviosismo en su voz—. Solo serían unas semanas. Un mes como mucho. Puedo pagar el alquiler. Y compraré comida. Y no seré un estorbo. Te lo prometo. Solo… necesito hacer esto antes de…

Se detiene.

—¿Antes de qué? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Antes de la boda —termina con voz tan baja que casi no la oigo —. Antes de que mi vida cambie por completo.

Y hay algo en cómo lo dice que hace que se me revuelva el estómago.

No suena como una mujer emocionada por su boda. Suena como una mujer condenada a muerte hablando de su ejecución.

—Scarlett —empiezo, pero no sé cómo terminar esa frase.

—Por favor —dice, y hay súplica en su voz—. Sé que es mucho pedir. Sé que probablemente estás ocupado y que tener a alguien en tu casa durante semanas es un coñazo. Pero te prometo que no te

molestaré. Solo necesito hacer esto. Necesito escribir este libro. Y tú eres el único que puede ayudarme.

—Estar contigo jamás será un coñazo.

Debería decir que no.

Debería inventarme una excusa. Decirle que no tengo espacio. Que estoy demasiado ocupado. Que tener a la mujer de la que estoy enamorado viviendo conmigo mientras se prepara para casarse con otro es literalmente la peor idea del universo.

Que voy a morir de la tortura.

Que no voy a sobrevivir a verla todas las mañanas, a compartir espacio con ella, a tenerla tan cerca y tan inalcanzable al mismo tiempo

Pero mi boca tiene otros planes.

—Sí

La palabra sale antes de que mi cerebro pueda detenerla.

—¿Sí? —repite Scarlett, y puedo oír la sorpresa en su voz.

—Sí —confirmo, porque aparentemente soy masoquista—. Puedes quedarte. El tiempo que necesites.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Oh, Aiden —dice, y hay tanta emoción en su voz que se me cierra la garganta—. Gracias. Muchas gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

No sé qué responder sin revelarle lo mucho que me gusta, así que no digo nada.

—¿Cuándo quieres venir? —pregunto finalmente.

—¿El próximo fin de semana? ¿Te va bien?

El próximo fin de semana.

Joder. Esto está pasando de verdad.

—Me viene perfecto —miento.

—Genial —dice, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Entonces nos vemos el viernes. Te mando los detalles del vuelo cuando los tenga.

—Scarlett.

—¿Sí?

No sé qué iba a decir. Quizás algo estúpido como «no te cases con él» o «quédate conmigo para siempre» o alguna otra

declaración de borracho que habría arruinado nuestra amistad para siempre.

—Nada —digo finalmente—. Nos vemos el viernes.

—Nos vemos el viernes —repite.

Y entonces, justo antes de colgar, dice algo que hace que se me pare el corazón.

—Aiden.

—¿Sí?

—Yo también te echo de menos.

Y cuelga.

Me quedo ahí sentado, con el teléfono en la mano y sus palabras resonando en mi cabeza como un eco que no se apaga.

Yo también te echo de menos.

—Joder —susurro al vacío de mi apartamento—. ¿Qué coño acabo de hacer?

Le he dicho que puede quedarse aquí. Conmigo. Durante semanas.

La mujer de la que estoy enamorado. La mujer que va a casarse con otro. La mujer que es todo lo que siempre he querido y nunca voy a poder tener.

Va a vivir en mi casa.

Y yo voy a tener que fingir que soy solo su amigo. Que no me muero por tocarla. Que no fantaseo con besarla hasta que se le olvide el nombre de ese gilipollas con el que va a casarse.

Es una locura.

Pero ya he dicho que sí.

Y no puedo echarme atrás ahora.

Me tumbo en el sofá de nuevo, con el móvil apretado contra mi pecho como si fuese un salvavidas.

Y cierro los ojos, dejando que el alcohol finalmente me venza.

Pero justo antes de quedarme dormido, sus palabras vuelven a resonar en mi cabeza.

Yo también te echo de menos.

Y me permito soñar.

Soñar con un mundo donde esas palabras significan algo más que amistad.

Donde cancela la boda y se queda.
Conmigo.
Es un sueño imposible.
Pero es mío.
Y voy a aferrarme a él durante las próximas semanas.
Aunque me destruya cuando despierte.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.



O pulsando AQUI



¿QUIERES MÁS DE SUNSET VALLEY?

DESCUBRE LA HISTORIA DE SCARLETT Y AIDEN EN «FUEGO SALVAJE»

ROMANCE PROHIBIDO + FRIENDS TO LOVERS + SMALL TOWN

Él es el bombero enamorado de su mejor amiga

Ella es la heredera que tiene seis meses antes de casarse con el hombre equivocado

Y acaban de darse un verano para fingir que solo son amigos

AIDEN

Llevo tres años enamorado de Scarlett Walton.

Desde que la conocí en la universidad supe que estaba jodido.

Tres años guardando este secreto como si fuese una bomba a punto de explotar. Porque ella es la heredera de un imperio y yo soy

solo un bombero de pueblo.

No tengo mansiones que ofrecerle. Solo tengo un apartamento diminuto y un corazón que late solo por ella.

Por eso nunca le he dicho nada. Por eso la dejé ir.

Y ahora va a casarse con Julian Vane en seis meses.

Debería alejarme. Debería protegerme.

Pero cuando me llama y me pide quedarse en mi casa para escribir un libro sobre bomberos, digo que sí.

Porque la amo demasiado como para negarle nada. Porque prefiero tenerla cerca sabiendo que se va a ir, que no tenerla nunca.

Voy a fingir que solo somos amigos mientras ella duerme a metros de mi habitación.

Voy a sonreír mientras se prepara para casarse con otro.

Voy a morir un poco cada día.

Pero al menos la tendré.

Aunque sea solo por un verano.

SCARLETT

Tengo seis meses antes de que mi vida deje de ser mía.

Seis meses antes de casarme con Julian Vane en un matrimonio arreglado que solo sirve para fusionar imperios.

Seis meses antes de perder mi libertad para siempre.

He mentido.

Le he dicho a Aiden que necesito investigar para mi libro cuando la verdad es que no sé qué estoy haciendo. Solo sé que no puedo casarme sin estar cerca de él una última vez.

Porque Aiden Wellington es el único hombre que me ve de verdad. El único con el que soy yo misma. El único al que amo.

Y él no tiene ni idea.

Piensa que somos solo amigos. Que voy a casarme feliz. Que Julian es lo que quiero.

No sabe que cada sonrisa suya me destroza. Que llevo años esperando que se dé cuenta.

No tengo un plan. No sé qué va a pasar cuando esté ahí. Solo sé que necesito estar cerca de él antes de que mi vida desaparezca para siempre.

Aunque me rompa el corazón en el proceso.

Él corre hacia el fuego. Ella está a punto de quemarse. Y esta vez, ninguno va a salir ileso.

SERIE SUNSET VALLEY - LIBRO 5

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/